

A photograph of a sunset over the ocean. The sky is a mix of orange, yellow, and light blue. In the background, there are dark silhouettes of mountains. The water in the foreground is dark blue with white foam from a wave breaking. The text is overlaid on the top half of the image.

Omar Vidal

Ensayos sobre naturaleza y una canción marina

Crónica del viaje de un colombiano por México

Ensayos sobre naturaleza y una canción marina

Crónica del viaje de un colombiano por México

Omar Vidal

Ensayos sobre naturaleza y una canción marina

Crónica del viaje de un colombiano por México

LITO - GRAPO
S.A. de C.V.

**P. GRASÉN
PORRÚA**
1948 - 1998

MÉXICO, 2023



IMPRESO EN MÉXICO
PRINTED IN MEXICO

Colima 35, Tizapán,
01080 Ciudad de México.

Primera edición, abril de 2023

Este libro fue sometido a dictaminación doble ciego
por pares académicos.

© 2023 Omar Vidal

© 2023 Por características tipográficas y de diseño editorial
Lito-Grapo S.A. de C.V.

Impreso en los talleres de LITO-GRAPO, S.A. de C.V.

Fotografía por Omar Vidal
Cerro Tetas de Cabra visto desde la Bahía de San Carlos,
San Carlos Nuevo Guaymas, Sonora, Mar de Cortés, México

Derechos reservados conforme a la ley
ISBN 978-607-8758-71-5 IMPRESO
ISBN 978-607-8758-70-8 DIGITAL

Queda prohibida la reproducción parcial o total, directa o indirecta
del contenido de la presente obra, sin contar previamente con la
autorización expresa y por escrito de los editores, en términos
de lo así previsto por la *Ley Federal del Derecho de Autor* y, en su
caso, por los tratados internacionales aplicables.

Sobre el autor

OMAR VIDAL

Científico y naturalista colombiano-mexicano, fue profesor e investigador en el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey-Campus Guaymas, México, entre los años 1983 a 1995. De 1995 a 2002, trabajó en el Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente (PNUMA), en el Foro de las Naciones Unidas sobre los Bosques (UNFF, por sus siglas en inglés) y fue vicecoordinador del Programa de Acción Mundial para la Protección del Medio Marino frente a las Actividades Realizadas en Tierra del PNUMA. De 2003 a 2017, ocupó el cargo de director general del Fondo Mundial para la Naturaleza (WWF, por sus siglas en inglés) en México y lideró programas sobre biodiversidad, océanos, bosques, agua dulce, desiertos y cambio climático. Durante cuatro décadas se ha dedicado al estudio y la conservación de la biodiversidad en América Latina, África, Asia y Europa. Algunas de sus investigaciones científicas se realizaron en México y en la Amazonía. Ha publicado profusamente en el ámbito científico, además de asesorar a organizaciones a nivel mundial. Sus intereses recientes incluyen el papel que juega la naturaleza para favorecer la adaptación a los impactos del cambio climático, la conservación de la diversidad biocultural y la difu-

sión de la importancia de conservar los recursos naturales. Es articulista del diario mexicano *El Universal*.

Este libro, *Ensayos sobre naturaleza y una canción marina – crónica del viaje de un colombiano por México*, incluye 36 ensayos cortos y una canción, que relatan las vivencias del autor a partir de 1979, cuando deja su nativa Colombia con el objetivo de estudiar en México; posteriormente se nacionaliza mexicano y se queda a vivir, trabajar y formar una familia. El autor describe de manera amena y científica –y en ocasiones poética– algunos de los lugares con mayor biodiversidad que existen en México, señala los desafíos enfrentados para conservarlos y resalta el papel de los pueblos originarios en el cuidado de la naturaleza.

Prólogo

Probablemente no haya dos naciones tan bendecidas por la naturaleza ni tan maldecidas por su propensión a vivir en el abismo—Colombia, la de la Guerra de los Mil Días; México, la de la Revolución Mexicana. Dos naciones privilegiadas por sus geografías, sus recursos naturales, sus historias, sus culturas y su gente solidaria; dos naciones asediadas por la pobreza, la violencia, la inequidad, la corrupción, el narcotráfico y la demagogia política.

Estos treinta y seis ensayos cortos, y una canción, son una selección de artículos que durante los últimos cinco años escribí para el diario mexicano *El Universal*. Edité ligeramente las versiones originales y las organicé cronológicamente. La primera parte de *Amazonía, o volver al futuro* la escribí como una crónica en 2020; aquí se incorpora con un texto de finales de 2022. Agradezco a Grañén Porrúa Grupo Editorial por darles a estos ensayos vida de libro.

Apoyado en mis bitácoras de viaje, en la memoria, y no pocas veces en la imaginación, cuento vivencias desde que dejé a mi nativa Colombia para venir a México, en 1979. Aquí continué mis estudios, con Patricia forjé una familia, desde entonces aquí vivo; excepto cuando residí en

la Amazonía, Kenia, Países Bajos, Bahrein y Estados Unidos, entre 1993 y 2002.

Las bitácoras de viaje reflejan los hechos de manera fidedigna, sin embargo, sabemos que con el tiempo la memoria suele distorsionar, idealizar o adaptar la realidad de lo que uno imagina que ocurrió, o de lo que se quiere recordar. Relato experiencias, momentos, amistades y estados de ánimo que viví, o creo haber vivido, durante las últimas cuatro décadas. Lo hago tratando de no traicionar mi formación científica ni mis ideales políticos y sociales, pero sobre todo inspirado por ese profundo amor por la naturaleza y el respeto por los pueblos indígenas que desde niño me inculcaron.

Dos premios Nobel de literatura permean en estos relatos, algunas veces de manera sutil, y otras un poco más dramáticamente. Cada uno —en su género— marcó mi vida desde la juventud temprana; en consecuencia, el título de esta obra se inspira en *Veinte poemas de amor y una canción desesperada* del poeta chileno Pablo Neruda, y algunos ensayos hacen referencia a novelas de mi compatriota Gabriel García Márquez.

A lo largo de los años, mi esposa Patricia Cendón Ortega, leyó críticamente, o escuchó pacientemente mientras yo leía las versiones iniciales de muchos de estos ensayos. Carmen de Tord y Richard C. Brusca leyeron la mayoría de las versiones originales y sus comentarios afinaron mi mente y escritura; con este último escribí, *Un nuevo santo, el Padre Kino: un mensaje personal para el Papa Francisco*. A los tres mi profunda gratitud.

Los ensayos zigzaguean en el tiempo y las geografías; es decir, entrelazan el pasado, el presente y el futuro, mientras se desplazan de sur a norte, o de norte a sur. Algunos tienen fecha, los demás no la necesitan. Usted puede optar por leerlos en el orden tradicional, del primero a la canción, o simplemente puede abrir el libro al azar y leer el que desee, pues cada uno tiene vida propia.

OMAR VIDAL PINZÓN

Ciudad de México, abril de 2023

A Patricia, Pía y Omar

A mí me dieron la mar...

*A mí me dieron el mar y sus orillas,
y el golpe de la espuma, el viento y el agua,
y el aire de los labios que son las palabras,
que son las palabras.*

PIERO

Escribo estas líneas mientras deleito el oído con vallenatos del maestro acordeonista colombiano, Rafael Escalona, sobrino del obispo de *Cien años de soledad* de Gabriel García Márquez, el más rebelde de los nueve hijos de Clemente Escalona –coronel de la Guerra de los Mil Días– y de Margarita Martínez, hija de familia aristocrática y próspera. Rafa, el amigo entrañable del Gabo, y caribeño mujeriego empedernido que procreó veinte vástagos.

El acordeón, de origen austriaco, exhala notas pegajosas que se escabullen por fuelles, diapasones y cajas de madera. Es un aparejo musical que ayuda lo mismo a desahogar penas y desamores, que a despabilar la cotidianidad. Fue adoptado por colombianos, mexicanos, bolivianos, chilenos y argentinos, y con él se compusieron vallenatos, cumbias, música norteña, cuecas y tangos. Su sensual abrir y cerrar del abanico deja escurrir el aire como un soplo rural que lo transporta a uno a la mar o al desierto, a la sierra o a las pampas, a amores imposibles o a historias épicas de héroes y villanos. Cuando el acordeón suena ya no hay espacio, ni tiempo, ni consecuencia. Por eso, la armonía y la cadencia de sus vientos son ya nuestros, de nosotros los latinoamericanos.

Y ahora que usted ha escuchado el acordeón: ¿Qué le dice la mar? ¿La ha escuchado, la ha visto, la ha oído? ¿Ha sentido en la cara su brisa salada, empalagosa? ¿A dónde lo transporta? ¿Existe sólo como una extensión líquida de la tierra? ¿Le da miedo ahogarse en ella? ¿O es tan ajena, tan lejana, que no la puede tocar ni sentir?

Lo importante es entender su grandeza, porque sin la Mar la Tierra estaría muerta. Mares y océanos cubren tres cuartas partes de la superficie del mundo, contienen noventa y siete por ciento de su agua y atrapan noventa por ciento del calor producido por los gases que liberamos a la atmósfera y que calientan el planeta. Absorben casi la tercera parte del dióxido de carbono que los humanos producimos, y su fitoplancton –diminutas algas– genera la mitad del oxígeno que respiramos.

Les confesaré que, muy a mi pesar, a mí me concibieron lejos de la costa. Lejos de los caballitos de mar, las extravagantes anémonas, las sirenas cantarinas y las viscosas medusas. Nací donde nadie –ni siquiera– imaginaba el vaivén perpetuo de la marea, las gordas leviatanes, los tiburones hambrientos o las caracolas marinas de piel resbalosa y dura.

En mi niñez la mar era un mundo inalcanzable, misterioso y remoto, sólo accesible para aquellos que vivían en la costa, o para las familias acaudaladas del interior. La conocí por primera vez en Tolú, un arrabal húmedo y recóndito del Caribe colombiano, fundado en el año 1535, y al que los conquistadores españoles bautizaron con el inverosímil nombre de Villa Coronada Tres Veces de Santiago de Tolú.

Visité la mar gracias a la tozudez de Hernando, mi padre, un ingeniero agrónomo y guardián del café más aromático del planeta; hombre serio, cariñoso y completamente entregado a su trabajo y a su familia. Hijo de un telegrafista rural, perspicaz y bonachón, cuyo imperdonable extravío social fue enamorarse y ser correspondido por una doncella de alta cuna –la abuela que nunca conocí– para quien teclear a Chopin en el piano –en los festejos familiares– era la gran misión a la que sus padres la habían encomendado.

Abelardo y Clementina vivieron un amor telegráfico, de ferrocarril y de sonatas que nunca les fue perdonado por aquella aristocrática familia

paisa, como se les conoce a los habitantes del eje cafetero colombiano. Tal vez por eso su hijo –mi padre– aseguraba que los nacidos en el departamento de Caldas –como él– eran los paisas civilizados, como queriendo enterrar ese pecado original o afianzar su obstinado regionalismo liberal.

A un cuarto de siglo de la muerte de mi padre, quiero rendirle tributo por muchas razones, pero sobre todo por haber confabulado con mis tíos ricos para alquilar un avión y llevarnos a todos a conocer la mar. Nunca nos lo dijo, pero cierto estoy de que tuvo que pedir por adelantado varios sueldos, endeudándose para no quedarnos fuera de aquel mareador sueño bogotano al mar Caribe.

Como un preludeo –parado sobre la arena blanca de Tolú cuando el sol trasnochado se dormía– por primera vez eché un vistazo al infinito y me estremecí, pues sin saberlo algo cambió en mi interior de manera súbita, radical y para siempre. Ahí en la misma costa donde, cada amanecer, seguí escuchando los gemidos del acordeón, las carcajadas de los adultos trasnochados y ebrios de aguardiente, y el compás monocorde del subir y bajar de las olas. Así fue como conocí la mar.

Entre amaneceres bochincheros y atardeceres naranja germinó mi fascinación por el agua salada, por el vaivén eterno de las mareas, por las conchas de fantásticos y malolientes moluscos muertos arrastrados a la playa contra su voluntad. Por las bahías pequeñas, los manglares escondidos y los arrecifes de colores imposibles; quizá por eso, me obstiné –años después– en aprender de ella. Los sinuosos caminos de la vida.

Pero también puede ser que sólo fuera para seguirle la corriente al terco de mi padre, quien debió presentir que aquel adolescente imberbe que era yo necesitaba perderse en el infinito para entender las cosas, para comprender que en la mar la vida es más sabrosa. La extraña paradoja fue que muchos años después crucé el océano –no el Atlántico sino el Pacífico– en contra de la voluntad de mi padre, pero con el apoyo inquebrantable, amoroso e incondicional de mi madre Priscilla, La Guajirita. A los dos les debo haberme dado la mar.

Y sus orillas...y el aire de los labios, que son las palabras, que son las palabras.

¿Adónde vamos?

*Muy pronto me di cuenta de que había nacido en Colombia para ser mexicano
y de que había emigrado a México para ser colombiano.*

Llegué a México procedente de Colombia, el primero de agosto de 1979, específicamente de Bogotá a Heroica Guaymas de Zaragoza y –aunque no soy creyente– creí entonces que había llegado al paraíso, con sólo un morral a cuestas, una vieja guitarra bajo el brazo y una sola escala en el camino.

Soy migrante, o por lo menos así me veo desde que aterricé en Guaymas. En Sonora me recibió uno de los veranos más calientes jamás registrados y la gente más solidaria que haya conocido. Soy colombiano de nacimiento y mexicano por adopción y decisión propia. Los dos países por los que estoy dispuesto a dar la vida. Sin retórica.

En Colombia soy campesino de cumbre y ruana, y vengo de las altas montañas. En México soy de Sonora y Sinaloa, de Michoacán, Oaxaca y Chiapas, de la Península de Baja California y la Península de Yucatán, y de la Sierra Tarahumara y la Ciudad de México. He bebido siempre de la mexicanidad, de aquella que admiramos millones de latinoamericanos, muchos fantaseando por lo que veíamos en el cine que hacía soñar a nuestros minúsculos y olvidados pueblos de origen. En mi caso, Moniquirá, la dulce, la pequeña, la idealizada, la del olor a guayaba y a panela, la más dulce de Colombia. En esos años, mis amigos y yo jugábamos a ser

Pedro Infante, Viruta y Capulina, Cantinflas, el Santo o Blue Demon. México era nuestra brújula e inspiración. Más allá de Los Doors, Estados Unidos ni pintaba.

Muy pronto me di cuenta de que había nacido en Colombia para ser mexicano y que había emigrado a México para ser colombiano. Amo con locura a estos dos países: son mi norte y mi sur, los que abren sus costas a dos océanos, los más biodiversos y ricos en culturas y en lenguas indígenas. Pero también son los más sufridos, los más azotados por la pobreza, la violencia, el narco, la corrupción, la inequidad y la demagogia política. Dos países instalados en una encrucijada social y política que parece no tener fin.

Cuando llegué a Guaymas no sabía votar, nunca había votado. Eran los tiempos de José López Portillo, de la devaluación y de defender al peso como un perro; después le sucedió Miguel de la Madrid, que más allá de haber visto fugazmente a uno de sus hijos en un bar de San Carlos Nuevo Guaymas, su sexenio no significó nada para mí. Por azares del destino, me quedé a vivir en Guaymas, enseñando y a la vez aprendiendo. Me enamoré locamente del mar de Cortés, y de una mexicana dotada de gracia, nobleza y sencillez —una verdadera suerte que hasta hoy siga siendo mi esposa.

Pasaron Carlos Salinas de Gortari, el asesinato de Luis Donaldo Colosio, los Zapatistas y el subcomandante Marcos. En el año 1995, con Patricia, nos fuimos a trabajar para las Naciones Unidas en África, y desde allí saltamos a los Países Bajos, al Golfo Pérsico y Estados Unidos. La defensa del medio ambiente se convirtió en mi lucha. Regresamos fugazmente a México para celebrar la victoria de Vicente Fox, del Partido Acción Nacional (PAN) y la anunciada extinción del Partido Revolucionario Institucional (PRI). Como muchos mexicanos, estábamos embriagados de esperanza por el cambio democrático que se anunciaba a los siete vientos desde el Ángel de la Independencia.

Sólo he votado tres veces. La primera en 1998 por Noemí Sanín, la mujer que más cerca ha estado de llegar a la presidencia de Colombia;

voté por ella —aun sabiendo que no ganaría— porque estoy convencido de que las mujeres tienen el sentido común más activado que los hombres. En México, en 2012, voté por Andrés Manuel López Obrador, porque al igual que millones de mexicanos creí en él por su terca lucha social y porque estaba hastiado de la dictadura disfrazada del PRI, pero también porque no aguantaba más las promesas incumplidas, la incapacidad, la violencia, la muerte y el cambio que nos quedó a deber el PAN con Vicente Fox y Felipe Calderón. Continuó el sexenio de Enrique Peña Nieto, que acabó asfixiado por los escándalos de corrupción, y el presidente y los gobernadores acusados de rateros.

En 2018 —menos ingenuo— ya no voté por López Obrador. Anulé mi voto al votar por una persona, no por un partido político. No obstante, no me da vergüenza admitir que le di al presidente López Obrador el beneficio de la duda, aun siendo consciente de que, desde la oposición todos prometen, pero cuando llegan al poder todos encogen sus promesas y se justifican con gestos mediáticos. Culpar al gobierno anterior de lo que no funciona se ha convertido en el chivo expiatorio de las democracias latinoamericanas.

Como millones de compatriotas, confío en que no sea el tiempo el que me diga, una vez más, hacia dónde no estamos yendo. Por eso, pido claridad, congruencia, respeto, imaginación y acciones bien definidas que demuestren que el gobierno trabaja en beneficio de todos los mexicanos. Nos toca, a todos, desde nuestra propia trinchera, vigilar y luchar para que el cambio anunciado no termine en otra ilusión sexenal.

Amada Nicaragua

*El viento arrastraba rumores, ecos, risas, murmullos misteriosos,
aleteos, músicas nunca oídas.*

AZUL, RUBÉN DARÍO

De adolescente aprendí a amar a Nicaragua mientras que Pedro Pablo, nuestro profesor de literatura, nos animaba a declamar de memoria versos de Rubén Darío –el poeta de Azul, del cisne, del ritmo, del erotismo sensorial, el de la métrica musical.

Poeta de poetas que en 1910 viajó a México a conmemorar el Centenario de la Independencia, pero a quien Porfirio Díaz, presionado por Estados Unidos, desairó. Pero a quien Veracruz acogió con los brazos abiertos y los mexicanos aclamaron, amaron:

Amo, amas

Amar, amar, amar, amar siempre, con todo
el ser y con la tierra y con el cielo,
con lo claro del sol y lo oscuro del lodo;
amar por toda ciencia y amar por todo anhelo.

Y cuando la montaña de la vida
nos sea dura y larga y alta y llena de abismos,
amar la inmensidad que es de amor encendida
¡y arder en la fusión de nuestros pechos mismos! (Rubén Darío)

En mi juventud de estudiante universitario amé a Nicaragua, esta vez leyendo a Ernesto Cardenal, sacerdote, teólogo de la liberación y poeta revolucionario que luchó contra las dictaduras de los Anastasio Somoza, el padre y el hijo. Dicen que murió de un infarto a los noventa y cinco años, pero más bien creo que lo mató la tristeza de ver lo que con su patria hizo Daniel Ortega, el exguerrillero transformado en dictador que traicionó las causas de la Revolución Sandinista por la que los dos se jugaron la vida —una revolución así llamada en honor de Augusto César Sandino, líder de la resistencia nicaragüense que en 1926 combatió al ejército de ocupación estadounidense.

Cuando llegué de Colombia a México, en 1979, el mismo año en que triunfó la Revolución Sandinista, seguí amando a Nicaragua. Aunque ese año su gobierno y el de Colombia, vecinos distantes en disputa desde 1928, reiniciaban la pelea por un área de cincuenta mil kilómetros de aguas pesqueras y tres paradisíacas islas caribeñas —San Andrés, Providencia y Santa Catalina— situadas a doscientos cuarenta kilómetros de Nicaragua y a ochocientos kilómetros de Colombia. Lo paradójico es que los isleños que las pueblan no parecen sentirse nicas ni colombianos, sino raizales, un grupo étnico afrocaribeño británico.

Pensamientos sacrílegos me asaltaron: si Colombia es tan grande y Nicaragua tan pequeña, ¿por qué no dejar que esas islas sean nicas? ¿Para qué pelearnos? ¡Por mí que sean de Nicaragua para que seamos vecinos por siempre! He visitado Nicaragua dos veces, en 2002 y 2003, y me impresionó la alegría y la generosidad de su gente. Algún día regresaré.

Situada en el “cinturón del fuego” entre el océano Pacífico y el mar Caribe, Nicaragua (que en náhuatl significa “aquí junto al agua”) está en una de las regiones en donde más tiembla la tierra, a consecuencia de fallas geológicas, volcanes activos y terremotos. Nicaragua es también una tierra azotada por ejércitos invasores y el flagelo colonialista de tres imperios: el británico, el español, el Primer Imperio Mexicano.

Nicaragua, maltratada por estadounidenses y soviéticos, que obsesionados por la dominación planetaria armaron hasta los dientes a sátrapas nacionales y desangraron al país tratando de robarle el alma. Fueron las

dictaduras de los Somoza apoyadas por Estados Unidos, y la conspiración de Ronald Reagan, la CIA y los “contras” para frenar la Revolución Sandinista, guerra fratricida que dejó más de cincuenta mil muertos. Fueron los soviéticos y después los rusos que auspiciaron el gobierno de Daniel Ortega política, militar y financieramente; tanto, que muchos hoy consideran a Nicaragua un satélite ruso.

Tal vez por eso Nicaragua es tierra fértil para poetas y escritores, curas revolucionarios, estudiantes rebeldes y periodistas valientes.

Nicaragua ha sufrido el autoritarismo por demasiado tiempo. Al terminar su mandato, Daniel Ortega habrá gobernado, intermitentemente, por veintiséis años (lo mismo que las dos dictaduras Somocistas sumadas); ahora junto a su esposa vicepresidenta Rosario Murillo. Después de derrocar a Somoza hijo, se convirtió en una mueca de los dos Anastasios —en Daniel el tirano, el que encarcela, el que silencia a quien ose oponérsele o levantar la voz. Mientras que México y la mayoría de las democracias latinoamericanas callan y, con su silencio, se convierten en cómplices.

En febrero de 2023 Ortega “liberó” a doscientos veintidós presos políticos que languidecían en las mazmorras del régimen —no sin antes arrebatarles la nacionalidad y desterrarlos— pero el obispo de la diócesis de Matagalpa no quiso exiliarse y fue condenado a veintiséis años de cárcel. El exguerrillero, convertido en dictador, Ortega pronunció en televisión un discurso demagógico y sin sentido, flanqueado por militares y enmarcado por dos fotografías. A su derecha, una fotografía (retocada) de Augusto César Sandino y su compañera de lucha, Blanca Aráuz. A su izquierda, otra fotografía (también retocada) del poeta Rubén Darío. No puedo imaginar una escenografía más disonante.

El régimen de Daniel Ortega podrá retocar fotografías, encarcelar, desterrar a sus opositores, pero lo que no podrá hacer es ocultar sus graves violaciones a los derechos humanos. Tarde o temprano, él y sus cómplices rendirán cuentas ante tribunales nicaragüenses, y ante el juicio de la historia.

Nicaragua amada.

Guaymas, la perla del mar de Cortés

*Guaymas es la zona entre mareas, en donde cada día
el mar se funde con la tierra en un vals en cámara lenta,
bailado entre las mareas más altas y las mareas más bajas.*

Dicen que la palabra *guaymas* significa “tirar flechas a la cabeza”, en lengua cahíta, una familia lingüística que abarca a las lenguas de los pueblos yaqui y mayo de Sonora. Guaymas, en donde un avión de nombre Sonora tiró bombas –a mano– a los navíos de guerra federales que asediaban a los revolucionarios sonorenses, durante el primer ataque aeronaval del mundo, el treinta de mayo de 1913. El aeroplano heroico que finalizó sus días en Guadalajara, deshuesado, olvidado, con las alas rotas y rebautizado con el nombre de La Guajolota.

Guaymas, tierra ancestral de los guaimas –una rama de la etnia seri (*comcaac*) o “gente de la arena”, en cahíta– que vestían plumas y pieles de pelícano, pescaban, cazaban y recolectaban los frutos de la tierra. Una banda pueblo que sobrevivió rodeada por los yaquis al sur, los seris al noroeste y los apaches al norte; hasta que finalmente se desvanecieron fusionados con los yaquis y pimas bajos en el siglo XIX.

Guaymas, situada a once kilómetros de la comisaría de Empalme, en donde Charlie Chaplin contrajo matrimonio a escondidas con Lillita Louise MacMurray el veinticuatro de noviembre de 1924. En donde el actor británico fue obligado a casarse después de haber sido amenazado con el escándalo, y legalmente por la madre de ascendencia española de

una novia embarazada a la tierna edad de quince años, la misma chiquilla que había interpretado el “ángel coqueto” en la película de 1921 de Chaplin, *The Kid* (“El Chico”). Un amor ferrocarrilero en Empalme, una improbable unión de dos vías.

Guardo entre mis cachivaches una copia del acta de matrimonio de Charlie y Lillita, que por años acompañó a la gigantesca foto en blanco y negro del mimo inmortal sobre una chimenea que jamás encendí, en mi primer refugio de soltero solitario, en San Carlos Nuevo Guaymas, hace mucho, mucho tiempo.

Guaymas es el desierto, el mar, el cielo; es esteros, bahías, manglares, amaneceres y atardeceres encendidos por el fuego. Es la zona entre mareas, en donde cada día el mar se funde con la tierra en un vals en cámara lenta, bailado entre las mareas más altas y las mareas más bajas. Guaymas es el Estero Tastiota, la Bahía de Bacochibampo, el León Dormido, el Cochori, la Bahía de San Carlos, Vícam, Pótam y la Bahía de Lobos.

Guaymas es el Estero del Soldado, hogar preferido de aves migrantes americanas que un grupo de aguerridos profesores –del Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey (ITESM)– salvó de una muerte segura a manos de desarrolladores sin escrúpulos, suerte que no tuvo el Estero de Miramar, que sucumbió a la codicia de los desarrolladores cuando el grupo de profesores ya se había dispersado.

Guaymas es el *Teta Kawi* (para algunos “Tetas de Cabra”), el corazón de un volcán extinto esculpido por los vientos y las sombras de los tiempos. *Tékalaim* para los yaquis, el enorme cerro lengua de la serpiente que nos amamantó a todos.

Guaymas es cardón, saguaro, torote y choya; es ocotillo, mezquite, palo verde, palo fierro y jito. Es monstruos de Gila, víboras de cascabel, alacranes, chinches narigones y la serpiente marina amarilla con cola de remo que nada en reversa y hacia adelante. Guaymas es ballenas de aleta, orcas, toninas, lobos marinos y larvas leptocéfalas que lentamente se comen ellas mismas a medida que envejecen. Guaymas es cráneos de mesoplo-dontes enanos no descritos por la ciencia, que flotan en el aire de bares

en playas solitarias. Y, por supuesto, que Guaymas son entrañables amigos en ambos lados de la frontera y Peter Whitehead, un caballero británico de cabeza blanca.

Hace cuatrocientos ochenta y dos años, el catorce de septiembre de 1539, Francisco de Ulloa llegó a la encantadora Bahía de Guaymas. El gran explorador español fue el primero en navegar toda la costa de la Península de Baja California, pero sólo para ser imprevistamente devorado por las aguas del océano Pacífico, a bordo de su barco, la Trinidad. Fue el capitán que bautizó primero al Golfo de California como mar Bermejo, y después como mar de Cortés, en honor a Hernán, el conquistador y su jefe.

Guaymas, fundada como San José de Guaymas, el treinta y uno de agosto de 1769, por José de Gálvez y Gallardo, Visitador General para las Provincias del Noroeste de la Nueva España —eventualmente sería Marqués de Sonora y Vizconde de Sinaloa— quien llegó a Sonora con el imposible encargo de subyugar a los indomables seris, pimas, ópatas, sobaipures y apaches. El ejército español vino a Guaymas atraído por el imán de la codicia, por perlas, oro y plata. Invasores que trataron, una y otra vez, de apoderarse del territorio al norte del río Yaqui. Pero los europeos de tez clara fueron repelidos, una y otra vez, por los aguerridos yaquis, para quienes las posesiones más preciadas no eran los metales sino sus recursos naturales.

Guaymas, nombrada Heroica en 1935 en honor a la memorable Batalla de Guaymas, el trece de julio de 1854, para defender el puerto de la insurrección de residentes franceses que querían instaurar una república de Sonora independiente. Los lideró Gastón de Raousset-Boulbon, filibustero galo que después de cruzar el océano Atlántico, en 1850, desde Burdeos a América rumbo a México, hizo escala en el Caribe panameño cuando todavía era colombiano. Era la Guaymas de dos mil habitantes, principalmente emigrantes europeos y suramericanos que con los guaymas y los yaquis se unieron al ejército mexicano para derrotar a los franceses, y mandar al infame Gastón al paredón.

En el centro de Guaymas, a ciento sesenta y un pasos de la estatua de El Pescador, ese gigante que sentado atisba el horizonte por si osare un extraño enemigo invadirnos de nuevo, está el corazón de la única Plaza de Los Tres Presidentes del mundo entero: la de los guaymenses Plutarco Elías Calles, Adolfo de la Huerta y Abelardo L. Rodríguez. Son las estatuas del pescador y los presidentes, forjadas por Julián Martínez Soros, un español nacionalizado mexicano.

Mar afuera, a dos mil metros de profundidad, uno de los veteranos abismos del Golfo de California –la Cuenca de Guaymas– escupe caldo primigenio por sus fumarolas negras. Es allí en donde se confecciona, centímetro a centímetro, nuevo fondo marino mientras escribo estas líneas.

Guaymas es la *Barca de Guaymas*, la canción más melancólica que jamás se haya cantado sobre un puerto. En donde John Steinbeck y Ed Ricketts tiraron anclas, el cinco de abril de 1940, durante su épico periplo a bordo del sardinero *Western Flyer*, aventuras inmortalizadas en el *Log from the Sea of Cortez*, una bitácora de viaje de dos aprendices de marineros que escapaban de deudas, amoríos malogrados y de las malas lenguas.

Cuando llegué a Guaymas, el dos de agosto de 1979, quemé mis naves. Y, pues nada, soy colombiano por nacimiento, mexicano por adopción y guaymense de corazón. Aquí me rendí a la mar y aquí encontré el verdadero amor. Aquí, en la perla del mar de Cortés.

Una crónica de eventos y personajes para entender y amar a un mar

Hace once millones de años empezaba a formarse el Golfo de California, también conocido como mar de Cortés, o Ja'Tay Enoom, mar de Oriente en lengua kiliwa.

Hace alrededor de seis millones de años, el Golfo de California adquiría su forma actual; hace entre ocho y diez mil años, pueblos indígenas subsistían en este mar pescando y cazando en sus fértiles aguas y costas; hace mil años, este mar albergaba centros culturales y socioeconómicos de los pueblos originarios; en 1539, el explorador español Francisco de Ulloa lo bautizaba en honor a su jefe y compatriota, el conquistador Hernán Cortés.

Y, entonces, en los siglos xvi y xvii: indígenas pericúe, guaycura, cochimí, seri, yuma, pima altos y pápago subsistían pescando, cazando y recolectando; exploradores y conquistadores españoles —como Francisco de Ulloa, Hernán Cortés, Melchor Díaz, Sebastián Vizcaíno, Juan de Iturbi, Álvar Núñez Cabeza de Vaca e Isidro de Atondo y Antillón— navegaban sus aguas, subyugaban pueblos originarios, introducían nuevas y mortales enfermedades infecciosas, y trazaban los primeros mapas de la región.

Misioneros Jesuitas, Franciscanos y Dominicos —como los padres Miguel del Barco González, Juan María de Salvatierra, Eusebio Francesco Kino, Juan de Ugarte, Luis Sales, Francisco María Piccolo, Clemente Guillen, Fernando Consag y Junipero Serra— evangelizaban a los pueblos indígenas y construían misiones en las costas del mar de Cortés, y piratas

y corsarios ingleses –como Francis Drake, Thomas Cavendish y Woodes Roger– asolaban su comercio marítimo.

En 1769, Jean-Baptiste Chappé d’Auteroche, de la *Académie des Sciences* de Francia, realizaba la primera expedición científica a este mar, documentando el tránsito de Venus desde una localidad cerca de San José del Cabo en Baja California.

Entre 1846 y 1848, tuvo lugar la Primera Intervención estadounidense en México. Como resultado de esta guerra, el país perdió más de dos millones de kilómetros cuadrados de territorio, incluyendo gran parte de lo que hoy son los estados de California, Nuevo México, Arizona, Nevada, Utah y Colorado; además de Texas, que ya le había sido arrebatada en 1836.

En 1847, el capitán mexicano Manuel Pineda repelía a los invasores estadounidenses en Mulegé, Baja California.

En 1853, el aventurero estadounidense William Walker –que en 1856 fue presidente de Nicaragua– arribaba a La Paz y declaraba la independencia de la república de Baja California y Sonora, autoproclamándose presidente.

En el siglo XIX, el capitán Charles Melville Scammon y otros balleneros estadounidenses cazaban ballenas grises en las lagunas de crianza de la costa del Pacífico de Baja California, pero también en el mar de Cortés, llevando a la especie cerca de la extinción.

En 1861, el gobernador de Baja California, Teodoro Riveroll, escribía al presidente de México, Benito Juárez, quejándose de los barcos balleneros extranjeros que operaban en la región.

En 1877, 1881 y 1889, respectivamente, nacían en Heroica Guaymas de Zaragoza tres presidentes de México: Plutarco Elías Calles, Adolfo de la Huerta y Abelardo L. Rodríguez.

En 1924, Charlie Chaplin y Lillita Louisa McMurray contraían matrimonio en Empalme, una población cercana a Guaymas.

En la década de 1920, iniciaba en el mar de Cortés el uso intensivo de redes de enmalle, una de las artes de pesca menos selectivas y más destruc-

tivas, que diezmó especies que cien años después están en peligro de extinción, como la totoaba, la vaquita y varias especies de tortugas marinas.

En la década de 1930, la pesca de camarón con redes de arrastre, una de las artes de pesca con mayor impacto ambiental jamás diseñada, iniciaba en el mar de Cortés.

En 1940, Ed Ricketts y John Steinbeck zarpaban de Monterey en California, a bordo del sardinero *Western Flyer*, iniciando la expedición más memorable que se haya hecho al mar de Cortés.

En la década de 1960, iniciaba la pesquería de sardina —peces claves en la cadena alimenticia para muchas otras especies de peces, aves y mamíferos marinos e importante fuente de empleo; la pesquería colapsa repetidamente en 1992, 1998, 2004 y 2013.

En 1973, Richard C. Brusca publicaba su trascendental libro *Common intertidal invertebrates of the Gulf of California*, en aquel entonces el estudio más completo de su tipo.

En la segunda mitad del siglo xx, historiadores, exploradores y científicos documentaban y estudiaban la enorme riqueza natural del mar de Cortés; sobresalen Pablo Martínez, Bernardo Villa, Richard C. Brusca, Lloyd T. Findley, Anelio Aguayo, Albert Maurits van der Heiden, Exequiel Ezcurra, Saul Álvarez-Borrego y Jacques-Yves Cousteau.

En 2005, la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO) inscribía a las islas, islotes y zonas litorales del mar de Cortés como Sitio de Patrimonio Mundial.

En 2009, la UNESCO incluía al mar de Cortés en la Lista de Patrimonio Mundial en Peligro.

En 2022, en un minúsculo rincón de Baja California sobreviven sólo dos hablantes de kiliwa y menos de diez vaquitas, una lengua y un mamífero marino, ambos exclusivamente mexicanos, que hemos condenado a la extinción.

Mirando transitar a Venus desde donde la tierra acaba

*Una travesía de seis meses y medio y diez mil kilómetros,
por mar y tierra desde Le Havre-de-Grâce a San José del Cabo,
para observar el lucero del alba transitar durante unas horas.*

Mirar a Venus transitar lentamente frente al Sol, casi tocándolo, es ser parte de un milagro cósmico. Contemplar a la diosa romana del amor y lucero del alba deslizarse, a millones de kilómetros de la Tierra, como motita negra cerca del astro rey, es magia, sensualidad pura. Nunca lo he visto y, tristemente, nunca lo veré.

Son acontecimientos astronómicos extraordinarios que según la Administración Nacional de Aeronáutica y el Espacio (NASA) de Estados Unidos se repiten únicamente cada doscientos cuarenta y tres años —dos tránsitos separados por ocho años de intervalo y por más de un siglo del siguiente par de tránsitos.

De todos los planetas del sistema solar sólo a Venus y a Mercurio podemos verlos transitar, pues son los únicos que pasan orbitando entre la Tierra y el Sol. Los últimos tránsitos de Venus fueron el ocho de junio de 2004 y el cinco de junio de 2012, pero se han visto ocho en los últimos cuatrocientos años: en 1631, 1639, 1761, 1769, 1874, 1882, 2004 y 2012. Los próximos tránsitos serán el diez de diciembre de 2117 y el ocho de diciembre de 2125. Me temo, queridos lectores, que ya no estaremos vivos para verlos.

Hace muchos años leí que la primera expedición científica al mar de Cortés la realizó el jesuita y astrónomo francés Jean-Baptiste Chappé d'Auteroche. Este miembro de la Academia de Ciencias de Francia documentó el tránsito de Venus el tres de junio de 1769, desde la misión jesuita de San José del Cabo Añuití en la punta de la Península de Baja California. Ya lo había hecho ocho años antes, el seis de junio de 1761, en Tobolsk, la capital histórica de Siberia fundada por los cosacos en 1585.

Hace unos días encontré las versiones digitalizadas de la bitácora de viaje y del diario de Chappé. La primera, *Journal du voyage de l'abbé Chappé en Californie*, fue publicada en forma póstuma por su colega César-François Cassini de Thury en 1770 y se conserva en la Biblioteca del Observatorio de París. El otro es la traducción al inglés de la primera parte del diario de Chappé de su viaje a México, *A voyage to California, to observe the transit of Venus*, publicado en Londres en 1778 para Edward and Charles Dilly, in the Poultry.

La bitácora es técnica, el diario es la narración del viaje. Las dos, entrelazadas, me guían al escribir estas líneas. Las dos relatan el viaje de Chappé desde Francia hasta San José del Cabo, después de haber arribado por mar a Veracruz, por tierra a San Blas en Nayarit y desde allí cruzar el mar de Cortés. Y las dos inician cuando Chappé zarpó del puerto de Le Havre-de-Grâce a bordo del *Le Nouveau Mercure*, el veintitrés de septiembre de 1768, y concluyen el diecisiete de julio de 1769 –dos semanas antes de que muriera en San José del Cabo.

Equipado con mi limitado francés y un diccionario, fui recorriendo, una a una, las páginas digitalizadas de los tres tomos que forman la bitácora de viaje de Chappé. Páginas laboriosamente acicaladas con la refinada letra manuscrita del jesuita, pero sobre todo con coordenadas, azimuts, ángulos, números, cálculos, círculos, temperaturas, batimetría, piedras volcánicas, el diámetro de Venus, y la posición y distancia a la Luna, el Sol y las estrellas. Y algunos tachones y manchones y muchas hojas en blanco.

En la página veinte del tomo tres inician hojas y hojas llenas de minuciosas y complicadas anotaciones sobre el tres de junio de 1769, día en

que Chappé observó el tránsito de Venus —esquemas, coordenadas, tablas, números y notas que sólo un astrónomo podría comprender.

Recurrí a la traducción del diario intentando encontrar a Jean-Baptiste, el hombre. Su diario termina, inconcluso, haciendo referencia al tres de junio cuando, después de negarse a abandonar San José del Cabo en medio de la epidemia que finalmente le costó la vida, pudo observar el tránsito de Venus. Traduzco sus últimas líneas:

“Todos mis instrumentos están listos para permitirme observar el tránsito de Venus. Las condiciones climáticas favorecen mis deseos al máximo. He tenido tiempo de hacer observaciones precisas y repetidas para ajustar mi reloj. Por fin llegó el tres de junio, y tengo una oportunidad de hacer las observaciones más completas”.

Con ayuda de las cartas que Chappé escribió y los relatos de sus acompañantes —muchos de los cuales sucumbieron después a la enfermedad infecciosa— el traductor del diario reconstruye sus últimos días, y agrega una sección titulada Historia Natural de la Provincia de México. Después de partir de Veracruz, en donde había atracado el seis de marzo, Chappé relata que en camino a San Blas cruzó Xalapa, Perote y contempló el Pico de Orizaba; llegó a la Ciudad de México y visitó su catedral, capillas y conventos, caminó la Alameda y vio el *quemadero* de la Santa Inquisición. Pasó por Querétaro, Guadalajara y Tepic. El quince de abril llegó a San Blas, cuatro días más tarde zarpó rumbo a Cabo San Lucas, pero debido al mal tiempo su embarcación ancló exactamente un mes después, el diecinueve de mayo, cerca de San José del Cabo.

Casi al final de la bitácora de viaje encontré la descripción del eclipse de Luna del dieciocho de junio de 1769 en San José del Cabo, que el tenaz Chappé escribió mientras sufría de fiebre intensa, fuertes dolores de cabeza y otros embates de la enfermedad infecciosa que terminó matándolo el primero de agosto. Sus últimas anotaciones son del diecisiete de julio. Al final de la bitácora, alguien agregó una página con una leyenda (firmada) que hace constar que César-François Cassini de Thury, astrónomo y cartógrafo francés miembro de la Academia de Ciencias de Francia,

registró y publicó el diecinueve de diciembre de 1770 las observaciones de Jean-Baptiste Chappé d'Auteroche.

El incansable jesuita y astrónomo devoto fue enterrado en la misión de San José del Cabo, hace doscientos cincuenta y cuatro años. Antes de morir realizó su sueño de mirar por segunda vez a Venus transitar, pero, esta vez, desde donde la tierra acaba.

El Golfo de Santa Clara y las fiebres del oro

*El Alto Golfo de California es tierra de ciénagas,
bahías, playas, esteros, dunas y un delta moribundo,
todo enclavado entre un desierto amarillo,
un mar bermejo y cielos azules.*

No hay otro lugar en la Tierra en donde los pelícanos llevan una linterna incrustada en su frente y vuelan bajo, iluminando la noche de los pescadores que salen a recoger sus redes y a revisar sus anzuelos antes de que salga el sol. Probablemente usted no lo crea, pero se dice que la luz proviene de algas bioluminiscentes –los dinoflagelados– que se aferran a las plumas de estas aves después de que se clavan en el mar para atrapar peces. Me lo contó mi compadre, el Chiruli, un pescador de El Golfo de Santa Clara, Sonora, y no tengo la menor duda de que es verdad.

Y no hay otro lugar en la Tierra en donde un pez reina emerge del mar, aguanta la respiración durante varios minutos, escala medio metro por la playa cuando la marea más alta desciende, se entierra en la arena para poner huevos. Probablemente usted tampoco crea esto. Me lo contó mi profesor, Lloyd, un ictiólogo de Tucson, Arizona en Estados Unidos, que se transformó en mastozoólogo marino, y a quien también le creo.

Hasta diez machos se enrollan alrededor de cada una de esas hembras, mientras expulsan sus espermatozoides para asegurar la fertilización. A este pez le llaman pejerrey, y es uno de los dos únicos peces en el mundo que saltan del agua para cumplir con este exótico ritual reproductivo.

El otro es su primo, otro pejerrey que sólo vive en California, esa extensa costa dorada que antes era mexicana, pero que ahora es estadounidense.

En El Golfo de Santa Clara, el pejerrey celebra un furioso bacanal playero de dos horas; una concurrida fiesta en la que participan más de trescientos cincuenta peces por metro cuadrado. La pachanga empieza inmediatamente después de la luna llena y de la luna nueva, de enero a marzo, año tras año, desde siempre. Mientras miles de aves de más de treinta especies enloquecen en una arrabalera comilona de peces y huevecillos reales, gaviotas, cormoranes orejudos, gallitos marinos, charranes, pelícanos y playeros rojizos y blancos dependen del desenfrenado y exitoso desempeño reproductivo del pejerrey.

El Golfo de Santa Clara es el lugar más importante de México para las aves playeras migratorias primaverales que se reaprovisionan de energía antes de volar de regreso al norte. Es el mismo lugar en donde conocí al Pipilo, el Peludo y a muchos otros pescadores. Allí nacieron y viven mi compadre, el Chiruli y mi ahijado, Macario, a quienes he descuidado, pero no he olvidado. En donde, hace muchos años, el Waffles, el Charly y muchos otros apasionados estudiantes sin apodo fueron iniciados en ese extraño oficio de buscar el conocimiento científico. No muy lejos de Roca Consag, ese peñasco de noventa metros de altura blanqueado con los años por el guano de las aves, en donde mi hijo, Omar, nadó de chico temiendo ser engullido por un tiburón blanco en cualquier momento.

Esa cálida y húmeda axila del Desierto Sonorense, entre la Península de Baja California y Sonora, en donde el majestuoso río Colorado alguna vez vació las aguas de la nieve derretida de las Montañas Rocosas. El río cuya desembocadura secaron esas jodidas represas en Estados Unidos. El mismo río que, hace ciento setenta y cinco años, fluía por casi la mitad de México —Colorado, Utah, Arizona, Nevada y California— hasta que nuestro vecino del norte nos los quitó en 1848.

Estados Unidos ya nos había arrebatado Nuevo México y partes de Wyoming, Kansas y Oklahoma, un total de dos millones de kilómetros cuadrados que se sumaron a Luisiana, comprada a Napoleón, y a Florida, cuyos derechos de propiedad le cedió España.

El Alto Golfo de California es tierra de ciénagas, bahías, playas, esteros, dunas y un delta moribundo, todo enclavado entre un desierto amarillo, un mar bermejo y los cielos azules de la Reserva de la Biosfera del Alto Golfo de California y Delta del Río Colorado. Es parte de las islas y áreas protegidas del mar de Cortés, uno de los cincuenta y tres extraordinarios sitios de patrimonio mundial que la UNESCO considera en grave peligro.

Tierras encantadas bautizadas para honrar a santas y a santos —El Golfo de Santa Clara y San Felipe— en una región que un europeo exploró por primera vez hace trescientos cuarenta años, el Padre Eusebio Francesco Kino. Dos pueblos pesqueros fundados por aventureros intrépidos, y que han sobrevivido a noventa años de soledad y la barahúnda de las recurrentes fiebres del oro marino. A los episodios periódicos de la pesca legal e ilegal de la totoaba, camarones, curvinas, chano, sierras, pepinos de mar y tiburones blancos, makos, limones, zorros, tigres y martillos —pesquerías responsables del nacimiento, el apogeo y la decadencia de El Golfo de Santa Clara, ahora hogar de cuatro mil mexicanos.

Hoy, el Alto Golfo de California y sus habitantes están atorados entre la pobreza y la desesperanza que dejan décadas de abandono y la mala gestión gubernamental. Atrapados entre la falta de oportunidades económicas y la corrupción rampante, que han nutrido la sobreexplotación de sus ricos recursos naturales y destruido sus medios de sustento. Una crisis que ha diezmando la diversidad biológica de esta región y llevado al borde de la extinción a especies que sólo aquí existen.

Como el palmoteador de Yuma, un ave que anida en las inexistentes marismas. O el cachorrito del desierto, un pez que nada en aguas casi tan calientes como las de su primo chihuahuense y campeón termal mundial (cuarenta y seis grados centígrados), el cachorrito de Julimes. O la vaquita, la marsopa transfigurada en ese duende de cuento de hadas que los pescadores veían hace años, pero que ya nadie ve.

El Alto Golfo de California se ha convertido en tierra marina sin ley, en donde la peor fiebre del oro —el narcotráfico— llegó para convertirse en el último clavo del ataúd de esta asombrosa región.

Durante más de medio siglo pasaron por El Golfo de Santa Clara muchos biólogos y conservacionistas, mexicanos y estadounidenses. Todos trajeron algo, todos se llevaron mucho. Algunos perdieron la razón por desear con tanta ansia esa otra peligrosa fiebre del oro: la búsqueda del conocimiento.

Adiós vaquita

La pesca ilegal y el tráfico del buche de la totoaba sellaron el destino del “panda mexicano”.

Nueve presidentes han sido testigos de la trágica historia de la vaquita desde que se reconoció como una especie nueva en 1958: Luis Echeverría Álvarez, José López Portillo, Miguel de la Madrid Hurtado, Carlos Salinas de Gortari, Ernesto Zedillo Ponce de León, Vicente Fox Quesada, Felipe Calderón Hinojosa, Enrique Peña Nieto y Andrés Manuel López Obrador. Los últimos seis intentaron protegerla, unos más unos menos, pero todos dejaron el problema a sus sucesores. Es su responsabilidad histórica.

Al presidente López Obrador le tocará atestiguar la extinción de esta marsopa, el único mamífero marino exclusivamente mexicano, de las ciento veintiocho especies que existen. La indiferencia, la corrupción y la ilegalidad borrarán en medio siglo lo que a la naturaleza le tomó miles de años de evolución.

La vaquita evolucionó de una población ancestral de su “prima” suramericana, la marsopa espinosa, que hace miles de años nadó miles de kilómetros desde Perú hasta el norte del Golfo de California, el único lugar que hoy habita. No sabemos cuántas vaquitas había originalmente, tal vez sólo unos millares; lo que sí sabemos es que hoy sobreviven menos de diez, y está a punto de desaparecer para siempre.

Esta marsopa muere asfixiada, atrapada accidentalmente –dicen– en la pesca ilegal de la totoaba, un pez en peligro de extinción. Como si el resultado de infringir la ley fuera un “accidente”. Mientras usted lee estas líneas, los contrabandistas les pagan a pescadores miles de dólares por kilo de vejiga natatoria, *buche*, de la totoaba, que trafican a Estados Unidos, y después a China, en donde se vende en el mercado negro en decenas de miles de dólares como alimento exótico. Por algo los buches son considerados la “cocaína del mar”.

Por cuatro décadas he sido testigo de cómo las instituciones pesqueras –la difunta Secretaría de Pesca, y las hoy moribundas Comisión Nacional de Acuicultura y Pesca, y el Instituto Nacional de Pesca– socavaron los esfuerzos de las autoridades ambientales para salvar a la vaquita y promover la pesca sustentable. De nada sirvieron prohibiciones a medias, vigilancia simulada, compensaciones millonarias poco transparentes a pescadores y la desesperación de las autoridades por capturar vaquitas para reproducirlas en cautiverio.

La pesca ilegal y el tráfico del buche de la totoaba sellaron el destino del “panda mexicano”. En veinticinco años su población se desplomó: en 1997 había quinientas sesenta y siete vaquitas, doscientas cuarenta y cinco en 2008, doscientas en 2012, noventa y siete en 2014, sesenta en 2015, menos de treinta en 2016 y menos de diez en 2022. No sólo eso. La ilegalidad también destruyó la economía y el tejido social de las comunidades pesqueras, y hoy amenaza el futuro de la región.

Hay que decirlo con claridad: la crisis social y la extinción de la vaquita son responsabilidad de México que no frenó la pesca ilegal. Pero Estados Unidos y China son cómplices por permitir el contrabando y el mercado ilegal de la totoaba, infringiendo tratados internacionales. Cuando la vaquita desaparezca, también se esfumarán los esfuerzos para proteger su hábitat. La restante vida marina –totoaba, camarones, tiburones, tortugas, ballenas– seguirá el mismo trágico camino. Y, al final, los pescadores y sus familias estarán en una situación aún más desesperada.

Los humanos hemos extinguido a cuatro especies de mamíferos marinos: la vaca marina de Steller, en 1768; la foca monje del Caribe, en 1952; el lobo marino japonés, en 1970; y el delfín de río chino, en 2006. Me duele reconocerlo, pero ya es demasiado tarde para salvar a la vaquita. En nuestro país, desafortunadamente, la extinción no es nada nuevo. Según la Comisión Nacional para el Conocimiento y Uso de la Biodiversidad, ya se extinguieron ciento veintisiete especies y otras dos mil seiscientos cinco están amenazadas. Proteger a estas últimas es responsabilidad de todos los mexicanos.

¿Qué nos queda? Que el gobierno llame a cuentas a los funcionarios responsables en ésta y en administraciones pasadas, y que asuma su propia responsabilidad. No todos los días se extingue una especie. Debemos tomar conciencia de nuestras acciones y omisiones para que algo así nunca se repita. La indiferencia nos hace copartícipes de la extinción de especies con las que compartimos este maravilloso país. Cuando una de ellas desaparece perdemos para siempre parte de nuestra propia identidad.

¡Adiós vaquita!

Un nuevo santo, el Padre Kino: un mensaje personal para el Papa Francisco

En julio de 2020, el Papa Francisco inició el proceso para la canonización del Siervo de Dios Eusebio Francesco Chini (1645–1711), el Padre Kino, un misionero jesuita italiano del siglo XVII, que amó y cartografió el noroeste de México, y lo que hoy es el suroeste de Estados Unidos.

Para los cristianos y la Iglesia católica, el análisis de los hechos y la vida por los que un humano se convierte en santo es un proceso esencial en la cronología de las dimensiones de la santificación. Un santo es una persona digna de ser honrada por su grado excepcional de cercanía con Dios. Los santos son modelos ejemplares, maestros extraordinarios, mediadores, o aquellos que viven su vida sin ataduras a bienes materiales o a la comodidad.

Querido Papa Francisco, como parte de las deliberaciones para declarar santo a Eusebio Francesco Chini, y con el ánimo de asistirle en este proceso, humildemente le ofrecemos algunas consideraciones sobre su personalidad y, particularmente, sobre su historia de amor con un mar mexicano. Enfocamos nuestros comentarios en la vida del Padre Kino como explorador, naturalista y, especialmente, en su terquedad por descubrir y documentar uno de los mayores prodigios naturales de nuestro planeta: el mar de Cortés. Fue también un tenaz defensor de los derechos de los pueblos indígenas contra los abusos de los conquistadores españoles.

En 1681, un novicio jesuita italiano, de treinta y seis años, Eusebio Francesco Chini, que sería después conocido como el Padre Kino, navegaba desde Europa a México con la encomienda de ayudar a España a

evangelizar el Nuevo Mundo. La mayoría de las personas conoce la historia de las aventuras del Padre Kino en el noroeste de México. Fue él quien corrigió a Europa sobre la geografía de Sonora, Baja California y el mar de Cortés. Pero son pocos los que saben de los treinta años de su historia de amor con este mar y la Península de Baja California. Es la historia de un amor no correspondido, incluso para alguien que podría ser santificado trescientos cuarenta años después.

Durante sus años en el noroeste de México, el Padre Kino fundó veintitrés misiones en lo que ahora conocemos como Sonora y Arizona. Realizó casi cincuenta excursiones exploratorias, recorriendo –dicen algunos– trece mil kilómetros, lo que le mereció el apodo de el “Padre a caballo”. Pero ha debido más bien ser llamado “el Padre que soñaba con el mar de Cortés”, porque en sus años en México soñó con una flota de navíos que surcara las aguas de este mar para abastecer a las misiones que imaginaba fundar en la Península de Baja California. A pesar de sus repetidos intentos, la burocracia y las circunstancias se confabularon para evitar que el Padre Kino hiciera su sueño realidad.

El primer encargo del Padre Kino en la Nueva España era unirse a la expedición que comandaba el Almirante Isidoro de Atondo y Antillón, Gobernador de Sinaloa y las Californias, y que cruzaría el mar de Cortés. Fue elegido por sus habilidades como navegante, y por ser astrónomo y cartógrafo. Debían explorar los confines sureños de la Baja California, y en abril de 1683 la expedición partió, en parte con el propósito de buscar los legendarios bancos de perlas marinas de los que habían hablado Hernán Cortés y otros expedicionarios españoles.

Navegando desde Mazatlán, tocaron tierra en la Bahía de La Paz. Fue allí en donde el Padre Kino se enamoró de los paisajes remotos y se dejó seducir por el mar de la Baja California. En una segunda expedición, en octubre de 1683, arribaron más al norte, cerca de la hermosa Bahía Concepción. Allí, el Padre Kino fundó la primera misión en la Baja California, a la que bautizó San Bruno, y en donde estableció el primer viñedo de las Californias.

Diez meses después de haber atracado en San Bruno, el Padre Kino y de Atondo y Antillón iniciaron una expedición para buscar un camino que cruzara la Baja California y los llevara al océano Pacífico. Lo consiguieron dos semanas después. ¡Era la primera vez que los europeos habían atravesado la península! Después, en varias ocasiones intentaron –sin éxito– navegar hacia el norte en el mar de Cortés en busca de mejores lugares en donde establecerse. En uno de esos intentos, los vientos arrastraron su embarcación hasta la costa de Sonora, a tierras del pueblo seri (*comcaac*), posteriormente, el lugar fue llamado Bahía Kino.

En 1685, la misión de San Bruno había decaído, y le ordenaron al Padre Kino regresar a la costa continental. Pero los recuerdos de lugares y momentos le jalnearon el corazón por el resto de su vida, y continuó pidiendo, una y otra vez, ser asignado de regreso a la península. Ese anhelo por regresar también lo condujo a pasar muchos años indagando sobre una “ruta evangelizadora” conveniente –por tierra– desde Sonora a la Baja California, y sus expediciones en el suroeste prosperaron a partir de ese anhelo.

Las instrucciones de sus superiores mantuvieron al Padre Kino “encerrado” en Sonora, en donde fundó un hogar-misión en el poblado pima de Cósari, en las laderas de la Sierra Madre Occidental, al que dio el nombre de Nuestra Señora de los Dolores de Cósari.

Para 1699, el Padre Kino estaba convencido de que la Baja California no era una isla sino una península. Durante una expedición, al llegar a lo que ahora es Arizona, indígenas yumanos del Valle del río Colorado le dieron regalos, incluyendo unas conchas gigantes azul perlado que repercutieron en la memoria del Padre Kino. Eran conchas de abulones, los mismos caracoles que había visto quince años antes cuando, con de Atondo y Antillón, atravesó la Península de Baja California para llegar a la costa del Pacífico. El Padre Kino sabía que no había abulones en el mar de Cortés, y estas conchas confirmaban su sospecha de que las tierras que recorrió a caballo se extendían hasta la costa del Pacífico de Baja California.

Después de intentarlo muchas veces, el perseverante Padre Kino finalmente llegó al río Colorado, y continuó hasta alcanzar las ciénagas del delta, lo suficientemente lejos para constatar que la Baja California no era una isla, sino una península.

En 1711, el Padre Kino partió de Nuestra Señora de los Dolores siguiendo un sendero para cartografiar el Alto Golfo de California. Durante una parada en la aldea pima de Santa María Magdalena de Buquivaba, un poblado en el norte de Sonora, ahora conocido como Magdalena de Kino, ofrendó una nueva capilla a su santo protector, San Francisco Javier. La misma noche de la ofrenda –el quince de marzo de 1711, justamente antes de la medianoche– el buen Padre cayó enfermo y murió.

Después de abandonar su misión de San Bruno, en 1685, el Padre Kino nunca hizo realidad su romántico sueño de navegar nuevamente por su amadísimo mar de Cortés. Pero durante toda su vida adulta esta región le inspiró, llevándole a hacer descubrimientos y a ver tierras que ningún europeo había visto. Hoy, tres siglos después de su muerte, celebremos la vida del Padre Eusebio Francesco Kino, científico, cartógrafo y explorador de lo desconocido.

Medio ambiente y religión

¿Qué pasaría si no hubiese mariposas?

¿Si no hubiese aves?

¿Si no hubiese selvas tropicales?

Los argumentos éticos para proteger a la naturaleza se fundamentan en su valor para muchas religiones, filosofías y culturas. Tales argumentos recurren a los instintos nobles de las personas, y están relacionados con el respeto por la vida, el aprecio por la belleza y la fragilidad de la naturaleza, la antigüedad del mundo vivo, o la creencia de la creación divina.

Para muchas personas religiosas está mal que se permita la destrucción de los animales y los vegetales porque son creación de Dios. Si Dios creó el mundo, entonces todas las especies que creó son valiosas y merecen vivir. En las tradiciones cristianas y judías se destaca la responsabilidad humana de proteger la diversidad biológica como parte de un pacto con Dios. En las enseñanzas islámicas se confiere a las personas el compromiso sagrado de ser guardianes de la naturaleza. Otras religiones, como el hinduismo, el budismo y el taoísmo, también llaman a conservar el entorno natural.

Los líderes religiosos exhortan a preservar la naturaleza como parte de los deberes morales de la humanidad y del ejercicio espiritual, y para muchas religiones es obligación restaurar los ambientes naturales dañados. Por milenios, los filósofos han percibido a la naturaleza como un elemento transcendental de la moral humana y el crecimiento espiritual.

Siendo México un país predominantemente católico —ocho de cada diez mexicanos se identifican como tales— es necesario hacer referencia a la Carta Encíclica *Laudato Si'* del Papa Francisco sobre el *Cuidado de la Casa Común*, publicada el veinticuatro de mayo de 2015 y que inspiró a creyentes, y no creyentes, en todo el mundo. El líder de la Iglesia católica aborda el cambio climático, “el clima como un bien común”, la contaminación, el agua dulce y la pérdida de biodiversidad:

Hago una invitación urgente a un nuevo diálogo sobre el modo como estamos construyendo el futuro del planeta. Necesitamos una conversación que nos una a todos, porque el desafío ambiental que vivimos, y sus raíces humanas, nos interesan y nos impactan a todos. Lamentablemente, muchos esfuerzos para buscar soluciones concretas a la crisis ambiental suelen ser frustrados no sólo por el rechazo de los poderosos, sino también por la falta de interés de los demás. Las actitudes que obstruyen los caminos de solución, aun entre los creyentes, van de la negación del problema a la indiferencia, la resignación cómoda o la confianza ciega en las soluciones técnicas. (Papa Francisco)

La naturaleza tiene un valor espiritual y estético que trasciende su valor económico. En muchas religiones, las personas se ven conectadas, física y espiritualmente, con las plantas y los animales. Muchos monasterios cristianos protegen la vida natural que los rodea, como parte de su misión. Muchas filosofías orientales enseñan a proteger a la naturaleza y perciben una conexión directa entre el mundo natural y el espiritual. Una conexión que se rompe cuando se daña el mundo natural. Sin distinción de raza, condición económica o creencias, todos gozamos de la belleza de la vida silvestre y los paisajes.

¿Qué pasaría si no hubiera mariposas? ¿Si no hubiera aves? ¿Si no hubiera selvas tropicales? Para la ética ambiental —disciplina filosófica vinculada con los movimientos de justicia social— las sociedades contemporáneas, si en verdad están decididas a mejorar el bienestar humano, entonces preservar el ambiente natural debe ser una prioridad, no una ocurrencia tardía.

Migrar, o morir en el intento

*Caminante, son tus huellas el camino y nada más;
caminante, no hay camino, se hace camino al andar.
Al andar se hace el camino, y al volver la vista atrás
se ve la senda que nunca se ha de volver a pisar.
Caminante no hay camino sino estelas en la mar.*

ANTONIO MACHADO

Existen muchos tipos de migraciones y de rutas migratorias. Son tan antiguas como la vida en la Tierra. La mayoría son desplazamientos masivos estacionales de ida y vuelta, por tierra, agua o aire. Otras son movimientos de raudales incalculables de individuos en una misma dirección en intervalos de algunos años, a veces llamados emigraciones o “invasiones”.

Sea como sea, las migraciones animales trascienden las fronteras políticas trazadas por una especie dominante, *Homo sapiens*, esos límites geográficos que principalmente reflejan las consecuencias de guerras pasadas y de conflictos actuales. Las fronteras no son más que límites artificiales que no hacen eco del intrincado entramado de la vida de comunidades, de poblaciones y de especies.

¿Por qué migrar? Las migraciones son impulsadas por instinto de conservación, porque la vida está en riesgo. Muchas especies huyen de inviernos inclementes, o del calor abrasador del verano, en busca de mejores condiciones para reproducirse y criar. Otras especies migran en busca de agua, alimento y abrigo, siguiendo cambios estacionales en la disponibilidad de estos recursos. Y otras lo hacen para escapar de depredadores y otros peligros.

Para muchas el dilema es simple: migrar por cualquier medio, aunque sea caminando –legal o ilegalmente, dependiendo del cristal con que se mire– o morir en el intento. Es una estrategia de sobrevivencia que durante eones les ha funcionado a miles de poblaciones y especies, incluyendo a los humanos.

Numerosos individuos de todas las edades mueren intentando migrar, principalmente los muy jóvenes o los muy viejos. No obstante, algunos tienen éxito y aseguran la permanencia de comunidades y poblaciones lejos de sus lugares de origen. El secreto para llegar es migrar en grupos numerosos que brindan protección contra los depredadores, pues entre más individuos en el grupo menores serán las probabilidades de que uno de ellos sea atacado.

Se comparten los riesgos, ya que las masas sirven de protección. Y, cuando el número de migrantes es alto, las posibilidades de encontrar agua, alimento y refugio aumentan porque más exploradores se unen y se acompañan en el camino.

En muchos mamíferos, los jóvenes –aventureros y rebeldes por instinto– son los que inician la migración impulsados por la necesidad de establecer sus propios grupos o territorios, o porque han sido expulsados por adultos dominantes. Cualquiera que sea la razón, los jóvenes suelen vagabundear buscando nuevos horizontes en manadas de avanzada que, eventualmente, establecen enclaves en territorios nuevos.

Cuando las condiciones de vida mejoran en sus lugares de origen, los migrantes pueden volver a casa. Pero muchos prefieren quedarse en su nuevo hogar y nunca regresan, ya sea porque se integran a nuevas comunidades que los adoptan, o porque establecen comunidades nuevas. El flujo de migrantes aporta beneficios incalculables a las nuevas comunidades. Los migrantes son el alimento que nutre y enriquece la diversidad genética y cultural. Y esta diversidad es esencial para fortalecer a las poblaciones y enfrentar los desafíos ambientales, asegurando la supervivencia de las especies.

Consideremos el calentamiento global, el gran desafío de nuestra generación, que parece estar modificando los regímenes climáticos hacia los polos en los hemisferios norte y sur. Las migraciones masivas se precipi-

tarán de manera inimaginable por el cambio climático. Muchas comunidades, poblaciones y especies no podrán adaptarse a las condiciones locales cambiantes con la rapidez necesaria para sobrevivir. Aquellas con ámbitos geográficos limitados, o con poca capacidad de dispersión, desaparecerán, mientras que otras con ámbitos amplios y mayor capacidad de dispersión, perdurarán.

El cambio climático está reorganizando radicalmente a los ecosistemas y modificará los patrones de distribución de la vida en la Tierra. El ritmo de cambio sobrepasará, inexorablemente, las capacidades naturales de dispersión de la mayoría de las especies.

Las migraciones trascienden fronteras geopolíticas, culturales, religiosas y económicas. Son un derecho inalienable de todas las especies en el mundo natural. Seremos incapaces de apreciarlas y preservarlas con acciones aisladas y unilaterales. La protección de estas ancestrales maravillas naturales exige políticas integrales de largo plazo y medidas efectivas que salvaguarden las zonas de alimentación, reproducción y tránsito que cruzan paisajes multinacionales. Si bien las acciones individuales son responsabilidad de cada nación, la cooperación internacional es imperativa.

Nuestros infaustos esfuerzos pasados para proteger a los migrantes deberían hacernos reflexionar para hacerlo mejor. Poco importa si hablamos de Asia, África, América del Norte, América Central y América del Sur, o de Europa, Australia y del Ártico congelado. En todos lados hay migrantes. En el hemisferio norte, en particular, las migraciones transfronterizas entrelazan naciones desarrolladas y en desarrollo. Los migrantes viajan de sur a norte, de este a oeste.

Mientras muchas de las migraciones más espectaculares del mundo animal se desvanecen ante nuestros ojos, la protección de los migrantes se convierte en un desafío colectivo inaplazable. A medida que las migraciones menguan o desaparecen, todos los países —ricos y pobres, sin excepción— despilfarran los beneficios y la diversidad asociados con estos milagros naturales. Los retos sociales, económicos y políticos que cada nación enfrenta no pueden ser una excusa cómoda para la pasividad. Hay mucho en juego, para nosotros y para nuestro planeta.

En el Día de la Tierra regocijémonos en la inmensidad de lo femenino

*La supervivencia de todas las especies
yace en reconocer la vitalidad
y la generosidad de lo femenino.*

El veintidós de abril, en el Día de la Madre Tierra, es justo honrar la fuerza de lo femenino. Sin embargo, no es una celebración que alude específicamente a las mujeres, como madres, parejas, hijas o hermanas. Es un tributo a los poderes complementarios que se manifiestan, frecuentemente de manera epicena y a veces oponiéndose, entre lo femenino y lo masculino en el reino animal.

¿Qué impulsa a una tortuga laúd, que se alimenta en Japón, a nadar once mil kilómetros cruzando el océano Pacífico para depositar sus huevos en la misma playa en la que nació, décadas atrás, en las costas mexicanas de Michoacán, Guerrero o Oaxaca?

¿A qué fuerzas invisibles responde una ballena gris preñada para nadar ocho mil kilómetros, durante cinco meses, día y noche, sin detenerse ni comer, desde el Ártico hasta las lagunas costeras de la Península de Baja California en México, en donde nacerá su ballenato?

¿Qué llevó a la famosa tiburón ballena apodada Río Lady –probablemente preñada– a partir de isla Mujeres en el Caribe mexicano, navegar ocho mil kilómetros a través del océano Atlántico, pasando por el archipiélago de San Pedro y San Pablo, para llegar a África, a mil kilómetros de la costa de Brasil?

Y ¿por qué una mariposa monarca, que pesa sólo medio gramo, aletea cuatro mil kilómetros desde Canadá y Estados Unidos hasta llegar a los bosques de oyamel, pino y encino en el centro de México, en donde se aparea para asegurar la supervivencia de su especie?

Nadie lo sabe, pero seguramente son manifestaciones forjadas durante millones de años y que forman parte de la intrincada trama evolutiva-ecológica de la vida. Quizá son expresiones ancestrales de llamamientos arquetípicos que afirman lo femenino, los anhelos de un profundo subconsciente animal compartido.

Sea como sea, hoy no desaprovechemos la oportunidad de regocijarnos en el mundo natural y en la fuerza vital de la esencia femenina, fuerza que, en sentido amplio, se encuentra en los cromosomas de todos los seres humanos, y también en el cosmos.

Pensemos en los insectos, esos millones de especies de bichos cuya dominancia les ha permitido imponer su ley en el mundo terrestre de nuestro planeta durante más de cuatrocientos millones de años. Esos omnipresentes artrópodos equipados con dos antenas, tres pares de patas y dos pares de alas.

En el Día de la Tierra —todos los días del año debieran ser su día— pensemos en las trescientos ochenta mil especies de escarabajos, más de veinte mil especies de abejas, ciento treinta y cinco mil especies de moscas y mosquitos, y en las ciento veinte mil especies de mariposas y polillas. ¿Por qué? Porque sin ellas, la Tierra y nosotros, no seríamos lo que somos. Sin la labor de los insectos, especialmente de los polinizadores, los humanos estaríamos en graves aprietos.

Mi insecto predilecto es la mariposa monarca, porque encarna la poesía, la esencia y los alcances de lo femenino. Hay razón de porque la palabra griega *psique* se refiere al alma, o a una mariposa, la monarca es una viajera tenaz que realiza el segundo éxodo más extenso de todos los insectos —el primero es el de la libélula *Pantala flavescens*, insecto transoceánico que recorre catorce mil kilómetros entre la India y el oriente de África. La mariposa monarca es una migrante sin visa que surca los cielos de tres países para fundirlos en un paisaje indivisible.

Por su ensamblaje genético, la monarca sabe cuándo partir de Canadá, cómo maniobrar por el inhóspito medio oeste de Estados Unidos y cuándo llegar a su *Shangri-La* —una combinación de valles místicos y armoniosos— en la cima de las montañas de Michoacán y el Estado de México. Su viaje es una maravilla natural que está hoy amenazada por los glifosatos que destruyen su hábitat en Estados Unidos, por la tala ilegal de sus bosques de hibernación en México y por el calentamiento global.

Si nos dejamos arrebatar a la monarca, no sólo perderíamos una mariposa o una maravillosa migración. Perderíamos también los enormes servicios ambientales asociados con la polinización de plantas silvestres y de cultivos. Perderíamos las historias humanas ancestrales y el folklore que entrelaza a los tres países. Perderíamos a la embajadora estrella del elemento femenino del ser.

En el Día de la Tierra, como un tributo a la esencia femenina que habita en todos nosotros, detengámonos por un instante a pensar en la metamorfosis de cada uno de esos cuatrocientos huevecillos amarillos de medio miligramo que una mariposa monarca pone, los huevos que sólo dos semanas después se transformarán en larvas tres mil veces más grandes que el huevo. Regocijémonos en las crisálidas, las mariposas, sus hijas, sus nietas, sus bisnietas, y sus tataranietas que vuelan de regreso a México cada invierno desde tiempos inmemoriales.

Estoy convencido de que la supervivencia de todas las especies, y la del planeta Tierra, yace en la vitalidad y la generosidad de lo femenino.

Amazonía, o volver al futuro

Eran tiempos de soñar con usar los pírricos ahorros de un profesor universitario para echar a andar una estación científica en tierras inundadas, repletas de víboras y de caimanes.

Jamás imaginé que un día dormiría muchas noches a la orilla del Amazonas, ese río oceánico que desde temprana edad evocó en mí a la selva negra, torrencial, recóndita, casi africana. Era para mí una tierra salvaje, inescrutable e inalcanzable, atiborrada de caníbales y venenosas criaturas de la noche. En donde las míticas Amazonas eran las únicas e indisputables soberanas.

Amazonía, tierra del onomatopéyico *Ay, ay, mama*, esos espíritus de chiquillos abandonados convertidos en ariscos pájaros bruja que, buscando a su madre, en noches de luna cantan sin dejarse ver y añorando volver al futuro.

Amazonía, en donde de noche, silenciosos, emergen del río delfines rosados transmutados en atractivos jóvenes vestidos de blanco –esos amantes insaciables, ensombreados para disimular su pronunciada frente de delfín y sus nostrilos (fosas nasales)– que se unen a la pachanga para bailar y beber hasta el amanecer, y seducir a las doncellas más hermosas susurrándoles cosas bonitas al oído.

Amazonía, hogar de Alberto Rojas Lesmes, conocido como Kapax o el Tazán colombiano, ambientalista de hueso colorado y efímero héroe nacional que vivió para nadar, y de quien se cuenta que posee la fuerza

combinada de la anaconda verde y el caimán negro. Mi hermano menor Martincito y yo lo conocimos en Leticia en 1986, una década después de su inmortal hazaña de bracear —con un cuchillote en la cintura— el río Magdalena ocho horas diarias durante treinta y nueve días. Hoy, a sus setenta y seis años Kapax languidece, olvidado, en la orilla del río Amazonas.

Jamás pensé que, alguna vez estaría a la orilla del río más caudaloso del mundo soñando despierto con “miradas chinas”, como en la Amazonía colombiana se refieren a los ojos de aquellos —a mí en ese momento— afectados por la conjuntivitis bacteriana, una infección común cuando el agua del río está en su nivel más bajo. Ni en mis peores pesadillas llegué a fantasear que navegaría por el río mientras que guerrilleros marxistas-leninistas-maoístas peruanos de Sendero Luminoso se escondían en una orilla, y guerrilleros colombianos de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC), se escondían en la otra.

Y nunca imaginé que una mañana apuntaría mis binoculares hacia el cielo para ver a esos agentes gringos antinarcóticos, mirándonos de pasada mientras sobrevolaban el río en helicópteros artillados en busca de narcotraficantes siempre presentes. Esto le da una buena idea, lector, de cómo era el Amazonas a principios de las décadas de 1980 y 1990, cuando estudiábamos a los delfines de río.

Eran tiempos de soñar con usar los pírricos ahorros de un profesor universitario para echar a andar una estación científica en tierras inundadas, repletas de víboras y de caimanes. Tiempos cuando lo único que importaba era navegar con biólogos idealistas, zigzagueando para censar delfines de río —el bufeo colorado o delfín rosado, y el tucuxi o delfín gris— entre una orilla y la otra, a bordo del barco Alcarlety, todos a merced de mis desvaríos y de los designios del Capitán Grano de Pólvora, la reencarnación colombiana del mismísimo Capitán Garfio de Peter Pan. Sobrevivimos sólo gracias a la providencia, y a los buenos oficios de José Becerra Catachunga, nuestro guía, guardián y caimanero consumado.

Leticia fue mi puerta de entrada al mundo encantado de la Amazonía. Cuando arribé por primera vez era una ciudad de unos veinte mil habi-

tantes, descalabrada y polvorienta, pero alegre y sensual, enclavada en una geografía geométrica conocida como el Trapecio amazónico, en los límites entre Colombia, Perú y Brasil. Un lugar en medio de la nada, también conocido como las Tres Fronteras.

Allí llegué como parte de una expedición científica para estudiar a los delfines rosados, organizada por dos colombianos y dignos personajes de un cuento de Gabriel García Márquez. Uno era Jorge Reynolds, un ingeniero electrónico que contribuyó al desarrollo del marcapasos, un hombre de insaciable curiosidad científica que rayaba en la locura, y quién durante su vida persiguió, sin tregua, zancudos, anguilas eléctricas, tortugas marinas, iguanas, delfines y ballenas jorobadas, azules y grises para hacerles electrocardiogramas.

El otro, su cómplice, a quien a veces apodaban el Jacques Cousteau colombiano por haber logrado la hazaña de convertir en amantes del mar a toda una generación de colombianos, fue Francisco Ospina Navia, El Capi, un capitán que trajo al mundo seis hijos, diecinueve nietos, y tres bisnietos. Hace poco más de una década El Capi zarpó en otro viaje con solo boleto de ida; mientras que el ingeniero sigue vivo a los ochenta y seis años.

Y, bueno, así fue como empezó esta historia de amor con la Amazonía, en la boca de la quebrada Matamatá en el Parque Nacional Natural Amacayacu. Un viaje pletórico de sucesos, amigos, estados de ánimo y de la extraordinaria vida salvaje de una región encantada. Un viaje que comenzó con mi primera visita, en enero de 1986, y dije adiós, a finales de 1993.

Amazonía colombiana de selvas, lagos y ríos, morada de pueblos tikunas, yaguas y cocamas, en donde la alucinógena ayahuasca convive con las afrodisíacas cumaceba y huacapú. Hogar de la flor de loto más grande del mundo y del tití leoncito, el primate más pequeño de América. Dominio de jaguares, tucuxis y capíbaras; de ranas, tucanes, manatíes y perezosos; de armadillos, nutrias, pirarucús y pavas hediondas. Edén de sumaumeiras, orquídeas y ollas de mono; de palos de rosa, palmas y chuchuhuasi. Y de miríadas de formas de vida mucho menos conspicuas.

Amazonía universal, portento tropical encajado entre dos océanos y que Brasil, Perú, Colombia, Bolivia, Ecuador, Venezuela, Guyana, Surinam y la Guayana Francesa comparten. Siete millones de kilómetros cuadrados de selvas tapizadas con cuatrocientos mil millones de árboles, en donde vive el diez por ciento de la biodiversidad del planeta y residen treinta y cinco millones de personas, incluyendo a dos millones seiscientos mil indígenas cuya supervivencia depende de la selva y el río.

El Amazonas, ese río que fluye, como océano serpentino a lo largo de seis mil cuatrocientos kilómetros. Que tiene una asombrosa descarga media de doscientos diecinueve mil metros cúbicos por segundo de agua, y es el segundo río más largo del mundo, después del Nilo. Por el Amazonas fluye la quinta parte del agua dulce del mundo, más agua de la que los ríos Nilo, Yangtsé y Misisipi jamás soñaron poseer juntos.

Escribí la primera parte de estas crónicas amazónicas en octubre de 2020, invitando a los lectores a acompañarme en un viaje por leyendas y variopintos estados de ánimo de la selva tropical más extensa del planeta. Lo había olvidado. Hasta que hoy, veintisiete de diciembre de 2022, cuando retomé este relato para convertirlo en uno solo con la primera parte, me levanté al amanecer con la urgencia de hacerlo antes de que se marchara el año. Volviendo del futuro.

Serían los cargos de conciencia por una invitación incumplida de dos años en remojo. O, porque cuando escribo se cumplen exactamente seis meses de la partida de La Guajirita, la última amazona del altiplano colombiano. O, quizá sea porque el primero de enero de 2023, Luiz Inácio Lula da Silva asumirá la presidencia de Brasil, y espero vehementemente que cumpla su promesa de salvar a la Amazonía.

El caso es que hoy rescaté mis bitácoras de viaje que, empolvadas por el paso de los años, reposan en cajas de cartón semi olvidadas entre cachivaches de todo tipo. Escribo soñándome nuevamente sentado en el mismísimo lugar en donde empezó esta historia de amor con la Amazonía, en la boca de la quebrada Matamatá. ¡Ah!, pero sorpresas te da la vida, la vida te da sorpresas, como a Pedro Navaja, el del diente de oro de la canción del panameño Rubén Blades.

Resulta que, entre mi primera visita a la Amazonía en enero de 1986, y las dos últimas, de marzo a julio y en diciembre de 1993, regresé dos veces más. Lo curioso es que las dos veces llegué, exactamente, el mismo día del mismo mes en que hoy, veintisiete de diciembre de 2022, escribo estas líneas: el veintisiete de diciembre de 1986 y el veintisiete de diciembre de 1992.

La Amazonía es el paraíso terrenal, uno al que la explotación de la madera, la expansión de la agricultura, la explotación petrolera y la ganadería despojaron de diez y siete por ciento de su cobertura forestal en sólo medio siglo. Durante el gobierno del ultraderechista Jair Bolsonaro, entre 2019 y 2022, la deforestación en la Amazonía brasileña aumentó sesenta por ciento, en comparación con los dos gobiernos anteriores. En campaña, Lula da Silva prometió deforestación cero en la Amazonia brasileña si ganaba la presidencia, y Gustavo Petro, presidente de Colombia, declaró que “salvar la selva amazónica es un asunto de seguridad nacional y de seguridad humana”. A los dos hay que exigirles que cumplan su palabra y que sumen a estos esfuerzos a los mandatarios de los otros países amazónicos.

Por el bien de la Amazonía y del planeta, y por más utópico que parezca.

Yo no olvido al año viejo

A diferencia de la alegría indescriptible que me trae la Navidad, cuando se muere el año me embarga siempre una mezcla de tristeza, nostalgia, desazón. Recuerdo a los que se marcharon, a los que, inexorablemente, se desvanecen en mis recuerdos.

Primera confesión de fin de año. Muy a mi pesar, a mí me concibieron lejos de la mar, de sus medusas, sus sirenas, sus caracolas, sus caballitas marinas y sus cangrejas ermitañas. Nací en la cordillera oriental de los Andes colombianos, en donde también nació mi madre, tan lejos que no se alcanzaba a escuchar el vaivén perpetuo de las olas.

Moniquirá es un pueblito fundado en 1556, cuya bandera tiene casi los mismos colores de la bandera mexicana, pero con franjas horizontales en lugar de verticales: el verde denota la tierra fértil; el blanco, la paz, tranquilidad y pureza de su gente; y el color guayaba, representa la abundancia. Es una fantástica geografía de tierras de altiplanos a las que siempre me remontan los paisajes de mi amado Michoacán, con decirles que Zitácuaro sólo está a cuarenta metros más arriba que Moniquirá sobre el nivel de la mar.

A diferencia de la alegría indescriptible que me trae la Navidad, cuando muere el año me embarga siempre una mezcla de tristeza, nostalgia y desazón. Recuerdo a los que se marcharon, a los que inexorablemente se desvanecen en mis recuerdos: mi abuela, mi abuelo, mis tías y tíos, mis primas y primos, mi padre, mi hermano, mi madre. A entrañables amigos de pueblos indígenas, pescadores, marineros, científicos y filán-

tropos. A Miguel Sánchez-Navarro Redo, el explorador del “México Desconocido”. A Francisco Toledo, el maestro pintor ambientalista mexicano, el del bestiario de bichos raros y álbumes de zoología, el incondicional de los monos y hacedor de sueños. Y la lista crece cada año.

Entonces en un intento desesperado, trato de agarrarme de lo bueno, de lo feliz, para llevármelo al año nuevo, mientras intento soltar lo malo, lo triste para dejarlo en el año viejo. Esfuerzos fútiles de un ritual que, sin éxito, repito año tras año.

Así ha sido desde que era niño, y después como adolescente cuando los treinta y uno de diciembre arribaba puntual a los bailes de fin de año. Iba a bailar al baile sin saber bailar, aunque confieso que con el paso de los años mucho han mejorado mis pasitos; cuando menos eso dice mi amada Patricia. Era cuando el honor, la vida entera dependía de que una muchacha aceptara la desesperada invitación a bailotear la canción que empezaba al unísono con las doce campanadas de la Basílica Nuestra Señora del Rosario de Moniquirá. Una invitación para la cual debía atravesar –solo, de ida y vuelta y el corazón en la mano– el inmenso salón con la certidumbre de escuchar el consabido “no, gracias”.

Aquella canción era *El año viejo*, ese himno patrio sacrosanto de los colombianos que, en la voz aguardentosa de Crescencio Salcedo, el *compae* mochila de la *pata pela*, dice así, con entonado acento (como solía decir mi padre):

Yo no olvido al año viejo porque me ha dejado cosas muy buenas; ay yo no olvido no-no-no al año viejo porque me ha dejado cosas muy buenas; me dejó una chiva, una burra negra, una yegua blanca y una buena suegra; ay me dejó una chivita y una burra muy negrita, una yegua muy blanquita y una buena suegra; ay me dejó, me dejó, me dejó, me dejó cosas buenas, cosas muy bonitas. (Crescencio Salcedo)

Crescencio, juglar campesino que se pasó la mitad de la vida fabricando flautas de caña que emulaban el canto de los turpiales y la otra mitad

caminando descalzo para mejor sentir el contacto de la Madre Tierra. El que dijo: “Nadie compone nada. Todo está compuesto con perfección. Uno lo que hace es descomponer”. Ese autodidacta que sigue cantando después de muerto, *El gusto de las mujeres*, *La múcura*, *Mi cafetal*, *El año viejo*, *Se va el caimán*...el que se fue para Barranquilla.

Regresemos a ese salón de baile sólo por un instante, *sumercé*. Cuando todavía repiqueteaban las campanas, el primero de enero llorábamos y nos abrazábamos, pedíamos perdón por todo lo malo que habíamos hecho en trescientos sesenta y cinco días. Eso ocurrió muchas veces en mi Monquirá, en ese pueblito viejo consentido de casas chiquiticas enclavado en la Colombia rural, en donde de la mano de Priscilla, La Guajirita, de niño caminé cantando por calles desempedradas.

El mismo lugar a donde llegó de noche y mal herido, el sanguinario bandolero Efraín González, el Siete Colores, así apodado porque se transformaba a voluntad en arco iris para eludir a sus perseguidores. A quien —me contó mi nona Biterlicia— escondió debajo de su cama para que no lo capturaran; aunque confieso que de niño quizá me lo inventé. Ese Robin Hood criollo, devoto de la Virgen de Chiquinquirá, que asoló Santander y Boyacá durante La Violencia colombiana, esa guerra ciega entre liberales y conservadores que en la década de 1950 mató a trescientos mil colombianos, enlutó incontables viudas, dejó huérfanos por doquier.

Hoy —a la distancia— mientras agoniza el año, recuerdo a esos muertos. Como también recuerdo a los centenares de miles de muertos de Felipe Calderón, de Enrique Peña Nieto y de Andrés Manuel López Obrador.

Wuhan y la flor del ciruelo

A medida que las primeras flores del ciruelo empezaban a abrirse en Wuhan, en el invierno de 2019, fuerzas invisibles fraguaban lo que a la postre sería la pandemia del COVID. Para enero del año siguiente, las sonrisas del ciruelo chino y de los pobladores de Wuhan se habían desvanecido.

Las hermosas flores del ciruelo son un tema favorito en el arte chino, y en la primavera, cuando la florescencia alcanza su máximo esplendor, estas flores dibujan millones de sonrisas en toda la campiña. En la ciudad de Wuhan, el florecimiento de los ciruelos históricamente ha sido un símbolo estacional, sublime y trascendente, su flor es la flor oficial de la ciudad.

Hoy, Wuhan es una ciudad de once millones de habitantes. Se ha transformado en la “Chicago de China”, enclavada en una zona habitada por humanos durante tres mil quinientos años. A medida que las primeras flores del ciruelo empezaban a abrirse en Wuhan, en el invierno de 2019, fuerzas invisibles fraguaban lo que a la postre sería la pandemia del COVID. Para enero del año siguiente, las sonrisas del ciruelo chino y de los pobladores de Wuhan se habían desvanecido.

Ahora se confirma que la ruta de transmisión del COVID fue de animales a humanos, y que ese es el altísimo precio que Wuhan y el mundo están pagando por el arraigado hábito de devorar pangolines, murciélagos, serpientes, koalas, burros, civetas, perros, gatos y casi cualquier criatura que se mueva. Animales salvajes o domésticos que a diario son consumi-

dos por sus supuestos beneficios curativos y sexuales, o simplemente para deleitar el paladar.

Es parte de la tradición culinaria de China, que ha persistido por décadas, siglos, tal vez por milenios. Una práctica que alimenta la exorbitante demanda, el comercio ilegal y el consumo de muchas especies que ahora están en peligro de extinción en todo el mundo. Estilos de vida gastronómicos exóticos que hoy tienen al mundo en jaque.

Entre 2005 y 2009, se vendieron en el mundo un promedio anual de trescientos diez y siete mil aves y dos millones de reptiles vivos. En 2009, la Unión Europea importó ciento cincuenta mil millones de dólares en animales silvestres. Sin saber nadar, cada año setenta mil primates cruzan vivos los océanos, China es el principal exportador y Estados Unidos es su cliente predilecto. En una década nos engullimos un millón de pangolines.

Wuhan está emplazada cerca de la confluencia del Three Gorges Dam, la represa hidroeléctrica más grande de mundo en el río Yangtzé, el más extenso del continente asiático. En sus orillas viven más de cien millones de personas. El mismo río en el que hace algo más de una década, la contaminación y la mortalidad en pesquerías extinguieron al delfín de río chino. Una víctima más que, entonces, pasó desapercibida para el mundo.

Wuhan se convirtió en el epicentro de una crónica de otra pandemia anunciada. La que, cien años después trae a la memoria recuerdos dolorosos de la peor pandemia que ha sufrido la humanidad, la llamada “gripe española”, posteriormente la influenza, que entre 1918 y 1920 se calcula contagió a quinientos millones de personas y pudo matar hasta a cien millones en todo el mundo. Más recientemente, en 2003, surgió el brote del Síndrome respiratorio agudo severo, SARS, que también se originó en China por un virus de la misma familia de los que causan el COVID.

El torrente de imágenes difundidas por Internet muestra que en los mercados de Wuhan se ofertan toda clase de animales vivos, muertos o moribundos. Es la tradición de una ciudad con más de dos mil años de historia y costumbres culinarias: gatos y perros aterrorizados y enjaulados

esperando ser cocinados; gallinas, gansos y patos hacinados; serpientes fileteadas a cuchillada limpia a la vista de todos para satisfacer a los clientes más exigentes; ratas, monos y murciélagos empalados. Todos al gusto, crudos o asados, lo que al cliente se le antoje, o lo que pueda pagar.

Son escenas espantosas que evocan fragmentos de la novela *El perfume* de Patrick Süskind que narra la extraordinaria vida de Jean-Baptiste Grenouille; mercados en los que clientes y presas flotan, juntos, en un caldo de sangre y vísceras. Lo único que se deja a la imaginación es el hedor que inunda el aire, estimula el apetito y anticipa la comilona. Clientes que con expectación se llevan a casa su animal predilecto en bolsas de plástico. Los preferidos de todos, a la vista de todos. Compradores que escudriñan, huelen, manosean y degustan los jugos de la vida, dejándose llevar por una multitud que va y viene, que deambula apurada, empujada por la imperiosa necesidad de comer algo exótico. Y los turistas tampoco se pierden el festín.

Y, entonces, ahora que los coronavirus brincaron de los animales en los mercados de Wuhan a los humanos en todo el planeta, debemos preguntarnos: ¿Qué es lo que hacemos? Cerramos puertas y aeropuertos, confinamos ciudades y construimos muros más altos. Nos aprovechamos de esta tragedia para cerrar fronteras y evitar la entrada de inmigrantes, ponemos en cuarentena a continentes, huimos de los chinos, los coreanos, los iraníes, los italianos, los españoles, los franceses, y los alemanes. Huimos de todas las nacionalidades, aun de la propia.

Se les prohibió a los europeos entrar a Estados Unidos y a los estadounidenses entrar a Guatemala. Nos estigmatizamos unos a otros, porque todos viajamos y todos somos sospechosos de portar el virus. Cunde el pánico y en unos pocos días colapsan los mercados bursátiles, caen los precios del petróleo, se desploman las bolsas de todo el mundo, el dólar sube de precio en medio de una paranoia colectiva. Se habla de una recesión económica global.

La tormenta pasará, prometen nuestros mandatarios y políticos. Pero lo que realmente quieren decir es que, una vez hallamos superado esta crisis, intentarán que volvamos a meter nuestras cabezas en la arena. Pen-

sarán sólo en *sus* elecciones y en *sus* votantes, y seguirán negando las evidencias que nos ofrecen los científicos. Exactamente como seguiremos manejando los impactos de nuestro insaciable apetito por los combustibles fósiles, que causan el calentamiento global, derriten los polos, aumentan el nivel del mar y acidifican los océanos.

Continuaremos siendo igual de negligentes y displicentes como somos ahora con la devastación de la Amazonía, la pérdida de biodiversidad, la contaminación de los ríos y la sobreexplotación de los recursos marinos. Como con la crisis del sargazo, esa alga gigantesca que masivamente llega a las costas del mar Caribe y que amenaza la vida marina y las economías. En todo el planeta seguiremos arrasando impunemente hábitats naturales invaluable y amenazando el futuro de los pueblos indígenas que allí viven, todo en nombre del “desarrollo” y con megaproyectos mal diseñados que sólo responden a los caprichos del gobernante insensato de turno. Y continuaremos siendo irresponsables hasta que una nueva pandemia nos amenace y tengamos otro breve momento para reflexionar.

No soy apocalíptico, y confío en que las cosas no sean así. Tal vez soy demasiado ingenuo, pero todavía creo que una vez que superemos la pandemia, nos preguntaremos lo que es inevitable preguntarse: ¿No habremos sido necios y jugado peligrosamente con la naturaleza por demasiado tiempo? ¿No habrá llegado el momento de modificar radicalmente nuestra forma de vivir, nuestros hábitos de consumo? ¿No debemos escuchar a los expertos y hacerle caso a la ciencia?

Las enfermedades infecciosas se transmiten entre animales silvestres o domésticos y los humanos, y se multiplican por el aumento en la densidad poblacional, el avance de la frontera agrícola, los asentamientos humanos en zonas silvestres y el tráfico internacional de fauna silvestre. Las implicaciones para la salud humana son graves. Pensemos en el virus de la inmunodeficiencia humana (VIH) y el virus mortal del Ébola, que parecen haber sido transmitidos de animales silvestres a humanos y animales domésticos.

Verdaderamente, espero que esta vez escuchemos la voz del aquí y el ahora, para que un día, no muy lejano, las hermosas flores del ciruelo nos sonrían de nuevo.

La llamada de las ballenas pintas, un relato para tiempos de cuarentena

Los balanos la pasan felices mirando al Sol, la Luna y las estrellas; hasta que el agua fría y los piojos de las ballenas los desalojan, dejándoles pequitas como recuerdo. Y, claro, entre más pecosas más viejitas, como nuestros ancianos.

Este es un relato sobre ballenas pintas, balleneros yanquis y perros siderales. Sobre lugares recónditos con nombres melódicos y casonas abandonadas. Retrata lo que recuerdo, aunque no puedo asegurar que todo sea cierto. Habla de cómo cuando uno busca una brújula, el destino lo planta –sin aviso– en el instante preciso, en la playa correcta.

Es un relato sobre las ballenas grises, las madres y sus ballenatos, que decidieron por razones misteriosas no regresar a sus sitios de crianza en el mar de Cortés. Lugares ocultos que ayudaron a salvar a estos majestuosos leviatanes, después de que fueran diezmados por los balleneros en la Península de Baja California.

Les cuento, la ballena gris es el mamífero marino que más interés ha suscitado entre los autodenominados *sapiens*. Es una de las ballenas más primitivas y la única que come chupando camaroncitos del fondo del mar. También es la única que se ha recuperado de la caza. En 1861, el gobernador de Baja California, Teodoro Riveroll se quejaba amargamente con el presidente Benito Juárez de la carnicería de ballenas grises. Gracias a México se protegieron los sitios de crianza en la Península de Baja California, y la gris se recuperó de las tropelías de los balleneros.

Con el invierno, las ballenas grises nadan desde sus lugares de alimentación en Alaska y Siberia hasta las lagunas de crianza en el Pacífico de Baja California, un viaje redondo de veinte mil kilómetros. Es un espectáculo que roba el aliento. En Sonora y Sinaloa a las grises les llaman pintas. El nombre viene de unas manchas que los balanos dibujan en su piel, son crustáceos primitivos con conchas calcáreas que pasan su existencia anclados de cabeza a los lomos de las ballenas. Los balanos la pasan felices mirando al Sol, la Luna y las estrellas; hasta que el agua fría y los piojos de las ballenas los desalojan, dejándoles pequitas como recuerdo. Y, claro, entre más pecosas más viejitas, como nuestros ancianos.

Si uno condujera trescientos kilómetros desde Guaymas, llegaría a Tojahui. Me pregunto si ahora, cuarenta años después, siguen ahí las casonas derruidas en la playa en donde acampé durante casi cinco meses. Dicen las malas lenguas que el narco espanta por allá. Tojahui, que significa “rasgón” en lengua mayo, tiene dieciocho habitantes y queda entre Yavaros y Las Bocas. Uno de ellos era Gonzalo, el mejor amigo pescador que he tenido. En Las Bocas, cuenta la leyenda, hay una plaza redonda en donde, en tardes serenas, el chocar de las olas se amplifica en sonido este-reofónico y los ecos de los susurros se alzan hasta convertirse en gritos. Vaya usted a saber.

Tojahui está rodeado de playas con nombres como Bajerobeta, La Filomena, Jimarouisa, Camahuiroa y Bachomojaqui. Nombres mucho más evocativos que los de los científicos que “descubrieron” allí a las ballenas pintas en 1954, y los que siguieron buscándolas hasta perderse en la búsqueda, Gilmore, Mills, Harrison, Ewin, Brownell, Findley, Vidal. Los primeros cuatro ya partieron de este mundo, los otros hacemos fila.

Acompañado por Sirio, llegué a Las Casonas de Tojahui en diciembre de 1981. Sirio era una mezcla de husky siberiano y malamute de Alaska. Es decir, oriundo de Alaska y Siberia, como las ballenas pintas. Me lo prestó para el viaje mi amigo Rogelio. Con este cómplice canino escuchamos, agazapados y atemorizados, los aullidos de coyotes hambrientos que de noche rondaban nuestra morada. Juntos encontramos cachalotes

varados, tortugas laúd muertas y ballenas de aleta perseguidas por orcas, y ávidamente perseguimos el aroma a chicharrón de lobo marino que alguien cocinaba en una olla grande de una playa vecina.

Se cuenta que, en el siglo XIX, quinientas ballenas pintas se refugiaban en las bahías de Sonora y Sinaloa, en donde doscientas fueron cazadas en las bahías de Santa María, Navachiste y Topolobampo. No pudieron escapar de los arpones de los implacables balleneros. Unas pocas criaban frente a Las Casonas de Tojahui; la misma playa a la que, despistados, Lloyd Findley y yo llegamos hace cuatro décadas. Tales son los extraños caminos de la vida, diría mi comadre Carmencita.

A Tojahui ya no llegan ballenas pintas. Será que las espantaron, o se aburrieron, o se les olvidó cómo regresar. Nadie lo sabe. Ésta es pues la increíble y triste historia de estos cándidos leviatanes y los balleneros desalmados que los cazaban para hacer chicharrón.

El Cuyo, en donde los días empiezan de noche

*Alcé la vista. El cielo seguía sin luna,
pero la noche ya no estaba oscura. Miré estrellas fugaces
titilando en un marco de palmeras arrulladas por el viento,
y pedí el deseo de ver, una vez más, a una tortuga marina desovando.*

“**M**i día empieza con la noche”, me dice Fabiola, curtida estudiosa de los sitios de anidación de las tortugas marinas, antes de que partamos en su cuatrimoto a patrullar las playas de El Cuyo en Yucatán. Allí, a donde las tortugas marinas blancas y carey llegan a poner sus huevos, año tras año, desde tiempos remotos.

Recorremos dos kilómetros en una noche oscura, sin estrellas, sin luna, sin brisa, sin gente. Huele a mar, y el único sonido es el vaivén monótono de las olas yucatecas caribeñas en junio. Avanzamos hasta que la marea no nos deja pasar y, para mi dicha, nos vemos forzados a abandonar a su suerte oscura a ese estafalario y bullicioso vehículo de cuatro llantas que no lo deja a uno contemplar la noche, ni escuchar a la mar en paz. Prefiero caminar los cinco kilómetros de ida y vuelta que dura el recorrido y sentir bajo mis pies el contacto de la arena húmeda, de la Tierra. Ahora estoy convencido de que la única razón de ser de los cuatrimotos es ayudar a los biólogos a buscar nidos de tortugas marinas. Sólo por eso hay que aguantarlas.

En su mochila, Fabiola carga un pequeño sistema de posicionamiento global, una libreta de notas, tubos de ensayo en donde conserva las muestras de piel de las tortugas para estudios genéticos, cinta métrica, marcas

para las aletas de las tortugas, alcohol para desinfectar y quién sabe qué chucherías más. Los dos llevamos en la frente sendas lámparas con luz roja que, según me dice, no molesta a las tortugas. Yo, el ayudante de campo de ocasión, cargo las estacas de bambú pintadas de rojo y numeradas a partir del número quinientos ochenta y tres al seiscientos veinte, con las que marcaremos –enterrándolas en la arena– los nidos de las tortugas que encontremos.

Fabiola recicla las estacas de palos abandonados de esa jimba de caña brava con la que se capturan pulpos en las costas de Campeche y Yucatán. La jimba es un arte de pesca artesanal diurno por gareteo, que me aseguran es sustentable pero que tiende a desaparecer porque las nuevas generaciones de pescadores ya no lo quieren usar. La tarde anterior supe de su existencia, conversando a pie de playa con una pareja de enamorados y sonrientes jóvenes pescadores, Tatiana y Gerardo, originarios de Chiapas y Tabasco.

Los escuchaba mientras pelícanos y garzas se daban un festín piscívoro, y las fragatas planeaban disfrutando pajareramente la cámara lenta. Mientras, a lo lejos, decenas de glotones flamencos rosados filtraban a picotazos montones de *Artemia salina*, esos crustáceos branquiópodos de quince milímetros, tres ojos y once pares de patas, atiborrados de los carotenoides que dan el color rosa a los flamencos. Las artemias son invertebrados primitivos que, como nosotros los vertebrados, tienen hemoglobina en la sangre, y que parecen no haber cambiado nada en cien millones de años, como las tortugas marinas.

Siempre soñé con ver a las tortugas marinas desovando en una noche estrellada. Y Melania, una experimentada científica que estudia estos reptiles marinos desde hace muchos años, me había dicho que El Cuyo es una de las dos playas más importantes del Caribe mexicano en donde las tortugas blanca y carey anidan; la otra es la isla Holbox en Quintana Roo.

Esa noche, después de recorrer varios kilómetros de playa, aumentaba poco a poco mi frustración callada, de ver una y otra vez, sólo rastros de tortugas sobre la arena. Nada de tortugas vivas, sólo sus zigzagueantes idas

y venidas indecisas de la mar y hacia la mar. Me preguntaba: ¿Será que hoy no vienen, que no es la hora adecuada, que no les gustó esta playa, o que nos detectaron y decidieron anidar en otro lado? ¿O será que las espantó desde lejos esa monstruosa y escandalosa cuatrimoto que abandonamos a su suerte?

De repente, en la oscuridad se revela –silenciosa en donde rompen las olas– una fantasmagórica forma tortaguesca. Agazapado en la arena, a escasos metros de la línea de marea, contemplo boquiabierto la silueta en movimiento de una tortuga marina que emerge lenta –casi dolorosamente– de la mar, se arrastra con determinación evolutiva milenaria. Es una tortuga blanca hembra que nadó quién sabe cuántos miles de kilómetros desde quién sabe qué océano remoto para llegar a El Cuyo, tal vez a la misma playa en la que nació décadas atrás.

Inmóvil, aguanto la respiración, agudizo vista, oído y olfato en medio de la oscuridad, y del ir y venir monótono de las olas, tratando de discernir cómo sube la playa este inmenso reptil. De pronto, un sonido como de chancleteo distrae mi atención, y volteo hacia el otro lado, entonces me doy cuenta de que otra tortuga está subiendo por la playa, y que son sus aletas las que suenan como chancletas al golpear la arena mojada. Estoy en medio de la ruta que siguen las dos tortugas para llegar a la parte alta de la playa para hacer sus nidos. ¡Y no sé qué hacer!

No más de diez metros me separan de ellas. ¿Qué hacer para evitar que me atropellen, que me pasen por encima? Lo único que se me ocurre es, pecho a tierra, y quedarme inmóvil, como cuando de boy scout me escondía y escudriñaba el horizonte. Como si oliera mi espanto –porque las tortugas tienen mala vista pero muy buen olfato– la tortuga de la derecha gira y se dirige directo hacia mí. Instintivamente, bajo la cabeza hasta tocar la arena con la frente, en señal de sumisión –no sé porque se me ocurrió hacer esto, la verdad es que ahora me parece una reacción más o menos ridícula– y miro de reojo a esa mole acorazada, rogándole que no pase sobre mi frágil humanidad.

Nunca sabré si la tortuga se dio por enterada de mi ritual de sumisión. El caso es que me miró con sus grandes ojos, y cuando estaba a menos de dos metros de mi cabeza, decidió cambiar de rumbo y seguir su camino zigzagueante. Seguro tenía cosas mucho más importantes que hacer que embestir a un bulto humano asustado, como hacer su nido, poner sus cien huevos, tapar el nido y volver a la mar, para adentrarse en lo que Melania llama los “años perdidos” de las tortugas marinas. Porque las tortugas marinas pasan sólo uno por ciento de su vida en tierra, y el otro noventa y nueve por ciento en el mar.

Una vez que recobré mi aplastado orgullo, acompañé a Fabiola a estudiar a la otra tortuga. La observé excavar y moldear con sus aletas traseras un nido perfecto, como sólo los quelonios marinos saben hacerlo, depositar sus huevos lentamente mientras entraba en algo parecido a un trance para después regresar a la mar, tras haber cubierto cuidadosamente los huevos con arena. Se fue con la misma parsimonia con la que llegó. ¡Vino a lo que venía! Y, no sé por qué, pero me dejó un extraño vacío como jamás había experimentado.

Alcé la vista. El cielo seguía sin luna, pero la noche ya no estaba oscura. Miré estrellas fugaces titilando en un marco de palmeras arrulladas por el viento, y pedí el deseo de ver, una vez más, a una tortuga marina desovando. Pero, para mi sorpresa, no eran meteoros lo que vi, sino destellos de las luciérnagas danzantes de El Cuyo, ese mágico lugar yucateco en donde los días empiezan de noche.

Marte en la Tierra

*Cuando eché un vistazo a las pozas
de Cuatrociénegas me invadió el sentimiento
sublime de estar mirando a otro mundo.*

Hoy, Mercurio, Júpiter y Saturno se alinean con la Luna. Las imágenes de Marte compartidas recientemente por la Administración Nacional de Aeronáutica y del Espacio (NASA, por sus siglas en inglés) de Estados Unidos, y la Administración Nacional del Espacio de China, me llenaron de emoción, orgullo y esperanza. Demuestran que no hay preguntas demasiado difíciles, ni fronteras demasiado distantes para la ciencia y la tecnología. El colorido de sus paisajes y los sonidos del viento marciano me hicieron soñar con visitar algún día ese planeta rojo. No me importa que esté tan lejos, que sea desértico, polvoriento, frío y que todos sus volcanes se hayan muerto.

Los valles de Marte parecen mares surcados por pequeñas olas como rizos. Cordilleras y miríadas de cráteres con formas alucinantes. Marte, planeta de terrenos polvorientos, viscosos, serpentinos con dunas achocolatadas moldeadas por vientos caprichosos durante miles de millones de años. El viento marciano tiene ecos planetarios. Es un cuerpo celeste acompañado por dos hermanos lunas gemelos —Phobos y Deimos— hijos de Marte el dios de la guerra y Afrodita la diosa del amor.

El Planeta Rojo está a doscientos veintiocho millones de kilómetros del Sol alrededor del cual gravita. A más del doble de la distancia entre la

Tierra Azul y esa estrella llena de gases calientes que mantiene a nuestro sistema solar unido. Marte, el planeta en donde un año dura dos años terrícolas. Marte, en donde yace el volcán muerto más grande del sistema solar.

La noticia triste, por lo menos para mí, es que noventa y seis por ciento de la atmósfera de Marte es dióxido de carbono; lo que implica que, posiblemente, los humanos no podamos vivir allá jamás. ¡Qué lástima!

Algunos lugares de la Tierra como la Antártida, Arizona, Hawái, el noroeste de México y el Desierto de Atacama en Chile, han fascinado a los científicos por mucho tiempo, en cierta manera por su parecido con Marte. Uno de esos lugares –mi favorito– es el maravilloso Valle de Cuatrociénegas, ubicado en el Desierto Chihuahuense, considerado el más grande de América del Norte y uno de los más biodiversos del mundo, se extiende por más de seiscientos mil kilómetros cuadrados en los estados de Chihuahua, Coahuila, Nuevo León, Durango, Zacatecas, San Luis Potosí, Arizona, Nuevo México y Texas. Es un desierto que no reconoce las fronteras geopolíticas artificiales trazadas por el hombre.

Las imágenes de la NASA me transportaron a Cuatrociénegas, un valle incrustado en Coahuila, a setecientos cuarenta metros sobre el nivel del mar, entre la Sierra Madre Oriental y la Sierra Madre Occidental. Un lugar que parece más marciano que terrícola. En donde, en un rojo atardecer, caminé entre dunas blancas de yeso bañadas –hace millones de años– por el primitivo mar de Tetis. No muy lejos de donde, en el año 2016, fueron encontradas las huellas de las mujeres y hombres que caminaron esta región hace más de diez mil años. Tetis, ese mar arcaico que honra a la diosa, hermana y compañera de Oceanus, quienes juntos engendraron incontables ríos y lagos.

Estromatolitos silenciosos pululan en los centenares de pozas azules, casi marcianas, de Cuatrociénegas. Son formas primitivas de vida bacteriana que parecen arrecifes de alfombras bereberes marroquíes, y que alguna vez dominaron los océanos. Son la evidencia fósil más antigua de

vida microbiana, y posiblemente los primeros organismos vivos que exhalaban oxígeno a nuestra atmósfera. Si no fuera por los estromatolitos, tal vez no existiríamos. Cuando eché un vistazo a las pozas de Cuatrociénegas me invadió el sentimiento sublime de estar mirando a otro mundo.

No es casualidad que la NASA se haya enamorado a primera vista del Valle de Cuatrociénegas. Durante dos décadas, científicos mexicanos liderados por Valeria Souza de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) y la NASA, han estudiado la vida en este lugar. Es el valle que mi amiga Valeria describe como “una máquina ecológica del tiempo, un oasis de microbios en el desierto, el ombligo del planeta, un mundo perdido”. Cuatrociénegas es un lugar en donde podemos estudiar astrobiología, esa disciplina científica que investiga el origen y la evolución de la vida extraterrestre en el universo.

El vehículo *Perseverance* de la NASA ha explorado en Marte un antiguo lago conocido como Jezero, ahora seco. Con cada vez menos agua, a medida que agotamos los acuíferos que las alimentan, las pozas de Cuatrociénegas también se desvanecen poco a poco, como sus hermanas marcianas. A diferencia de Marte, en donde no parece existir vida como la conocemos, en Cuatrociénegas reina la diversidad biológica. El endemismo de especies en esas ochenta y cuatro mil hectáreas que forman el Área de Protección de Fauna y Flora de Cuatrociénegas sólo se compara con las islas Galápagos. Fauna y flora que se encuentran en peligro de extinción y que incluye plantas como la lechuguilla, la cucharilla, la candelilla, la biznaga partida amacollada, la siempreviva, el ocotillo, el sangregado, el saladillo, el té mexicano y el mezquite; asimismo la carpa, la perca, la mojarra, el cachorrito, la tortuga de concha blanda negra, la culebra encapuchada mexicana, el castor, el puerco espín, el oso negro, el tlalcoyote y la zorra norteña.

Sabemos mucho sobre Marte, gracias a los meteoritos que han llegado a la Tierra, a nuestros telescopios y a las imágenes obtenidas por naves espaciales. Sabemos mucho más del fascinante Valle de Cuatrociénegas,

gracias a las largas caminatas, las colectas detalladas, los experimentos y a las incontables noches en vela de científicos como Valeria Souza y el cuatrocieneguense Héctor Arocha.

Conservemos este mundo fantástico para nosotros, y para otros acompañantes con quienes tal vez algún día navegaremos en la inmensidad del universo.

Las plagas de junio y la breve historia de un volcán enamorado

*Mientras el corazón lata, mientras la carne palpita,
no me explico que un ser dotado de voluntad
se deje dominar por la desesperación.*

VIAJE AL CENTRO DE LA TIERRA, JULIO VERNE

Escribo estas líneas la tarde del veinticinco de junio de 2020, súbitamente inspirado por la aparición de dos nubes enormes. La primera nube brota de las treinta y cinco exhalaciones de truenos, gas y ceniza volcánica con las que el poderoso Don Goyo —el volcán Popocatepetl— tiñó de gris oscuro los cielos del centro de México. La segunda nube, de diez kilómetros de largo por diez kilómetros de ancho, está formada por millones de langostas que desde mayo han sobrevolado Argentina, pero que, hoy, misteriosamente, desaparecieron al descender a tierra y ahora nadie sabe a ciencia cierta en dónde están.

Estos dos eventos nubosos no relacionados, separados uno del otro por más de ocho mil kilómetros, bruscamente me remontaron a las historietas ilustradas que leí en mi infancia sobre las plagas de Egipto. Las leí como acostumbraba a leer cuando era niño, escondido, inmóvil y respirando sin hacer ruido, debajo de la cama para que nadie me encontrara, en la habitación que compartía con mi hermano mayor. Sólo muchos años después descubrí esas plagas, descritas con mayor y aterrador detalle en el Éxodo, el libro de Moisés, la esclavitud de los hebreos y la Tierra Prometida.

Me temo que jamás sabré si eran sólo metáforas, maldiciones sobrenaturales, o calamidades infligidas por Dios para forzar al faraón a abolir la esclavitud. Lo que he leído, sin embargo, sugiere que todas, o la mayoría, de esas plagas estaban relacionadas con desequilibrios ambientales causados por los humanos en el Valle del Río Nilo. Desequilibrios emanados de la contaminación del agua, los virus y otros infortunios, a su vez agravados por cambios en el clima desencadenados por erupciones volcánicas.

De cualquier manera, llama la atención que las diez plagas del Antiguo Egipto se relacionan con el agua dulce, los batracios, los piojos, las moscas, las vacas, los virus, el calor y el frío, las langostas, la ausencia de luz y el ángel de la muerte:

Las aguas se convierten en sangre,
la plaga de las ranas,
la plaga de los piojos, pulgas o mosquitos,
la plaga de las moscas,
la peste del ganado,
la plaga de las úlceras,
la plaga de la lluvia de fuego y granizo,
la plaga de las langostas,
la plaga de las tinieblas o de la oscuridad,
el ángel exterminador. (ÉXODO)

Realidad o ficción, las plagas del Antiguo Egipto me hicieron pensar en el México de junio del siglo XXI: la pandemia del COVID, el arribo de olas enormes de sargazo que sofocan las costas de la Península de Yucatán, la nube roja de polvo del Sáhara, el sismo de siete punto cuatro de magnitud en Oaxaca y las fumarolas del Popocatepetl. Y, como si todo esto fuera poco, un día de junio ha sido el más violento de 2020 en México, con ciento diecisiete compatriotas asesinados. Estas son, hoy, las plagas de junio.

En junio de ese año, la curva de la pandemia del coronavirus alcanzó su pico más alto y deja resultados desoladores, al menos doscientos veintiséis mil ochenta y nueve mexicanos contagiados y veintisiete mil setecientos sesenta y nueve mexicanos fallecidos debido a este agresor invisible. Nuestro país es ahora un semáforo en rojo y naranja, y nadie sabe cuándo llegará el verde. Desempleo, hartazgo, sufrimiento y desesperanza caminan juntos de la mano, y todos nutren una tragedia nacional que a su vez alimenta una catástrofe mundial que deja decenas de millones de personas contagiadas y millones de muertos.

También en junio, una macroalga marina llegó para quedarse, miles de toneladas de sargazo empezaron a arribar a las costas del Caribe mexicano. Nadie puede alegar haber sido tomado por sorpresa, puesto que todos sabemos que durante los últimos cinco años el sargazo ha asolado —cada año— las costas de Quintana Roo en el mar Caribe, principal destino turístico mexicano.

Hace unos años sobrevolé en una avioneta el litoral de Quintana Roo, hasta unos cuarenta y cinco kilómetros de la costa. Lo que observé, desde tres mil metros de altura, me sobrecogió: sobre la superficie azul del mar emanaba una multitud de enormes franjas de color ocre, alineadas en formaciones paralelas e interminables, que se movían, inexorablemente, hacia la costa. Me parecieron imágenes salidas de una película de ciencia ficción.

Muchos asociamos al sargazo con el legendario mar de los Sargazos, aquel que atrapaba a los navíos que en los siglos XVII y XVIII se aventuraban por el océano Atlántico septentrional. El de los Sargazos es el único mar que no baña a ninguna nación, es un triste mar sin costas. Fue descubierto por Cristóbal Colón en su primer viaje a América, y muchos escritores, desde Julio Verne hasta Horacio Quiroga, han dejado volar su imaginación por este mar amarillo rojizo. Pero, no podemos culpar a este misterioso mar de los arribazones masivos de sargazo que azotan las playas de más de veinte países caribeños.

Los arribazones de sargazo son una secuela ominosa para una crisis que se repite cada año, como la trampa en el tiempo de una pesadilla

recurrente, mientras que ni autoridades ni empresarios turísticos cumplen sus reiteradas promesas de encontrar una solución. Todos han fallado en invertir los recursos necesarios para enfrentar los graves impactos que ocasiona el sargazo en el turismo, la economía y en algunos de los ecosistemas más valiosos del planeta. Como las avestruces, seguimos escondiendo la cabeza en la arena pensando que el problema desaparecerá por sí solo.

También en junio, después de viajar más de diez mil kilómetros a través del océano Atlántico y el mar Caribe, una nube descomunal cargada con millones de toneladas de “polvo y arena” llegó a la Península de Yucatán, proveniente de los desiertos del Sáhara y el Sahel en África. Un fenómeno recurrente, pero que este año tuvo una intensidad no vista en medio siglo, según la NASA y la UNAM, son nubes que transportan polizones metálicos, como hierro, calcio, fósforo, silicio y mercurio; además de acarrear virus, bacterias, hongos y contaminantes orgánicos que, cuando llegan a las ciudades, empeoran la calidad del aire y afectan a personas con problemas respiratorios, a niños y personas mayores.

Por si todo esto fuera poco, también el veintitrés de junio un sismo de siete punto cuatro de magnitud nos estremeció. Con epicentro en La Crucecita, Oaxaca, el temblor dejó a su paso diez muertos, miles de damnificados, y pérdidas materiales enormes en decenas de poblaciones oaxaqueñas. Y, en junio de 2022, asesinaron a dos jesuitas en la Sierra Tarahumara, Chihuahua. ¡Menos mal que ya estamos en julio!

En su libro, *Popocatépetl, mitos, ciencia y cultura: un cráter en el tiempo*, Carlos Villa Roiz narra que la princesa Mixtli, hija del emperador mexicana Tizoc, se quitó la vida creyendo que su amado Popocatépetl había muerto en batalla. Cuenta la leyenda que cada vez que Popocatépetl recuerda a su amada, su corazón, que guarda el fuego de un amor ardiente, retiembla y él lanza humo con su antorcha. Esa es la verdadera razón por la que Popocatépetl, el guerrero enamorado con cuerpo de volcán, grita, nos sacude y exhala esa mezcla de ceniza, gases, vapores, y expulsa los fragmentos incandescentes que brotan como sangre por sus grietas. Son los gemidos de un amor apasionado e imposible.

Punta Allen, un cachito de cielo en el mar Caribe

*Aquí viven unas cuatrocientas personas para las que la mar es todo.
La mayoría son pescadores de tres generaciones —hombres y mujeres
que viven de la mar y que, cuando se les antoja, pueden voltear
hacia cualquier punto cardinal para escucharla, olerla, verla, sentirla.
No puedo imaginar nada más sublime.*

“¡Vámonos Póster!”, se despide. Me pareció descortés preguntarle por qué le puso tal nombre a su perro. Llegó de Tabasco a Punta Allen hace treinta cinco años, y aquí se quedó. Empezó atrapando langostas y peces para venderlos, pero después decidió dedicarse al ecoturismo para “ya no depredar más el medio ambiente”, me aseguró Marcos, de sesenta y tres años.

Los dos caminaban al amanecer sobre una playa atiborrada de verde amarillentos sargazos vivos recién llegados y ocres sargazos muertos en descomposición, que ahora son componentes estereotipados de la escenografía regional. El sargazo, esa alga gigantesca que como plaga de proporciones épicas cada año invade las playas del Caribe, desde 2011. No sabemos exactamente de dónde viene: del Mar de los Sargazos, del Atlántico brasileño en donde desemboca el río Amazonas, o del gran cinturón de sargazo del Atlántico entre África y el Golfo de México.

Soñando despierto con barcos piratas corría yo sobre alfombras de sargazo, entre palmeras doblegadas por los vientos, a mi izquierda, y el oleaje de marzo en el mar Caribe, a mi derecha —siempre escudriñando de reojo el horizonte en busca de delfines, manatíes, cocodrilos, o por lo menos de traviosos aluxes extraviados.

Punta Allen está entre dos Reservas de la Biosfera. La de Sian Ka'an ("origen del cielo" en lengua maya) –más de medio millón de hectáreas Patrimonio de la Humanidad por la UNESCO por sus invaluable recursos naturales y servicios ambientales. Y la de Arrecifes de Sian Ka'an –una plataforma angosta de arrecifes coralinos con alucinante diversidad de especies de fauna y flora.

Para llegar a Punta Allen uno tiene que cruzar "Tulum Pueblo", y soportar estoicamente la monstruosa y ensordecedora algarabía de lo que será el próximo Cancún recargado de la Riviera Maya. Un lugar en donde se sienten, se escuchan, se respiran, se tocan los excesos mundanos e impactos sociales y ambientales del turismo de masas mal planeado. Cierro los ojos para no ver, pero no puedo dejar de pensar en las graves consecuencias que el llamado "Tren Maya" y el nuevo aeropuerto de Tulum traerán a los pueblos originarios y ecosistemas de una de las regiones más espectaculares de México.

Vademos durante dos horas unos cuarenta kilómetros por un camino tipo queso gruyer –miríadas de hoyos de todos los tamaños que estoy seguro están aquí para desalentar la invasión de turistas que sólo buscan el desmadre ocasional– enclavado en un sistema de ríos subterráneos que conectan los sagrados cenotes con los exuberantes petenes de la Península de Yucatán. Punta Allen está al final de una franja de tierra que parece una larguísima, sinuosa, rugosa cola de dragón cuya punta descansa semidormida en el extremo norte de la Bahía de la Ascensión. Aquí se reproducen y crecen especies de importancia ecológica y comercial como langostas, meros y pargos.

En Tulum y Punta Allen visité las oficinas de la Sociedad Cooperativa de Producción Pesquera Pescadores de Vigía Chico. En la última me encontré con otro póster (éste de papel) que sintetiza el origen e historia de la cooperativa y del pueblo. La cooperativa se fundó en 1968 con cincuenta socios; empezaron a marcar las "parcelas" de mar para dividir la pesca de langosta en campos pesqueros.

Las décadas de 1970 y 1980 fueron de "abundancia" para la cooperativa y Punta Allen. La cooperativa se organizó y creció hasta alcanzar ciento

veinte socios, compraron lanchas de fibra de vidrio, construyeron un centro de recepción para las langostas, y pescaban entre ciento veinte y ciento sesenta toneladas de cola de langosta cada año. Para proteger muchas especies de peces, en 1985 la cooperativa prohibió el uso de redes agalleras estacionarias —aunque eran permitidas por ley y se usaban en todo México.

La crisis estalló en 1988. La cooperativa se endeudó por varios millones de pesos para construir una planta procesadora en Tulum; la deuda aumentó, tardaron siete años en pagar, la cooperativa quebró. La situación se agravó con los estragos que dejó la llegada del huracán Gilberto en Punta Allen y la Península de Yucatán, el catorce de septiembre —el ciclón tropical más intenso que haya tocado tierras mexicanas, de categoría cinco y vientos sostenidos de casi trescientos kilómetros por hora.

Pero la crisis también desencadenó el inicio de un largo y doloroso proceso de “renacimiento y consolidación” impulsado por la cooperativa y los pescadores. Entre 1990 y 2005, se reorganizaron administrativamente y su liderazgo se fortaleció. Hoy hay noventa y un socios y tienen bien definidas sus áreas de concesión (parcelas en unos setecientos kilómetros cuadrados de mar) de pesca de langosta en la Bahía de la Ascensión; pero también han diversificado sus actividades a la pesca deportiva y el ecoturismo.

Para obtener mejores precios en el mercado, en Punta Allen las langostas se han capturado principalmente vivas para exportación. Sin embargo, la pandemia del COVID hizo que perdieran los compradores fuera de México y, en los últimos años, comercializan sólo la cola de la langosta, que es lo que el mercado nacional prefiere.

Las primeras artes de pesca eran el gancho y guante, que después fueron reemplazadas por las “casitas cubanas” —estructuras rectangulares de un metro cincuenta centímetros de largo, un metro veinte centímetros de largo y quince centímetros de alto construidas con troncos de palma chiit amarrados que se depositan en el fondo del mar y en donde se refugian las langostas que los pescadores, buceando a pulmón, atrapan con pequeñas redes de mano. Con hasta siete metros de altura, tronco impermea-

ble y grandes hojas, esta palma fue sobreexplotada para construir palapas, techos de casas y casitas cubanas, por lo que fue declarada amenazada y bajo protección por las autoridades federales.

Gracias al ingenio de los pescadores de Punta Allen, y a su apertura para colaborar con organizaciones externas, las casitas cubanas fueron transformadas en “sombras” quintanarroenses —estructuras de cemento con las mismas dimensiones de las casitas y un esqueleto de varillas de hierro que las hace más resistentes.

Hoy, los hombres y las mujeres del mar de Punta Allen se capacitan para monitorear la salud de sus recursos. Trabajan codo a codo, pero bajo sus propios términos, con organizaciones de la sociedad civil —como Comunidad y Biodiversidad— en estudios ambientales, acústicos y genéticos para evaluar las poblaciones de sus dos principales recursos: la langosta y el mero. La generación de conocimiento y la responsabilidad de la administración de estos recursos están en manos de esas mujeres y hombres de la localidad.

Por décadas, el precio pagado por la langosta era siempre el propuesto por los compradores. Hoy, los pescadores de Punta Allen han mejorado su capacidad de negociación y acceden a precios más justos por un producto de alta calidad y valor agregado que pescan de manera sustentable.

En Punta Allen viven unas cuatrocientas personas para las que la mar lo es todo. La mayoría son pescadores de tres generaciones —hombres y mujeres que viven de la mar y que, cuando se les antoja, pueden voltear hacia cualquier punto cardinal para escucharla, olerla, verla, sentirla. No puedo imaginar nada más sublime. Por eso dicen que, tarde o temprano, los que se van siempre regresan; hasta los visitantes...voy tras mi cuarta peregrinación.

Durante cincuenta y cinco años, la cooperativa de pescadores de Vigía Chico y los habitantes de Punta Allen pasaron del auge y la abundancia a una profunda crisis, de la cual surgieron fortalecidos gracias a su tenacidad, solidaridad y capacidad de adaptación. Los desafíos sociales y económicos de esta comunidad son muchos, pero ya demostraron que son capaces de innovar para forjar su propio destino. Para labrar su “cachito de cielo”, aquí, en un rincón del Caribe mexicano.

El cachorrito de Julimes no tiene quien le escriba

*Sentí entonces la necesidad imperiosa de caminar
el mismo trayecto de regreso, como para tratar de convencerme
de que, realmente, estaba abarcando todo el hábitat de una especie.*

Silenciosamente, sin aviso, los recuerdos de ese angosto y casi quieto manantial geotermal de colores azul verdoso y amarillo rojizo, se escurrían gota a gota de mi mente, como estalactitas. Recuerdos de un mundo en miniatura encajado de la nada en la cuenca del río Conchos, en el Desierto Chihuahuense, derivaban como hojas caídas sobre un arroyo reseco y moribundo para después desvanecerse con el paso de los años.

Son las evocaciones de un mundito, conocido como El Pandeño, que se aferra a la vida a menos de dos kilómetros del poblado de Julimes, y a ochenta y cinco kilómetros de la ciudad de Chihuahua.

Esos coloridos cuerpecillos elongados –cada uno con un par de ojazos negros que fijamente me miraron desde abajo de la superficie del agua– se hacían cada vez más borrosos en mi mente. Con el tiempo se habían ido transformando en tenues retratos mentales en blanco y negro de cachorritos inmóviles, sumergidos en un caldero hirviente congelado por el correr de los tiempos. Pero no eran imágenes de cachorros de perro, sino del pez cachorrito de Julimes. Piscis, no Canis.

Tal vez mi desmemoria fue el resultado de los momentos fugaces que permanecí en el único lugar del planeta en donde estos cachorritos viven.

O, probablemente —cuando los vi hace muchos años— mi mente fue incapaz de concatenar la diferencia entre la escala del tamaño de estos peces —medidos en milímetros— y las decenas de miles de años que miden la evolución de las especies. Como sea, ese mundo insólitamente minúsculo de repente cayó sobre mí, como una cortina evolutiva que se corría para mostrarme esa ciénega geotermal llena de vida.

Curiosamente, sin previo aviso, esas imágenes aparentemente refundidas en mi subconsciente, me asaltaron de manera nítida, en la madrugada del mismísimo día en que me supe contagiado de COVID. Aislado, hasta de La Güera y Tigre, nuestros pastores alemanes, y mientras en ensueños vadeaba los zarpazos del virus, decidí que era tiempo de escarbar estos viejos recuerdos y de garabatear un relato, intentando hacerlo lo más fidedigno posible, dadas las circunstancias.

Algo rechoncho, el cachorrito de Julimes crece hasta alcanzar sólo cinco centímetros de longitud como adulto; tiene cabeza, boca y ojos tan grandes que parecen desproporcionados. Los machos son de color café grisáceo con tenues tonos de azul brillante, mientras que las hembras son ocre anaranjadas. Los dos sexos están delicadamente retocados con pinceladas azules oscuras o amarillas que parecen envolverlos de costado a costado como si fueran diminutas cebras acuáticas.

Nadie sabe cuántos cachorritos de Julimes sobreviven hoy, ni sabemos gran cosa sobre su biología o ecología. Lo que sí sabemos es que, de todos los vertebrados vivientes, son los que pasan toda su vida en las aguas más calientes —entre treinta y ocho y cuarenta y seis grados centígrados— y por eso no tiene depredadores naturales; pero también sabemos que están en peligro crítico de extinción. Este pez vive únicamente en El Pandeño, un manantial de aguas termales que sólo tiene ciento setenta metros cúbicos de agua, casi la mitad del área que ocupa la bóveda de la Capilla Sixtina que Miguel Ángel pintó —utilizando la técnica al fresco— hace más de quinientos años.

Pero al cachorrito de Julimes no parece preocuparle que su mundo sea tan pequeñito. Tranquilamente nace, crece, se alimenta, se reproduce

y muere entre mosaicos de colores y una gama de texturas fraguadas por las microscópicas cianobacterias que embellecen su mundito, y lo hacen habitable. Antes consideradas algas verde-azules, las cianobacterias en verdad son bacterias azules cuyos ancestros se originaron hace tres mil quinientos millones de años como los primeros productores primarios de la Tierra, y fueron los cimientos de todos los ecosistemas vivos del planeta.

Las cianobacterias realizan la fotosíntesis, un proceso por el cual las plantas utilizan luz solar, agua y dióxido de carbono para producir oxígeno y azúcar, esta última almacena la energía química de la vida. Un proceso del que, finalmente, depende la mayor parte de la vida en la Tierra. Lo extraordinario es que las cianobacterias llevan a cabo una fotosíntesis oxigénica, en donde el agua es el donante primario de electrones y el oxígeno atmosférico es un producto de desecho. El oxígeno es un elemento tóxico para muchas bacterias, pero no para las cianobacterias, ni para el cachorrito de Julimes.

Hace muchos, muchos años las cianobacterias jugaron un papel crucial produciendo y acumulando oxígeno en nuestra atmósfera, y favoreciendo que formas superiores de vida dependientes del oxígeno surgieran y conquistaran la Tierra. Sin estos microorganismos la mayoría de los seres vivos no estarían ahora aquí, incluyéndonos a nosotros; el cachorrito de Julimes y dos especies que comparten su micromundo geotermal: el pez guayacón de Julimes, *Gambusia* y la cochinilla de Julimes, *Thermosphaeroma macrura*. Los tres están hoy en peligro de extinción.

Otro antiguo habitante de éste y de otros manantiales cercanos, descubierta por los científicos en 1991, era el diminuto –dos milímetros de altura– caracol de Julimes, *Tryonia julimensis*, que parece haberse esfumado una década después porque los humanos le destruimos su hábitat.

Hace unos quince años caminaba por la orilla del pequeño manantial en donde el cachorrito de Julimes pasa toda su vida. En menos de una hora ya había yo recorrido su mundo entero, aun considerando las paradas que hice para observar su hábitat y su comportamiento. Para un biólogo de campo acostumbrado a pasar meses, incluso años, recorriendo los

extensos ambientes en donde viven mamíferos acuáticos migratorios —los animales que más tiempo pasé estudiando— resulta inverosímil la sensación de haber caminado el hábitat completo de una especie.

Perplejo, me pregunté: ¿y ahora qué?

Sentí entonces la necesidad imperiosa de caminar, inmediatamente, el mismo trayecto, como para tratar de convencerme de que realmente había recorrido completo, todo el hábitat de una especie. Volví sobre mis pasos, ahora mucho más lentamente, pero mi desasosiego no cedía. De repente, en una pequeña bahía en la orilla opuesta del manantial, en donde unos minutos antes había observado a los cachorritos de Julimes, con horror atestigüé el caos embarrado que dejaron las pezuñas de las vacas que venían de potreros aledaños a calmar su sed en este santuario evolutivo.

En ese instante supe que lo que tanto me mortificaba era la comprensión de la fragilidad apabullante del hábitat tan reducido del cachorrito. Y, que, esas vacas, o el desecamiento del manantial por la sobreexplotación del agua o por las sequías debido al calentamiento global, podrían borrar —de un chancletazo y para siempre— a este pez de la faz de la Tierra.

El Pandeño y sus huéspedes más distinguidos —el cachorrito, el guayacón y la cochinilla de Julimes— probablemente desaparecerán pronto a consecuencia de las actividades humanas. La única cuestión es cuándo. Están acechados, atrapados sin salida, entre cultivos sedientos que agotan el agua, balnearios “curativos” abarrotados de gente y la contaminación proveniente de escurrimientos urbanos y agrícolas.

Y no tienen a dónde huir.

Mariposas monarca, las novias del sol

Las mariposas ascendían como nubes multicolores que, a contraluz, iban perdiéndose en un cielo azul tapizado de cúmulos blancos con cristales de hielo y gotitas de agua suspendidas. Ahí iban centenares de miles de machos enamorados en días anteriores.

Muy temprano, una mañana de abril, millares de mariposas se elevaban como un torbellino frente a mí —una mezcla de cabezas, tórax, patas oscuras y alas naranja irrigadas por venas negras enmarcadas por motitas blancas. Al unísono, la quinta generación de la mariposa monarca, las más longevas, la *Matusalén*, las migrantes sin visa, emprendían su viaje de regreso al norte, desde su refugio invernal en los bosques de oyamel, pino y encino en las montañas de la Sierra Madre Oriental.

Ese día, a tres mil ciento setenta y un metros sobre el nivel del mar, contemplé extasiado cómo estas diminutas formas coloridas, cada una con menos de un gramo, se elevaban con la misma determinación con la que, perseguidas por el frío y en busca de un hogar más cálido, volaron más de cuatro mil kilómetros desde Canadá y Estados Unidos hasta llegar a los bosques en los que ahora, absorto, las miro en El Llano de las Papas en Michoacán.

Las mariposas ascendían como nubes multicolores que a contraluz se iban perdiendo en un cielo azul tapizado de esponjosos cúmulos blancos con cristales de hielo y gotitas de agua suspendidas. Ahí iban algunos de los centenares de miles de machos que se enamoraron en días anteriores,

tomando con sus patas delanteras las alas de las hembras, mientras los dos forcejeaban en una orgía de dimensiones épicas, durante el vuelo nupcial más sensual de que se tenga noticia. Tal y como lo han hecho cada año, desde el inicio de los tiempos.

Diminutos insectos resueltos a recolonizar las áreas de reproducción de sus abuelos y tatarabuelos en Estados Unidos, cueste lo que cueste antes de morir, porque estas mariposas saben que lo que está en juego es la sobrevivencia de la migración más sublime del reino animal. Una migración que, tristemente, hoy se desvanece ante nuestros ojos, aletazo a aletazo, monarca a monarca.

Una, dos o tres veces, entre diciembre y abril, año tras año, durante las últimas dos décadas, he viajado desde la Ciudad de México hasta los santuarios de hibernación de la mariposa monarca, en Michoacán y el Estado de México. Se ha convertido en una peregrinación familiar; excepto en 2021, cuando la pandemia nos encerró en una suerte de arresto domiciliario.

He pasado mucho tiempo en territorio monarca en compañía de ejidatarios y comuneros quienes son los legítimos dueños de las tierras y de los santuarios en donde las mariposas se refugian en invierno. Y, claro, también acompañado de científicos, ambientalistas, músicos, periodistas, filósofos, empresarios, filántropos, cantantes, abogados, presidentes, gobernadores, secretarios de estado, diplomáticos y políticos de todo el espectro. Asimismo, de musulmanes, hindúes, católicos, protestantes y ateos. Muchas veces me acompañó mi familia; algunas veces también las familias de ellos.

Después de caminar por las montañas de la monarca con esos acompañantes llegué a comprender lo que Henry David Thoreau quiso decir hace ciento setenta años, cuando escribió en *Walden*, originalmente titulado *Walden, or life in the woods*: “Necesitamos el tónico de lo salvaje ... Nunca podremos saciarnos de naturaleza”. Lo entendí un día, mientras que, de reojo, observaba a Carlos respirar con dificultad a miles de metros sobre el nivel del mar y contemplar con humildad y fascinación el manto

anaranjado de mariposas revoloteando, el viejo oyamel cubierto desde la raíz hasta la copa por mariposas semidormidas, y la mariposa solitaria aletear para después gentilmente posarse sobre la rama del pino más cercano.

Lo importante no es con quién he ido a territorio monarca. Lo verdaderamente revelador es haber comprobado que no importa quiénes somos o de dónde venimos, cómo nos ganamos la vida, en qué creemos o qué poseemos, o si somos buenos o malos, todos compartimos esa necesidad atávica de conectarnos, de regocijarnos y de sanarnos en la naturaleza y con ella. Aunque sea sólo por un instante fugaz.

Ahora estoy convencido de que nadie, absolutamente nadie que haya tenido la oportunidad de encontrarse una nube de mariposas monarca, volverá a ser el mismo. Después de ver las mariposas uno siente que, a pesar de todo, vale la pena vivir, simplemente, porque todos los seres humanos estamos conectados por la pasión de amar y cuidar a la naturaleza.

Todos mis encuentros con la monarca han sido memorables. Cada uno es único, y todos me marcaron el alma. Tal vez el más entrañable fue hace dieciséis años. Un invierno, mi hija, Pía, entonces de sólo cuatro años, y yo caminábamos, tomados de la mano, a tres mil metros sobre el nivel del mar, entre bosques de oyamel y encino en El Rosario, un santuario comunitario de la mariposa monarca en Michoacán. Jamás olvidaremos el riachuelo ensordecedor de lepidópteros que nos arrolló; ese torrente de mariposas que arrebatadas y sedientas descendían a beber las gotas de rocío que el alba les dejó. Con nuestros ojos cerrados, acurrucados nos abrazamos, esperando hasta que esa multitud de *Danaus plexippus* decidiera desvanecerse.

Ahora me pregunto si, quizá, eran las descendientes lejanas de las mariposas amarillas que siempre acompañaban las apariciones de Mauricio Babilonia, aquel personaje mágico de *Cien años de soledad*, la novela de Gabriel García Márquez.

O, aquella visita después de Día de Muertos, cuando las almas de nuestros ancestros retornaban en su forma de mariposas multicolores.

Fue en la Sierra Chincua con Lalo, biólogo mexicano que ha pasado mucho más tiempo que yo estudiando a las monarcas y con Johan, filósofo holandés protestante que se volvió agnóstico y que después de viajar por territorio monarca publicó el libro *Het vliindertje van Methusalem* (Las mariposas Matusalén). Para buscar a estas novias del sol desde las alturas, nos trepamos a El Candelabro, un viejo oyamel gigante al que alguien sin corazón cercenó el tronco cuando el árbol era joven. Negándose a morir, los meristemos apicales de la raíz respondieron formando trece troncos nuevos que crecieron como gigantescas columnas vivientes.

Ahora creo que El Candelabro es el mismo árbol que inspiró a J.R.R. Tolkien a concebir los árboles caminantes de su novela *El señor de los anillos*. No puedo probarlo; por lo menos no todavía.

O, la visita en 2019 cuando uno de los más férreos defensores de la monarca, orgulloso nos guiaba a medida que vadeábamos ríos de mariposas que fluían hacia El Rosario en Michoacán, el santuario más grande y mejor conservado. El mismo ejidatario y activista político que se convirtió en ambientalista, y cuyo cuerpo sin vida fue arrojado en un pozo por sus asesinos un año después. Uno de los ciento treinta y un defensores del medio ambiente asesinados en México entre 2017 y 2021 —cincuenta y cuatro de ellos ese año— y que hacen de mi país uno de los más peligrosos del mundo para los ambientalistas.

En febrero de 2020, antes de que la pandemia sacudiera al mundo, regresé a El Rosario acompañado de mi mariposa mexicana y compañera de los últimos treinta y cinco años. Agazapados entre pinos enanos, súbitamente escuchamos, a lo lejos, la voz de Elishia, una noble y luminosa mariposa canadiense tarareando la tonada compuesta para la ocasión. A su lado, Sergio, el guitarrista chilango enamorado le hacía la segunda voz. Me dije, “aquí estamos con dos mariposas que representan a México y a Canadá, el final y el principio del largo y sinuoso viaje de la monarca”. Todavía hoy me pregunto si esto ocurrió, o si sólo fue un sueño provocado por las imágenes de mariposas que minutos antes vimos aleteando a contraluz, luego de que el primer sol de la mañana las despertara de su letargo invernal.

Durante muchos años pensé que el glifosato, la destrucción del hábitat y el calentamiento global aniquilarían la migración de la mariposa monarca. Cuán equivocado estaba. Ahora estoy convencido de que la amenaza más grave es la indiferencia. La migración está en peligro, principalmente por nuestra incapacidad para enfrentar la pobreza y la inequidad social que afligen la vida de los dueños de los sitios de hibernación de la monarca.

Me refiero a las decenas de miles de mexicanos, muchos de ellos de los pueblos mazahuas y otomíes, quienes, sin acceso a educación de calidad, agua potable, servicios de salud, electricidad y empleo, sobreviven en las comunidades agrarias de las cincuenta y seis mil doscientos cincuenta y nueve hectáreas que forman la Reserva de la Biosfera de la Mariposa Monarca. Históricamente dependiente de la minería y la explotación maderera, la precaria economía de esta región obliga a muchos a migrar a Estados Unidos. Muchos otros deciden no abandonar su terruño y se quedan resistiendo la desesperanza que engendra la pobreza y la violencia de los grupos criminales que imponen su ley en ausencia del Estado.

En estos tiempos del cólera, parafraseando a Gabriel García Márquez, ya no está de moda amar e invertir dinero ni capital político en el cuidado del medio ambiente. Desafortunadamente, el gobierno y la mayoría de las empresas, filántropos y organizaciones internacionales han abandonado a la monarca. ¿No será ya tiempo de que alcen sus voces y abran de nuevo sus bolsillos en estos tiempos en que la mariposa y las comunidades locales tanto lo necesitan?

Este es un llamado a quienes la naturaleza ha bendecido dándoles la oportunidad de visitar las colonias de hibernación de la mariposa monarca. Un llamado para que aquellos que no lo han hecho lo hagan, y así apoyen económica y anímicamente a las comunidades locales que son las dueñas y guardianes del bosque y de las mariposas. Es un llamado a no permitir que les roben a nuestros hijos, nietos y tataranietos el gozo de poder conectarse con las comunidades y las mariposas. Es un llamado a proteger a las hijas, nietas y tataranietas de *Danaus plexippus*, las novias del sol y hermanas de la luna.

No nos hagamos guajes con las generaciones futuras. Todavía estamos a tiempo de salvar la migración de la monarca y sus bosques. En este año que comienza no perdamos la oportunidad de reconciliarnos con la naturaleza. Atrevámonos a escapar unos días, solos o en familia, y visitemos cualquiera de los doce santuarios comunitarios de la mariposa monarca. No se arrepentirán.

Mexicanidad acorralada

Durante milenios, naturaleza y cultura han evolucionado juntas, y la diversidad lingüística florece en donde hay alta biodiversidad. Hoy, ambas están en crisis por el crecimiento de la población humana, la globalización y nuestros desmesurados patrones de consumo.

Las lenguas miden la diversidad cultural de un país y las especies miden su diversidad biológica. La fusión de las dos son su identidad nacional. Durante milenios, naturaleza y cultura han evolucionado juntas, y la diversidad lingüística florece en donde hay alta biodiversidad. Hoy, ambas están en crisis por el crecimiento de la población humana, la globalización y nuestros desmesurados patrones de consumo.

Hace quinientos años —en 1520— México fue devastado por una epidemia atroz, un brote de viruela que arrasó de treinta a cincuenta por ciento de su población indígena. Muchos grupos de cazadores y recolectores que perecieron entonces en el noroeste del país hablaban múltiples lenguas que desaparecieron con ellos. Otras enfermedades traídas del Viejo Mundo por los españoles, sumadas a sus brutales campañas de exterminio, diezmarían todavía más a la población indígena.

La diversidad de la vida tiene dos vertientes, una biológica y otra cultural. Las especies son la unidad básica de la biodiversidad y las lenguas nos permiten cuantificar la diversidad de las culturas. Las complejas relaciones entre ambas conforman el enfoque biocultural. Los lugares con diversidad alta en especies tienen diversidad lingüística alta; mientras que las áreas con diversidad baja en especies tienden a tener diversidad lin-

güística baja. Si entendemos esto, también podremos entender que los pueblos indígenas que viven en esos lugares de diversidad alta son los mejores guardianes de una gran parte de la diversidad biocultural del planeta. Son ellos los que manejan y protegen las complejas relaciones entre biología y cultura, son ellos los tesoreros de nuestras especies y de nuestras lenguas.

Hemos invertido mucho tiempo, esfuerzos y recursos en disminuir la pérdida de especies animales y vegetales, pero la desaparición de las lenguas ha recibido mucha menos atención; de hecho es ignorada en muchas partes del mundo. A ver si lo entendemos de una vez: la pérdida de una lengua es igual de trágica que la extinción de una especie vegetal o animal. Cuando permitimos que una lengua desaparezca, también dejamos que se borre el inmenso conocimiento tradicional que transporta.

A medida que el mundo se vuelve menos diverso cultural y lingüísticamente, también es menos diverso biológicamente. Los biólogos calculan una pérdida anual de especies de mil veces más que las tasas históricas de pérdida, y los lingüistas pronostican que para finales del siglo se habrán evaporado entre el cincuenta y noventa por ciento de las lenguas del mundo.

En nuestro planeta se hablan unas siete mil cien lenguas, pero casi la mitad de la población mundial habla únicamente veinticuatro. La otra mitad habla las restantes siete mil setenta y seis, de las cuales la mitad tiene menos de diez mil hablantes. Según la UNESCO, casi cuarenta por ciento de la población mundial carece de acceso a la educación en una lengua que hable o entienda.

Con trescientas sesenta y cuatro lenguas vivas, México es el quinto país con mayor diversidad lingüística del mundo; pero sesenta y cuatro de esas lenguas están en grave peligro de extinción —sobreviven menos de cien hablantes de cada una— mientras que trece ya se extinguieron. Nuestro país es también el cuarto con mayor diversidad biológica; sin embargo, mil doscientas trece especies de flora y fauna están amenazadas de extinción y al menos ciento veintisiete se extinguieron por actividades humanas.

La diversidad biológica y lingüística se superponen geográficamente, y los estados de Oaxaca, Chiapas, Veracruz, Guerrero, Michoacán y Puebla albergan la mayor parte de las especies y las lenguas de México. No sorprende que las áreas con el mayor número de especies en peligro coincidan con las áreas con el mayor número de lenguas en peligro.

La pérdida de la diversidad biocultural en México, en el sur y centro de las Américas, comenzó tan pronto como los europeos atacaron en nuestras costas. Aunque las estimaciones del tamaño de la población nativa de México antes de 1519 varían mucho, probablemente era de unos veinte millones. Nuestra población indígena pronto empezó a desmoronarse a causa de las guerras, la esclavitud y la introducción de patógenos desconocidos, como aquellos que causan la influenza, la viruela y la peste bubónica.

Hoy las lenguas y sus hablantes están contra la pared. En México, más de cien están en muy alto riesgo de extinción, y las más amenazadas son kiliwa (sobreviven sólo dos hablantes), awakateco (tres), tuzanteco (cinco), ayapaneco (ocho), ixil nebajeño (doce), zapoteco de Mixtepec (catorce), ku'ál (veinte), ixcateco (veintiuno), kaqchikel (treinta y cinco), zapoteco de San Felipe Tejalapám (cincuenta), ixil chajuleño (cincuenta y dos) y zapoteco de Asunción Tlacolulita (cincuenta y tres).

Las amenazas más graves para la biodiversidad mexicana son la destrucción y la fragmentación del hábitat debido a la deforestación con fines agrícolas y ganaderos, la sobreexplotación, las especies invasoras y el calentamiento global. Las principales amenazas para las lenguas mexicanas incluyen una combinación de factores, como el número reducido de hablantes, su dispersión geográfica, la predominancia de los hablantes adultos y la tendencia de abandonar la transmisión de esas lenguas minoritarias a las nuevas generaciones.

La situación se agrava debido a la falta de interés o a la negligencia de las autoridades, y al desdén que excluye a las lenguas indígenas de los espacios públicos e institucionales, además de los medios de comunicación, como la radio y la televisión. Algunos pueblos indígenas parecen

haberse resignado a que sus lenguas desaparezcan y a que pronto sólo puedan comunicarse en español. Aunque otros quieren dar marcha atrás a la tendencia de extinción, muchos no saben qué hacer para salvar su herencia cultural, de la que su país –México– se desentiende.

La diversidad biocultural de México se encuentra en una encrucijada, y el tiempo no está de nuestro lado. Las lenguas y las especies en peligro de extinción comparten los mismos espacios y, por lo tanto, debemos combinar los esfuerzos para protegerlas a ambas. Las autoridades, las empresas, las organizaciones conservacionistas, los filántropos y las agencias multilaterales deben redoblar sus esfuerzos y aumentar sus inversiones, si queremos rescatar la asombrosa diversidad biocultural y el conocimiento tradicional de México. Para beneficio nuestro y de las generaciones futuras.

Cuando una especie se extingue, comunidades biológicas enteras y ecosistemas se convulsionan. Independientemente de su valor económico, científico y estético, las especies vegetales y animales tienen su propio valor, por su historia evolutiva única, su diversidad genómica y, a fin de cuentas, por su propia existencia. Cuando por ignorancia o desidia, permitimos que se extingan las lenguas, borramos nuestra cultura, nuestro conocimiento milenario del mundo natural y una parte de nuestro propio pasado. Las lenguas se extinguen porque toda la población de hablantes fallece, o son forzados a hablar un lenguaje diferente y olvidan su lengua materna. Las especies se extinguen porque destruimos su hábitat y las explotamos excesivamente.

Aunque todavía no lo vislumbremos con claridad, existe una relación profunda y ancestral entre lenguas y especies. Cuando una lengua se extingue dilapidamos la cultura de un pueblo y su conocimiento milenario del mundo natural. Perdemos nosotros, pierde la humanidad.

Cenotes: puertas al inframundo mexicano

*Aquí, en donde las almas se reflejan en estalactitas
y estalagmitas. Aquí, en el corazón de la Selva Maya.
Aquí, en el comienzo del mundo y el espíritu del pueblo maya.
Aquí está la entrada al inframundo mexicano.*

La Península de Yucatán es una enorme plataforma de roca caliza de ciento sesenta y cinco mil kilómetros cuadrados. Abarca una de las formaciones kársticas más extensas del mundo y el sistema de acuíferos subterráneos más espectaculares del planeta, conformado por miles de kilómetros de ríos y lagos subterráneos. Este mundo acuático escondido es en gran medida el resultado de un raro encuentro entre cuestiones cósmicas y terrestres —un enorme meteorito se estrelló con nuestro planeta hace sesenta y cinco millones de años— que cambió el curso de la historia.

Cuando el meteorito Chicxulub golpeó a la Península de Yucatán, el impacto fracturó la frágil piedra caliza de la región, abriendo fisuras y huecos que permitieron que virtualmente toda el agua superficial drenara a cavernas y túneles sin luz, formando un mundo subterráneo como no existe en ninguna otra parte de la Tierra. Este enorme sistema de ríos subterráneos y cuevas encontraron comunicación con la superficie a través de hoyos con agua, o cenotes, *ts'ono'ot* en lengua maya.

Esta rara confluencia de asuntos celestiales y geología terrestre jugó un papel fundamental en el desarrollo de la antigua civilización maya, ya que el mundo subterráneo llegó a ser el inframundo maya, *Xibalba*, y los cenotes se convirtieron en puertas entre dos mundos. Un mundo acuático

subterráneo que drena lentamente hacia el mar Caribe. Hace treinta años, los científicos documentaron aquí la existencia de unos siete mil cenotes; hoy algunos creen que el número real puede ser de casi el doble.

Esta es la crónica de mi visita reciente a uno de esos alucinantes cenotes, conocido localmente como el Templo Mayor.

“Bienvenido al reino de Batman”, me dice orgulloso Einner Medina mientras me agacho para evitar golpear mi cabeza con la dura roca caliza, a medida que entramos a un cenote en Chemuyil, Quintana Roo, en la Península de Yucatán. Einner es un joven ejidatario y líder de *Bejil-Ha* – Camino del Agua– una sociedad cooperativa ecoturística de jóvenes comprometidos con su comunidad, con México y con nuestro planeta.

Es mi primer viaje al inframundo mexicano, al inframundo maya. Mi primer encuentro cercano con los cenotes, con eso que los mayas llamaron “cosa honda, abismo, profundidad”. Mi primer contacto con esos hoyos con agua que han estado aquí sesenta y cinco millones de años, y que aquí seguirán después de que la especie humana se haya extinguido. Es mi primera experiencia en cavernas sumergidas, custodiadas por murciélagos desde siempre y para siempre.

Es mi primera vivencia en ese desconocido mundo subterráneo, y en esas bahías serenas asentadas en la larga y sinuosa senda que todos los mexicanos debemos recorrer en nuestro viaje después de la muerte. Los cenotes son el camino a *Xibalba*, en donde sólo moran dioses, seres sobrenaturales, criaturas aterradoras y nuestros ancestros.

Aquí, bajo la tierra; aquí, bajo el agua; aquí está la entrada al inframundo mexicano. Aquí, en donde las almas viajeras de los que fallecieron recientemente se reflejan en las estalactitas que penden del techo de la cueva y las estalagmitas que se elevan desde su piso. Aquí, en el corazón de la Selva Maya; aquí, en el comienzo del mundo y el espíritu del ilustre pueblo maya.

Los cenotes son portales de aguas azules, diáfanas, jaspeadas por destellos solares que se derraman a través de ventanas en la azotea del inframundo. Son hoyos húmedos que amorosamente penetran las entrañas de

la Península de Yucatán. Son los puertos apacibles en los que ancla el sistema circulatorio de los ríos subterráneos, en donde se conectan con la tierra que los cubre hasta enlazarlos con la majestuosa Selva Maya, una de las masas forestales más imponentes del planeta. Una selva sólo comparable con mi amada Amazonía.

Los cenotes son nuestra sangre roja, nuestra piel caoba, nuestra boca y lengua, nuestros ojos y nuestros pulmones. Lugares en donde reposan nuestras almas ancestrales. Y son todas las criaturas que allí viven: murciélagos, la dama blanca ciega y otros peces ciegos que devoran camarones diminutos, esponjas, bivalvos y crustáceos incoloros, y son tortugas, iguanas, sapos, ranas, golondrinas y el pájaro Toh.

Los cenotes son el único hogar de *Xibalbanus tulumensis*, un minúsculo crustáceo ciego, venenoso y hermafrodita, cuya distribución ancestral está geográficamente vinculada con el antiguo mar de Tetis, y cuyo nombre honra a *Xibalba*, el inframundo maya, un mundo en el que nos extraviaríamos eternamente si no existieran esos hoyos húmedos para guiarnos.

“Hagamos la oscuridad eterna”, nos dice Einner. Sumergidos en el agua, en el corazón del cenote a doce metros debajo de la selva, Patricia y yo apagamos nuestras pequeñas lámparas; hacemos la oscuridad y “el silencio”. Lo que mis ojos abiertos de par en par ven es la fusión infinita entre oscuridad y luz eternas, un estado de gracia, morir sin estar muerto, una paz indescriptible, un sosiego sin fin.

Flotando, cierro los ojos intentando ver, pero no hay diferencia con la oscuridad eterna. Sumergido hasta el pecho, lentamente muevo mi mano izquierda hacia el agua, sintiéndola marcharse por el aire, independiente del resto de mi cuerpo, hasta que entra al agua, demostrándome que, aquí, la frontera entre aire y agua no es más que un espejismo.

Para llegar al corazón del cenote nadamos bajo una bóveda enmarcada por los alucinantes espeleotomas –que semejan las fauces de *Tyrannosaurus rex*– son las estalactitas que cuelgan del techo y las estalagmitas que suben desde el piso de la cueva, las dos creciendo gota a gota, desde direcciones opuestas una hacia la otra, como los dientes de algún carnívoro

fosilizado. Cuerpos calcáreos que se confrontan espacialmente, esculpidos micra a micra, durante millones de años. Arriba, conos irregulares, puntiagudos, cada uno con un conducto central por el que circula lentamente agua mineralizada; abajo, formas macizas, construidas gota a gota, redondeadas como macarrones.

Cada estalactita y estalagmita nace de una simple lágrima de agua mineralizada que brota del techo de la cueva. Las formaciones de caliza crecen una arriba y otra abajo porque las gotitas que chorrean contienen calcita, un mineral que permanece arriba y se acumula abajo. Formaciones rocosas que parecen buscarse entre sí, siempre gravitando lentamente hacia un beso terrestre, geológico. Son el *yin* y el *yang* del inframundo mexicano.

Mientras nadamos, por todos lados veo raíces delgadas de los álamos descendiendo de la selva para saciar su sed en el agua cristalina. Porque el cenote es al mismo tiempo un jardín flotante y un jardín colgante. Mi imaginación me transporta al Jardín del Edén y a *Shangri-La*. Siento cómo esas frágiles raíces, cual delicados hilos se abren camino desde la selva hacia abajo, metiéndose por las minúsculas hendiduras talladas en las rocas durante millones de años. Raíces que, por meses o años, milímetro a milímetro, avanzan serpenteando hasta llegar al agua en la que saciarán la sed de los árboles que crecen arriba, raíces que parecen apostar una carrera con las estalactitas para ver quién llega primero al agua del cenote.

“Escuchemos al cenote”, nos conmina Einner. Agudizo el oído pero no escucho absolutamente nada. De pronto, siento en el rostro el aire cálido desplazado por un revoloteo de alas que no son alas de pájaro. Y, entonces, escucho el sonido inconfundible de las largas y membranosas alas de un murciélago, huelo su aliento agridulce cuando pasa por mi cara, a doce metros bajo tierra. Y después pasa otro murciélago y luego otro, y muchos otros más, agitando sus gigantes y delgadas alas en mi cara, desfilando uno a uno en una frenética procesión quiróptera. Los guardianes del cenote nos notifican que estamos en su territorio, que siguen todos nuestros movimientos y pensamientos y nos advierten que más

vale que tengamos intenciones honorables, porque estamos a su merced en esta oscuridad eterna.

Pero, para mi sorpresa, después de unos pocos minutos me doy cuenta de que todos los sonidos y olores y movimientos son una ilusión; porque no hay muchos murciélagos, hay uno solo, el mismo individuo curioso que veloz da vueltas a nuestro alrededor, una y otra vez, como haciendo un inventario de nuestra presencia. Sin ver nada, pero con los ojos abiertos de par en par, disfruto el sonido del aleteo y los aromas de esta incomprendida y vilipendiada voladora criatura de la noche y campeona planetaria en devorar insectos, esparcir semillas y polinizar plantas.

Benditos sean los murciélagos. Son los únicos mamíferos voladores que han conquistado el planeta, excepto la Antártida. Los murciélagos son los mejores amigos de Batman, animales a los que los humanos les debemos tanto. Son criaturas cegatonas que hablan ultrasónicamente, por lo que ningún humano puede entender ni una palabra de lo que murmuran.

Einner interrumpe mis divagaciones: “Eso no es nada, Omar, regresa pronto para que escuches los sonidos de campanas cuando los murciélagos vuelan y sus alas rozan las estalactitas que cuelgan del techo de la cueva”. Y no puedo imaginar nada más glorioso que una sinfonía de murciélagos interpretada en el inframundo mexicano.

De repente, sólo segundos después de encender nuestras lámparas, veo burbujas de aire emergiendo en la superficie del cenote. Meto la cabeza al agua, agudizo la vista y lo que veo a través de la máscara de buceo me transporta a escenas de *2001 Odisea del espacio* y *Operación trueno*, mi película favorita de James Bond, el agente 007. A sólo diez metros de nosotros dos estilizados buzos como extraviados ángeles subterráneos en trajes de neopreno azul plateado, son jalados por pequeños vehículos de propulsión equipados con potentes lámparas.

Primero pienso que probablemente estoy alucinando debido a la falta de niveles suficientes de oxígeno en la cueva, después pienso que los buzos son seres de otra galaxia y finalmente que he muerto y emprendido mi propio camino a *Xibalba*. Al verme estupefacto, Einner me tranquiliza

y explica que sólo son dos de los muchos espeleólogos que se pasan la vida estudiando y protegiendo los cenotes y los ríos subterráneos, que en esta región se conectan por centenares de kilómetros de túneles subacuáticos laberínticos.

Cuando llega el momento de decir adiós a la puerta al inframundo, desde la entrada a la cueva inundada volteo para ver una última vez los rayos de luz solar que entran por una gran grieta en el otro lado de la caverna, ese polo de luminosidad en donde el cielo se encuentra con el inframundo.

Con nostalgia anticipada, hundo la cabeza para dar un vistazo fugaz con mi visor al resplandor del sol que ilumina una pequeña plataforma rocosa medio sumergida en ese extremo del cenote. Es una tarima natural que posiblemente sirvió como lugar de contemplación a un emperador o a un sacerdote maya. Un resplandor sólo visible para aquellos convencidos de que la frontera entre aire y agua no es más que un espejismo. Meses después me enteré de que otro Omar –mi hijo– visitó este cenote meses antes... y también contempló el resplandor.

Esta es la increíble historia del hombre
que se convirtió en manatí y del manatí
que soñaba con ser hombre

*Alguna vez escuché que si uno pasa demasiado tiempo
estudiando a un animal o viviendo con él, uno termina
por parecerse a él y él por parecerse a uno.*

Esta es la historia de Benjamín y Daniel. Una de tantas que acontecen bajo el calor aletargador, la humedad pegajosa y el vaivén arrabalero de las olas en nuestro mar Caribe. Una historia que únicamente puede contarse y entenderse con el paso del tiempo porque sólo así los cambios se aprecian en toda su dimensión.

La historia transcurre en Chetumal, “allí donde bajan las lluvias” en lengua maya. La capital de Quintana Roo fundada en 1898 con el nombre de Payo Obispo por el vicealmirante tamaulipeco Othón P. Blanco en honor de Payo Enríquez de Ribera, obispo de Guatemala, arzobispo de México y virrey de Nueva España. Hijo natural de Fernando Enríquez de Ribera, duque de Alcalá, y de Leonor Manrique de Lara, Fray Payo protegió y apoyó la carrera literaria de Sor Juana Inés de la Cruz, religiosa mexicana con corazón y mente de poetiza.

Este es el relato fidedigno sobre un científico mexicano que desde 1990 se ha venido transformando en un manatí, lenta e inexorablemente y ante los ojos de todos. Es el relato sobre un manatí que nació huérfano en 2003, y que por dos décadas se ha empeinado en convertirse –coletazo a coletazo, sonrisa a sonrisa– en uno de nosotros. Pero empecemos por el principio.

Los manatíes se originaron hace unos seis millones quinientos mil años, mucho antes que los humanos, de un linaje ancestral que vivió en el río Magdalena en Colombia, el mismo río en donde dos septuagenarios se entregan a *El amor en los tiempos del cólera*, como narra en su novela Gabriel García Márquez. Desde los ríos suramericanos, estas sirenas mudas colonizaron el océano y aprovecharon las corrientes marinas para navegar el Atlántico y llegar a África.

Hoy sobreviven tres especies de manatíes y todas están amenazadas de extinción. Nadan en aguas dulces y saladas de América y África, esas dos enormes masas terrestres que hace trescientos treinta y cinco millones de años enamoradas se abrazaban en el supercontinente Pangea, aquel que flotaba en el inmenso océano Panthalassa. Una de estas especies es el manatí americano, que habita las costas de Florida en Estados Unidos, en México, en Centroamérica, en las islas del Caribe y llega hasta Brasil. La segunda es el manatí de los ríos Amazonas y Orinoco, en América del Sur. La tercera es el manatí africano, que sobrevive en ríos entre Senegal y Angola.

Los manatíes son mamíferos herbívoros, apacibles, de aguas tibias y hábitos migratorios, a quienes por milenios los marineros han confundido con sirenas, aunque algunos, menos poéticos, los tildan de vacas marinas. La verdad es que están más relacionados con los elefantes. Y, a estos paquidermos, durante muchos años los hemos cazado implacablemente para devorar su piel, su grasa, su carne, sus huesos, sus dientes, sus almas.

Conocí a Benjamín Morales hace muchos años, cuando él estudiaba lobos marinos y yo grandes ballenas en el mar de Cortés. Él, bajo la tutela de Anelio Aguayo Lobo, mastozoólogo chileno que en 1973 tuvo que abandonar su país después del golpe de Estado contra Salvador Allende; eventualmente hizo de México su hogar, hasta que regresó a Chile hace diez años. Yo, bajo la guía de Lloyd T. Findley, ictiólogo estadounidense que en 1977 cambió California por Baja California y prometió no regresar si Donald Reagan llegaba a la presidencia; Reagan fue elegido presidente en 1981 y el ictiólogo se quedó a vivir en México.

Findley y Aguayo, dos octogenarios pioneros de la investigación moderna sobre los mamíferos marinos mexicanos, que hoy viven a diez mil kilómetros el uno del otro, uno en Guaymas en el mar de Cortés y el otro en Punta Arenas en la Región de Magallanes y Antártica Chilena.

A Daniel lo conocí recientemente, iba acompañado de mi hija cuando lo vi por primera vez, lo que más me conmovió fue su sonrisa, una sonrisa de muelas para afuera, cálida, bonachona, amorosa. De esas sonrisas que invitan a la caricia, al apapache, a sonreír de vuelta. A Daniel como a casi todos los manatíes le encanta que lo mimen. Con sus carnosos labios superiores como dos voluminosos lóbulos prensiles, lanza besos a diestra y siniestra, mientras hace alarde de sus masivas placas dentales y la sonrisa más cautivadora del reino animal.

Daniel mide dos metros y medio, y pesa doscientos cincuenta kilogramos. Es voluminoso pero su cola en forma de cuchara le permite nadar cual estilizada sirena. Sus dos brazos como aletas terminan en tres uñas, y su cabeza maciza con densos huesos faciales y grandes muelas se sacude de lado a lado cuando emerge para respirar, escudriñar o para sonreír. Posee un gran corazón, un cerebro chico, ojos de tamaño humano, orificios respiratorios grandes y un par de diminutos agujeros auditivos que le dan una capacidad acústica extraordinaria.

Como no tiene cuerdas bucales, Daniel es casi mudo, sólo puede emitir sonidos con vibraciones faríngeas. Su cuerpo es grisáceo con manchas blancas o rosadas en el pecho y en el abdomen. Agrietada por profundas arrugas que muestran el paso del tiempo, su cara termina en un hocico con largos bigotes que usa para explorar, sentir, buscar alimento o cortejar. Para gozar la vida, pues. El casi mudo Daniel me recuerda a Quasimodo –personaje de la novela *Nuestra señora de París* de Víctor Hugo– voluminoso, valiente, astuto, de corazón noble y anhelando lo imposible.

Cada día que pasa, Benjamín y Daniel se parecen más el uno al otro. Los dos se conocieron el catorce de septiembre de 2003 en la Laguna Guerrero. Daniel estaba solito, varado en la playa, había nacido hacía muy poco tiempo y ya era huérfano. Aún conservaba el cordón umbilical que

por doce meses lo conectó a su mamá; la cual se presume murió de causa desconocida. Sin pensarlo dos veces Benjamín —el hombre— decidió adoptar a Daniel, el manatí.

Me pregunto si Benjamín pensó qué —exactamente— iba a hacer con un manatí bebé. Conociendo a Benjamín, lo dudo. La irresistible sonrisa del crío lo debió cautivar, súbitamente y para siempre. El caso es que Daniel fue trasladado a un estanque en El Colegio de la Frontera Sur-Chetumal en donde por muchos días y muchas noches, fue amamantado con biberón y leche de fórmula por su nuevo padre, y por entusiastas jóvenes chetumaleños que también sucumbieron al hechizo de la sonrisa más encantadora del reino animal.

Durante trece años, Daniel vivió en semi cautiverio en instalaciones especialmente construidas para él. Era el único huésped y el más visitado. En mayo de 2016 fue liberado, y me duele imaginar el corazón destrozado de Benjamín cuando él mismo abrió las puertas del estanque para que Daniel se marchara a recorrer el mundo con los de su especie.

A pesar de los esfuerzos de Benjamín para que se independizara, Daniel jamás quiso marcharse. A veces se ausenta por días, semanas o meses pero siempre regresa como hijo pródigo. Y, cada vez que vuelve, imagino la agridulce mezcla de felicidad y tristeza que invade a Benjamín. Es como el hijo adulto al que un padre anima a dejar el hogar, pero que, cuando llega la hora, en lo más profundo de su corazón anhela jamás verlo partir.

Daniel pasa su vida comiendo, reposando, dejándose acariciar, pensando, explorando, igual que Benjamín. Los dos nunca dejan de sonreír, aun en los momentos más críticos como cuando abandonado y olvidado por todos, el hambriento Daniel languidecía porque las autoridades no quisieron pagar más su comida. Todos le dieron la espalda, menos el hombre manatí que con su salario cada día compraba lechugas, jícamas y zanahorias para calmar el voraz apetito de su amado hijo adoptivo, porque los manatíes comen cada día entre diez y quince por ciento de su peso corporal y se alimentan de todo tipo de vegetación acuática. Por eso, Daniel y los de su especie son agentes naturales que controlan el crecimiento

desmedido de vegetación en las vías de navegación y los canales de irrigación. Al hacerlo, protegen nuestra salud y economía; aunque sólo fuera por eso, deberíamos respetarlos y cuidarlos.

En septiembre de 2023 Daniel cumple veinte años y como otros manatíes podría vivir hasta sesenta y cinco años, exactamente la edad que hoy tiene su amigo Benjamín, quien se jubiló a finales de 2022 después de haber dedicado su vida adulta a descubrir y contarnos los secretos de los manatíes de la Bahía de Chetumal. Me ha dicho que se dedicará a la agricultura sustentable y a escribir sus memorias. Cierro los ojos y me lo imagino, a diario, caminando pausadamente, en el crepúsculo de sus días y de su vida, buscando ansiosamente la reconfortante sonrisa de su amigo Daniel en uno de los muelles de Chetumal.

No puedo dejar de pensar en los otros manatíes que Benjamín ha bautizado y marcado con radio transmisores satelitales para espiar sus vidas de día y de noche: Pancho, Luna, Yolanda, Leonardo, Angie, Yubarta y Poseidón. Son los siete samuráis del cineasta japonés Akira Kurosawa que luchan por sobrevivir en medio de las múltiples amenazas que los acechan tanto a ellos como a su hábitat. Las buenas noticias son que, hoy, viven ciento cincuenta manatíes en la Bahía de Chetumal y la Península de Yucatán.

Esta es, pues, la increíble historia del manatí que sueña con ser hombre y del hombre que se convirtió en manatí.

Me llena de esperanza saber que en México, Colombia y en todo el Caribe hay miles de mujeres y hombres transformándose cada día en jaguares, delfines rosados, teporingos, murciélagos, mariposas monarca, colibríes, vaquitas, tiburones, cocodrilos, ajolotes, ranas, búhos, pirarucúes, pejerreyes, cóndores, águilas reales, armadillos y sobre todo en orquídeas. Somos legión con la misión de salvar la diversidad biológica de nuestra amada América Latina para ésta y las generaciones futuras.

Llegar a la Lacandona, corazón de la Selva Maya

*La selva hechiza,
la selva sana,
la selva enseña,
la selva transforma.*

Llegar a la Selva Lacandona en Chiapas es como llegar al Jardín del Edén, es como cruzar un portal que conecta lo humano con lo divino. Es entrar a un mundo secreto y extravagante, en donde pareciera que jamás para de llover a cántaros. Es meternos en un hábitat que cada año se empapa con dos mil a cinco mil milímetros de lluvia que bendice, sana y nutre la vida. Llegar aquí es sumergirse en una selva oceánica en el sur profundo del México verde.

En la Lacandona uno duerme y sueña selvas altas y selvas medianas perennifolias y subperennifolias, despierta en bosques templados de coníferas y vuelve a dormir y a despertar en fríos bosques mesófilos de montaña. Todos rebosantes de vida.

Visitar la Lacandona es volverse cómplice de una sinfonía de misterios, con preguntas y respuestas que reposan en el inconsciente mexicano. Es explorar un paraíso de un millón de hectáreas de selva que dan la bienvenida a creyentes y no creyentes a su propia nirvana. Es un ente divino, evolutivo, patrimonio terrenal de los municipios Las Margaritas, Altamirano, Ocosingo, Palenque, Maravilla Tenejapa, Marqués de Comillas-Zamora Pico de Oro y Benito Juárez.

Llegar a la Lacandona es experimentar con inmenso orgullo nacional el hogar de veinticuatro por ciento de las especies de mamíferos terrestres mexicanos, cuarenta y cuatro por ciento de sus aves, trece por ciento de sus peces, diez por ciento de sus reptiles y cuarenta por ciento de sus mariposas diurnas. Llegar aquí es llegar a la morada del mayor número de especies de murciélagos del planeta. Es vivir territorio guacamaya roja, tapir, jaguar, cocodrilo, bagre y mono araña. Es volverse águila arpía, nutria de río, tortuga blanca, mono aullador, mariposa multicolor.

Es encontrarse con tres mil cuatrocientas especies plantas vasculares y casi seiscientas especies de árboles. Es inundar los sentidos y el alma con aromas de caoba, cedro, palo de rosa, orquídeas y bromelias; mientras las ceibas y otros árboles colosales emergen como titanes vigilando todo lo que hay abajo. La diversidad de la Lacandona sobrepasa la imaginación. Es, simplemente, magnífica.

Aquí corre sinuoso el Lacantún, afluente del Usumacinta —ese mar dulce— el río más caudaloso de México cuyo nombre en náhuatl significa “tierra de monitos”. Aquí uno vadea las mismas aguas que alimentan a Calakmul y a Sian Ka’an, selvas que nos unen con nuestras hermanas y hermanos guatemaltecos.

Hace una década, invitado por mi amiga Julia Carabias —bióloga de la UNAM que se ha jugado la vida durante más de tres décadas estudiando y luchando por conservar esta selva— llegué a la Lacandona, y sentí el mismo frenesí que cuando llegué por primera vez a mi amada Amazonía, hace casi cuatro décadas. Desde San Cristóbal de las Casas llegué a la Estación Científica Chajul y me hospedé en el hotel ecoturístico comunitario *Canto de la Selva*.

La Amazonía y la Lacandona son selvas madre, son el hogar de pueblos y lenguas indígenas ancestrales, y de tropecientos millones de árboles y otras plantas que generosamente nos proveen de alimentos, medicinas y oxígeno. Selvas que absorben miles de millones de toneladas de dióxido de carbono y ayudan a mitigar el calentamiento global. Sin ellas, estaríamos en graves aprietos.

Dejemos atrás la obsesión vana por construir trenes faraónicos que atraviesan y destruyen la Selva Maya. La Lacandona es el verdadero tren Maya, corredor biológico que conecta y da vida a una de las selvas más impresionantes de la Tierra, y a sus invaluable servicios ambientales, pueblos indígenas y saberes ancestrales, regalos divinos y evolutivos que los mexicanos todavía no apreciamos lo suficiente.

Pero llegar a la Lacandona es también encarar la contradicción entre lo divino y lo terrenal, entre lo idealizado y lo real. Es llegar a una región que ha perdido dos terceras partes de sus selvas húmedas y en donde hoy sólo quedan seiscientas mil hectáreas de selvas bien conservadas.

Llegar aquí es también llegar a Chiapas, el estado más pobre y olvidado de México. El único en donde más de la mitad de la población no tiene un ingreso mensual suficiente para cubrir sus necesidades alimentarias básicas. Tierra de mayas-lacandones, tzeltales, k'iches, mames, tzotziles, choles y de otros pueblos ignorados, a quienes los políticos en turno —década tras década, sin importar el partido político— sólo voltean a mirar en tiempos electorales cuando necesitan sus votos.

En Chiapas, ocho de cada diez habitantes viven en la pobreza y la tercera parte de la población sufre pobreza extrema, con servicios básicos educativos, de infraestructura y salud deplorables.

Porque, seamos honestos, si no fuera por la insurrección zapatista del primero de enero de 1994 liderada por el Subcomandante Marcos —aquel idealista y poeta de pasamontañas convertido en símbolo de la resistencia, portavoz, comandante y líder del grupo armado indigenista Ejército Zapatista de Liberación Nacional— tal vez hoy a muchos se les dificultaría ubicar a Chiapas en el mapa de la República Mexicana.

Por eso, apúrese a llegar a la Selva Lacandona, a este paraíso mexicano, latinoamericano, universal. Adéntrese con respeto en las áreas naturales protegidas de Bonampak y Yaxchilán, Chan-Kin, Metzabok y Nahá, en la reserva comunal Sierra la Cojolita y las reservas de la biósfera Montes Azules y Lacan-Tún.

Porque, un día no muy lejano, estas áreas tal vez sean los últimos reductos en donde podamos regocijarnos de la imponente Selva Lacandona, nuestra madre selva maya.

Y, porque la selva hechiza, la selva sana, la selva enseña, la selva transforma.

¿Por qué matan curas en la Sierra Tarahumara?

*A la memoria de Javier Campos Morales, El Gallo
y Joaquín César Mora Salazar, El Morita.*

V isité por primera vez la Sierra Tarahumara hace quince años. Arribé a territorio rarámuri —“los de los pies ligeros” en lengua tarahumara— en El Chepe, uno de los únicos tres ferrocarriles de pasajeros que hoy existen en México. Me subí al tren a noventa metros sobre el nivel del mar, en la estación El Fuerte en Sinaloa cerca del mar de Cortés; ascendí serpenteando gradualmente por las entrañas de las Barrancas del Cobre y bajé horas después, en la estación El Divisadero en Chihuahua a dos mil doscientos treinta y ocho metros de altura.

Al día siguiente, el amanecer me despertó con un ballet aéreo de colibríes zigzagueantes que revoloteaban aleteando setenta veces por segundo, justo afuera de mi ventana con vista a un precipicio de dos mil metros de profundidad. Son mis aves favoritas. Amo sus largos picos curvados, sus desproporcionadas alas y su prisa eterna para ir de flor en flor. En el pueblo donde nació les decimos chupaflores. Los colibríes parecen mariposas multicolores.

De vez en cuando —sin avisar— se cuelan por la puerta de mi estudio biblioteca en la Ciudad de México. Después de contemplar con gozo su propio reflejo en el cristal de los ventanales, los chupaflores se desvanecen

a través de la terraza y veloces regresan al bosque, mientras, continuó garabateando escritos que tal vez nunca salgan a la luz.

Esa noche tarde, mientras observaba por la ventana del Hotel Mirador Barrancas, en el filo de ese formidable abismo serrano, no podía apartar de mi mente las imágenes de las tres barrancas que desde allí uno puede ver. Con otras barrancas, estas tres forman las Barrancas (Cañón) del Cobre: la Barranca de Urique, que con más de dos mil metros es la barranca montañosa más profunda de México, la Barranca de Tararecua y la Barranca del Cobre.

Recordé que hace muchos años un amigo gringo –medio en broma medio en serio– me dijo que el Gran Cañón del Colorado sueña cuando sea grande ser como las Barrancas del Cobre. “Sueños de cañones”, diría uno. La verdad sea dicha, el Gran Cañón del Colorado tendrá que echarle muchas ganas, pues las Barrancas del Cobre son cuatro veces más grandes y casi dos veces más profundas que él.

Recostado sobre la suave sábana blanca, sin dejar de percibir el resplandeciente claro de luna que se escurre por la ventana abierta de par en par, descansé en mi estómago una novela sobre la vida de Vlad III, príncipe de Valaquia, ese personaje de la novela gótica de Bram Stoker, mejor conocido como el Conde Drácula. La portada negra del libro de Elizabeth Kostova enmarca un dragón transilvano rojo con las fauces abiertas, de las que emerge una lengua sinuosa en forma de flecha. La cosa es que, junto al Big Bang y la Tectónica de placas, los vampiros humanos encarnan mis tres miedos más irracionales.

Aquí estoy, en una de las áreas naturales más misteriosas, recónditas y arrolladoras del planeta Tierra, un portal de barrancas por el que uno puede transportarse a universos paralelos, aunque sólo sea fugazmente. Mientras, afuera, el aroma del indómito Desierto Chihuahuense y su desconcertante biodiversidad, arrullan a los rarámuris. Y, de paso, me arrullan también a mí.

Pero, el veinte de junio de 2022 esta versión idílica de la Sierra Tarahumara repentinamente se rompió en mil pedazos. Lo que ocurrió ese

día desnudó de nuevo, ante México y el mundo la triste y brutal realidad de la vida diaria en la Sierra; la violencia y el desasosiego en una tierra que parece no pertenecer a nadie, mucho menos a los *de los pies ligeros*, quienes, por tantas generaciones, han vivido en pobreza y vulnerabilidad extremas en su montañoso hogar.

Debo confesar que nunca me han caído muy bien los curas, por varias razones, pero principalmente porque la mayoría que he conocido me han parecido personas incongruentes que pretenden vender —a toda costa— una versión desangelada de la novela de fantasía *Alicia en el país de las maravillas* de Lewis Carroll. Pero siempre he pensado que los jesuitas son harina de otro costal, que son los que se arriesgan a vivir por lo que creen, y están dispuestos a luchar y a morir por eso.

En una de las cuatro o cinco ocasiones en que visité la Sierra Tarahumara, fui bendecido al conocer —aunque fugazmente— a Javier Ávila Aguirre, apodado El Pato, el legendario jesuita que desde la década de 1970 ha luchado por los derechos de los rarámuris. El Pato no solo me cayó bien, también me inspiró a hacer más por esta tierra olvidada; aunque ahora me arrepiento de no haber hecho prácticamente nada.

Posteriormente apareció Javier Campos Morales, El Gallo, seguido años más tarde por Joaquín César Mora Salazar, El Morita, ambos misioneros jesuitas, y a los dos los mataron el veinte de junio en una iglesia de Cerocahui en el corazón del territorio rarámuri.

A los dieciséis años El Gallo se unió a los jesuitas y fue ordenado sacerdote en 1972. Dedicó el siguiente medio siglo de su vida a una misión pastoral en la Sierra Tarahumara en donde le apodaron El Gallo porque kikirikiaba mejor que nadie. El Morita tenía ochenta y un años cuando lo asesinaron, después de haber pasado los últimos veintitrés años de su vida en la Sierra, en donde siempre vistió como vaquero, con pantalones de mezclilla y camisa a cuadros.

El Gallo y El Morita dieron su vida por los rarámuris. A los dos los asesinaron mientras trataban de ayudar a Pedro Eliodoro Palma Gutiérrez, guía de turistas, que herido buscó refugio en el templo pero que después

fue rematado. Todo parte de una escena trágica que podría haber salido de *Crónica de una muerte anunciada* de Gabriel García Márquez. Los jesuitas fueron asesinados en la casa de Dios en Cerocahui, presuntamente por José Noriel Portillo Gil, El Chueco, sospechoso de ser un capo local, quien después presuntamente robó sus cuerpos en un intento por ocultar su crimen, y después se esfumó y ahora nadie sabe en dónde está.

En los días posteriores a los asesinatos, El Pato, el jesuita que había conocido años atrás, les dijo a periodistas que los dos sacerdotes asesinados conocían a El Chueco desde su infancia, quien, después de matarlos, confesó su pecado a otro sacerdote y pidió perdón.

¿Por qué mataron a estos dos curas en la Sierra Tarahumara? No los asesinó simplemente un hombre desequilibrado. Esa es la respuesta fácil. También los mató la violencia ciega, la corrupción impune y la corrosiva indiferencia en que vivimos en México y que cada día matan y desaparecen a decenas de mujeres, jóvenes, periodistas, activistas de derechos humanos, defensores ambientales y a muchos otros compatriotas.

Pato, cuídese por favor.

Tristes guerras, tristes armas, tristes muertos

*Hay aire y sol, hay nubes.
Allá arriba un cielo azul y detrás de él tal vez
haya canciones; tal vez mejores voces...
Hay esperanza, en suma.
Hay esperanza para nosotros,
contra nuestro pesar.*
PEDRO PÁRAMO, JUAN RULFO.

Cuando sueño con la guerra nunca sueño con guerras mundiales. Cuando sueño con la guerra siempre sueño con guerras entre vecinos, entre hermanos y entre hermanas, sueño con guerras civiles.

Cuando sueño con la guerra, sueño con conflictos más íntimos, con las guerras a las que más temo, las revoluciones en Francia, en Estados Unidos, en México, en Rusia, en India y en Cuba. Sueño con guerras civiles en China, en Vietnam, entre Tutsis y Hutus en Ruanda, en Yugoslavia, en Irán, en Siria, en Afganistán, en Nicaragua, en Colombia.

Cuando sueño con la guerra, sueño con poemas sobre guerras intestinas como *La Ilíada* de Homero, la *Guerra infame* de Li Po, *A todos vosotros...* de Pablo Neruda y *¡Pax!*... de Rubén Darío.

Cuando sueño con la guerra, sueño con Guernica bombardeada un 26 de abril, hace ochenta y seis años, sueño con el doloroso retrato que pintó Pablo Picasso de la Guerra Civil Española. Es la misma guerra que cantó el poeta Miguel Hernández, asesinado por la dictadura franquista cuando apenas tenía treinta y un años, “Tristes guerras si no es amor la empresa. Tristes. Tristes. Tristes armas si no son las palabras. Tristes. Tristes. Tristes hombres si no mueren de amores. Tristes. Tristes”.

Cuando sueño con la guerra sueño con bocas abiertas atormentadas y lenguas afiladas de hombres, mujeres, toros y caballos que se muerden gritando de dolor. Sueño con la madre y el hijo muerto arrojados a una calle vacía. Cuando sueño con la guerra, vivo *Guernica* de Pablo Picasso. Sueño con brazos y antebrazos cercenados, con manos y piernas dislocadas y abandonadas que se aferran a la espada rota y a la flor indefensa pero viva.

Sueño con el agonizante caballo, la mujer que agarra la lámpara con su mano derecha. Sueño con descalzos y caídos. Sueño con la paloma de ala derrotada y pico abierto. Y sueño con la brutalidad, oscuridad, llamas e incendio; con la rodilla caída y los pechos colmados de la mujer que no amamantará a ningún niño. Con el resplandor de la luz de la bombilla solar que desde el cielo atisba todo, mientras, en la distancia, la flecha acechante trepa.

Y, es entonces, cuando me despiertan las pesadillas de mis amadas naciones Colombia y México, desgarradas por el dolor insoportable de centenares de miles de muertos que la violencia rabiosa y nuestros malos gobernantes de hoy y de ayer cargan sobre nuestros hombros compartidos.

Por eso, cuando sueño con la guerra, sueño guerras fratricidas. Guerras civiles que desnudan, exacerbando, reproducen los desafíos que atormentan a una sociedad desesperadamente urgida de paz. Pobreza, inequidad, golpes de Estado, represión, violencia, miseria, muerte y rencor; vómito nauseabundo que la polarización genera entre mis compatriotas, los del norte y los del sur de la línea ecuatorial.

A esas guerras les temo más. Me espantan, me apesadumbran, me desvelan. Y, entonces, temo por mis hijos, por los suyos. Esas son las tristes guerras de tristes armas y tristes muertos de Miguel Hernández.

Cuando veo las imágenes desgarradoras del sufrimiento de la brutal invasión rusa a Ucrania, me inundan recuerdos de mis primeras lecturas rusas sobre la guerra: *Doctor Zhivago* de Boris Pasternak y *Un día en la vida de Iván Denisovich* de Aleksandr Solzhenitsyn. “Un estado en guerra

sólo sirve como excusa para la tiranía doméstica”, escribió Solzhenitsyn en *El Archipiélago Gulag*, palabras de 1958-1968 que hoy hacen eco de la realidad.

Y, entonces, ya no puedo dormir. Veo la sangre correr, las esposas pronto viudas que llorando huyen cargando en sus brazos huérfanos rotos, los huérfanos de padres vivos que toman un arma y se quedan a luchar y morir por la patria. No puedo dejar de ver las ciudades bombardeadas, las casas en llamas, los niños y las mujeres embarazadas abandonados a su suerte. No puedo dejar de ver las caras desoladas de los millones de refugiados que abandonan la patria para salvar la vida, pero que dejan todo lo demás atrás.

Y, entonces, cierro los ojos y sueño despierto, deseando que Vladimir Putin y sus cómplices criminales de guerra se desvanezcan a medida que enmudecen las sirenas que anuncian los ataques aéreos sobre Kyiv.

La izquierda latinoamericana y el medio ambiente

Si América Latina y el Caribe aprovechan estratégicamente sus formidables recursos naturales, trazarán la ruta para construir economías vigorosas y sociedades más justas. Ese es nuestro mayor desafío, y poco importa si usted o yo somos de izquierda o de derecha.

No pertenezco a ningún partido político, no obstante, admito que siempre he simpatizado con las mejores causas de la izquierda, como son anteponer la razón sobre la fe, la ignorancia, los prejuicios o los dogmas, la lucha por la justicia social, la libertad de expresión y la igualdad de derechos para las mujeres y la protección de la naturaleza y el combate al calentamiento global.

La protección ambiental es una bandera que por años han enarbolado los gobiernos izquierdistas latinoamericanos, principalmente desde la Cumbre de la Tierra en Río de Janeiro en 1992. Refiriéndose a la destrucción ambiental y el cambio climático, Fidel Castro, en ese entonces presidente de Cuba, señaló: “Mañana será demasiado tarde para hacer lo que debimos haber hecho hace mucho tiempo”.

Treinta años después, los presidentes izquierdistas Gabriel Boric de Chile y Gustavo Petro de Colombia llegaron al poder comprometiéndose a poner la protección de la naturaleza y el combate al cambio climático al centro de las políticas públicas de sus países. Los dos reafirmaron este compromiso ante la Asamblea General de las Naciones Unidas.

Sin embargo, para muchos el ambientalismo de los gobiernos de izquierda es sólo un antifaz y les acusan de “ecocidas”. No lo creo. Como

tampoco creo que proteger o destruir el medio ambiente dependa de si uno es de derecha o de izquierda. Cuidar a la naturaleza es más bien sentido común y congruencia de esta generación con las siguientes. Es cuestión de amor y respeto por la vida, por un planeta sano para todos. Por eso, las políticas ambientales de cada mandatario deben ser evaluadas independientemente, sin importar sus preferencias liberales o conservadoras.

Porque vivir en un medio ambiente sano es un derecho humano insoslayable y la educación, la tecnología y la ciencia de calidad son herramientas esenciales para enfrentar los desafíos ambientales, económicos y sociales de la humanidad.

No olvidemos que América Latina y el Caribe albergan cuarenta por ciento de la biodiversidad del planeta y sus inmensos beneficios. Tienen nueve millones de kilómetros cuadrados de selvas, treinta por ciento del agua dulce del planeta, setecientos millones de hectáreas de tierras cultivables y generan veinticuatro por ciento de las capturas pesqueras mundiales.

Pero la región también tiene ciento setenta y cinco millones de pobres, incluyendo setenta y cinco millones de indigentes, y una deuda pública bruta combinada de más de dos billones de dólares. Hoy, América Latina y el Caribe tienen unos seiscientos millones de habitantes, y tendrán unos ochocientos millones en 2050. Todo esto conlleva enormes desafíos ambientales, económicos, sociales y políticos.

Dada la tendencia de la región a elegir gobiernos de izquierda, vale la pena examinar la gestión ambiental de algunos de sus líderes. Porque, más allá de sus aciertos y desaciertos en otros ámbitos, su legado ambiental será juzgado implacablemente por ésta y las generaciones futuras. Los ciudadanos debemos aprender de nuestros errores y elegir gobernantes a quienes verdaderamente les importe el futuro del país y de nuestros hijos.

Resulta complejo evaluar el desempeño ambiental de algunos mandatarios debido a los impactos de las crisis sociales, económicas y políticas en sus naciones. Pero también por el férreo control que regímenes autoritarios mantienen sobre la libertad de expresión y la sociedad. Por eso

es difícil constatar si sus buenas intenciones y discursos en foros internacionales, y la promulgación de leyes ambientales nacionales, son serias o sólo son retórica.

Este es el caso de regímenes como los de Fidel y Raúl Castro en Cuba, Hugo Chávez y Nicolás Maduro en Venezuela y Daniel Ortega en Nicaragua. Honestamente, desconfío de su desempeño ambiental en vista de su deplorable historial de menosprecio por los derechos humanos. ¿Cómo puede uno abusar de sus propios compatriotas, traicionar las mejores causas de la izquierda y al mismo tiempo preocuparse por la naturaleza?

Hay, sin embargo, mandatarios de izquierda que han demostrado que el respeto por el medio ambiente no es asunto de colores políticos. En Bolivia, durante su presidencia (2006–2019) Evo Morales levantó la voz por los derechos de la “Madre Tierra” y luchó contra el cambio climático. En Chile, entre los periodos 2006–2010 y 2014–2018, Michelle Bachelet decretó un millón trescientos mil kilómetros cuadrados de áreas marinas protegidas nuevas y triplicó la generación de energía renovable. En Uruguay (2010–2015) José Mujica abogó por un “desarrollo preservando la vida del planeta” y el medio ambiente fue central para diseñar políticas de Estado. En Ecuador (2007–2017) Rafael Correa introdujo los derechos de la naturaleza en la nueva Constitución de su país.

Brasil y México –las dos economías más grandes de la región– son casos paradigmáticos.

En Brasil, Luiz Inácio Lula da Silva, cuando fue presidente (2003–2010) respaldó el Protocolo de Kioto sobre cambio climático y protegió la Amazonía, aunque apoyó la construcción de dos grandes presas hidroeléctricas y su secretaria de medio ambiente renunció en protesta. El primero de enero de 2023, los brasileños eligieron presidente a Lula da Silva, quien en campaña prometió que si era reelegido daría prioridad al medio ambiente, protegería la Amazonía y su sumaría a la lucha contra el cambio climático.

Si el presidente Lula da Silva cumple sus promesas, Brasil y el mundo por lo menos tendrían una tregua ambiental. Y es que el ultraderechista

Jair Bolsonaro dejó una debacle al dismantelar muchas de las regulaciones ambientales, incentivar una deforestación sin precedentes y perseguir con saña a pueblos indígenas y ambientalistas que se opusieron a la destrucción de la Amazonía.

En 2018, Andrés Manuel López Obrador se convirtió en el primer presidente mexicano de izquierda desde el general Lázaro Cárdenas, hace ochenta y cuatro años. Muchos confiamos en que cumpliría sus promesas de campaña y protegería el medio ambiente, y que los ambientalistas de su movimiento defenderían aquello por lo que durante muchos años han luchado, especialmente Claudia Sheinbaum, jefa de gobierno de la Ciudad de México y el Canciller Marcelo Ebrard.

Desafortunadamente para México, nos equivocamos. Después de cuatro años queda claro que el medio ambiente no es prioridad para la administración del presidente López Obrador. Las principales agencias ambientales han sido dismanteladas o debilitadas gravemente, y la política energética del país sigue enfocada en extraer petróleo y gas, además de privar de incentivos a las energías renovables. Todo esto, mientras se privilegian megaproyectos –como el llamado Tren Maya y la Refinería de Dos Bocas– seriamente cuestionados por los enormes daños ambientales y sociales que causarán. Durante cuatro años, científicos, ambientalistas y activistas que critican estos megaproyectos han sido vilipendiados y hostigados desde el poder, por el presidente que olvidó sus promesas de campaña.

Mientras, en Chile su nuevo presidente Gabriel Boric se comprometió a conformar el primer gobierno ecologista del país para enfrentar las crisis hídrica y climática. Destacan sus iniciativas para garantizar el derecho humano al agua, crear un fondo de adaptación al cambio climático y combatir la inequidad energética.

Al tomar posesión como el primer presidente de izquierda en la historia de Colombia, Gustavo Petro prometió un gobierno de paz, reconciliación, justicia social y justicia ambiental. Dejó claro que proteger la biodiversidad y combatir el cambio climático serán ejes rectores de las

políticas públicas de su administración: “Protegeré nuestro suelo y subsuelo, nuestros mares y ríos, nuestro aire y cielo”, dijo. ¡Amanecerá y veremos! No voté por Petro, pero sinceramente le deseo éxito por el bien de Colombia.

Los presidentes Boric y Petro alimentan la esperanza de un nuevo modelo de líder de izquierda. Los dos gobernarán sus países durante cuatro años (2022-2026) pero sólo el tiempo dirá si cumplen las promesas que hicieron a las juventudes chilenas y colombianas, que fueron la mayoría de los votantes que los llevaron al poder.

Entre tanto, la economía global interconectada continuará creciendo. La población urbana seguirá aumentando y sus patrones de consumo determinarán nuestra huella ambiental. La temperatura promedio mundial probablemente aumentará más de dos grados centígrados, originando millones de refugiados climáticos, pérdida de biodiversidad, menor producción de alimentos, menor seguridad hídrica y energética en todo el planeta.

Si América Latina y el Caribe aprovechan estratégica y sustentablemente sus formidables recursos naturales, trazarán la ruta para construir economías vigorosas y sociedades más justas. Ese es nuestro mayor desafío, y poco importa si usted o yo somos de izquierda, de derecha o somos ambidiestros. Se requerirá una buena dosis del legendario realismo mágico latinoamericano, pero vale la pena intentarlo.

Los tiburones ballena de El Azul mexicano

Lo que todavía no logro entender es por qué insistimos en llamarles tiburones, sí son hermosas tiburonas.

La piel del tiburón ballena, *Rhincodon typus*, me recuerda al dominó que tenía cuando era niño.

Es el vertebrado más grande que existe, después de las ballenas. Estos friolentos gigantes, de hasta diecinueve metros de longitud, evitan el agua fría y por eso merodean los mares tropicales y subtropicales. Tal vez gracias a eso viven más de cien años, como las longevas tortugas marinas, a las que tampoco les gusta el agua fría. Estos ancestrales peces y reptiles migratorios pasan una gran parte de su vida en el mar Caribe, y le tienen especial cariño a la Península de Yucatán.

Los tiburones ballena son tan grandes como su legendario primo, el extinto *Carcharodon megalodon*, un tiburón blanco de ojos negros, equipado con mandíbulas de tres metros de longitud que hace entre dos millones de años y veintiocho millones de años patrulló los mares templados del Neógeno, devorando ballenas, tortugas, otros tiburones, dugongos (primos lejanos de los manatíes) y cualquier otra criatura grande que osara cruzarse en su camino.

Hay tres tipos de tiburones que comen por filtración de agua: el primero es el tiburón ballena, *Rhincodon typus*, que con su enorme boca succiona inmensas cantidades de agua, que pasa velozmente por cojinetes

filtradores en su garganta, con los que atrapa plancton y pequeños peces. Después expulsa el agua por las agallas. Sus mandíbulas poseen más de tres mil diminutos dientes, que utilizan para macerar los pedazos más grandes de alimento. El segundo es el tiburón peregrino, *Cetorhinus maximus*, una criatura narigona y gentil que está en peligro de extinción debido a la sobrepesca para satisfacer nuestro insaciable apetito por su carne, su piel y sus aletas; es también el segundo pez más grande —alcanza doce metros de longitud— después del tiburón ballena. El tercero es el tiburón bocudo, *Megachasma pelagios*, de aspecto muy extraño, cuerpo flácido, bioluminiscente, de aguas profundas y que muy raramente ha sido observado o capturado.

Mi primer encuentro, cara a cara —literalmente— con un tiburón ballena fue hace como quince años, cerca de la isla de Holbox, en el Caribe mexicano; el segundo fue hace ocho años en la Bahía de La Paz, en el mar de Cortés. En ambas ocasiones nadaba con mi pequeña hija.

En Holbox, mientras mirábamos fijamente su ojo izquierdo —del tamaño del faro delantero del auto de mi esposa— el tiburón nos echaba un vistazo como preguntando: “¿Quién demonios son ustedes y qué hacen aquí?” Noté el guiño que me hizo ese ojazó, aun sabiendo que los tiburones no tienen pestañas —era una mirada íntima en la que entreví los misterios de la naturaleza y el anhelo de vivir de esta criatura ancestral.

En julio del año 2022 regresé de mi tercer encuentro cercano con tiburones ballena, esta vez en El Azul, a unos veinte kilómetros de Cancún en Quintana Roo. Aquí, y en algunos otros sitios cercanos, los científicos han identificado más de mil tiburones ballena diferentes que estacionalmente se reúnen para alimentarse en estas ricas aguas. La agregación más grande conocida de tiburones ballena —cuatrocientos veinte individuos en dieciocho kilómetros cuadrados— se encontró entre la Isla Contoy e Isla Mujeres, no muy lejos de donde nadaba, buscando a estos escualos.

Esta vez, encontrándome tan cerca de estos gentiles gigantes, no pude evitar imaginarme engullido por esas colosales mandíbulas —como Jonás—

y después verme expulsado con el agua que salía por esas formidables agallas –como Pinocho– en el proceso que nutre la vida del pez más grande del mundo. ¡Lo que todavía no logro entender es por qué insistimos en llamarles tiburones, si son hermosas *tiburonas*!

Como en casi todas las especies animales, las tiburones ballena son más atractivas, vigorosas, carismáticas, enigmáticas y elegantes que los machos. También son más grandes y longevas, viajan más lejos y llevan en su panza centenares de tiburoncitos. Estos tiburones son vivíparos, pero jamás humano alguno ha sido testigo de semejante milagro natural. De hecho, las islas Galápagos son el único lugar en donde se han observado con alguna regularidad hembras preñadas del tiburón ballena.

La mayoría de las poblaciones de tiburones ballena del mundo están disminuyendo. Son amenazadas por la sobrepesca, principalmente en los mares asiáticos, en donde aún se comen sus aletas, su carne, su hígado, su alma. Pero sobreviven a pesar de ser atropellados frecuentemente por embarcaciones, a pesar de los cambios en la temperatura y la productividad del agua y de las alteraciones de las corrientes marinas causadas por el calentamiento global. Y a pesar de que algunos operadores turísticos en sus áreas de concentración –como ocurre en El Azul– ignoran los lineamientos que regulan a esta multimillonaria actividad turística de observación y nado con tiburones ballena.

Cada año, entre mayo y septiembre, los tiburones ballena regresan a El Azul para alimentarse y acumular reservas energéticas. Sabemos mucho sobre su ecología y su comportamiento mientras están aquí, pero no sabemos exactamente a dónde van y qué hacen una vez que parten. Sin embargo, sabemos que las aguas mexicanas son el paraíso de los tiburones ballena: la Península de Yucatán en el mar Caribe, el mar de Cortés, y el archipiélago de Revillagigedo, Nayarit y Oaxaca en el océano Pacífico.

Los científicos que estudian a los tiburones ballena me dicen que uno de cada tres tiburones que visitan El Azul es una hembra; los demás son machos, principalmente machos inmaduros. Desafortunadamente, jamás sabré si el último tiburón ballena con el que nadé era hembra o macho.

Le vi alejarse meneando rítmicamente su inmensa cola bifurcada, de derecha a izquierda y de izquierda a derecha, mientras sus agallas se abrían y cerraban lentamente como un acordeón, permitiendo que las aguas cálidas del Caribe mexicano siguieran fluyendo rítmica y cadenciosamente, como música vallenata.

Mientras contemplaba, una última vez, a este dominó titánico que nadaba conmigo, el cuerpo del tiburón ballena se desvaneció lentamente en el mar de El Azul, un lugar en la Península de Yucatán en donde, ocasionalmente, las almas buscan sanar.

Buen viaje, maestro Toledo

Mi arte es una mezcla de lo que he visto y de otras cosas que no sé de dónde vienen. Me han influido el arte primitivo, pero también los locos, los enfermos mentales y, sobre todo, Rufino Tamayo.

FRANCISCO TOLEDO, JUCHITÁN DE ZARAGOZA, 1940

OAXACA DE JUÁREZ, 2019

Te nos fuiste un jueves, Francisco, y esa noche dormí mal, muy mal. No creo en presentimientos, pero ya nadie me saca de la cabeza que fue un ave negra de mal agüero la que cantando desventuras se metió, sin anunciarse, en mi cama. Ahora nada de eso importa, lo único que importa es que fue esa noche, la noche del jueves, cuando nos abandonaste.

Yo dormía frente al mar Caribe, a mil cuatrocientos setenta y nueve kilómetros de Oaxaca, y me acecharon espeluznantes quimeras, tal vez porque te estabas yendo, tal vez porque ya te habías marchado. Seguramente salías arrastrando todo tu bestiario de bichos raros y álbumes de zoología, mitad hombres, mitad monos —siempre monos— pero también lagartijas, grillos y serpientes; pulgas, cigarras y escorpiones; avispas, pájaros y peces; krákenes, vampiros y caballos famélicos.

Esa noche fue una pesadilla sin tiempo, atiborrada de vacíos, miedos de infancia y, sobre todo, cargada de esa tristeza infinitamente triste que le hace sentir a uno una soledad cósmica. Esos eran los símbolos de los que mi nona hablaba cuando la muerte acariciaba de cerca a alguien de la familia, o a un vecino. Biterlicia, la abuela analfabeta y sabia a la que yo visitaba de niño en Moniquirá, un pueblecito campesino de Colombia,

de los tantos devastados por la violencia entre conservadores y liberales, esa violencia ciega que en la década de 1950 se cobró la vida de más de trescientos mil colombianos. El pueblo en donde mi madre, Priscilla, y yo, nacimos; el lugar al que siempre me devuelven los remotos pueblos de Michoacán, tan azotados por la violencia.

Nunca me atreví a decírtelo, Francisco, pues siempre me aterraba ver surgir la mueca de desagrado con la que regañabas mi ego cada vez que intentaba hablarte de ti. Por eso te lo digo ahora que estás muerto, más que tu arte, tus pinturas, tus esculturas, tus litografías, tus grabados y tus luchas culturales y ambientales, lo que más admiraba, y lo que más admiro de ti, es a Francisco *el Hombre*.

Me recordabas, y me recuerdas, a aquel legendario acordeonista arquetípico del Caribe colombiano, aquel Francisco que derrotó al diablo en un duelo, habiendo rezado antes el Credo al revés, para luego rematarlo entonando el más hermoso vallenato que se haya escuchado jamás. Como él, tú, Francisco, también amansaste a tus demonios mezclando ángeles y diablos, calacas y monos, sapos gordos y perros famélicos, canchales inmortales, tortugas purificadoras, caballos muertos y vacas de colores, en una batalla mitopoética sin fin.

Atesoró tu silueta con la boca abierta en ese dibujo con lapicero de tinta azul, ahora desteñida, que me mandaste en una visita que hice a tu querida Oaxaca. En el dibujo, una flecha sale de uno de tus dientes, el que te habían extraído aquella mañana, y apunta a la palabra “fuera”. Rodeando a tu perfil se lee:

Estimado Omar no podre estar con uds estoy mal me estan arreglando la boca realmente lo siento sobre todo hoy que hay comida de la tierra tu amigo Toledo.

Así, sin puntuación, ni mayúsculas, ni acentos. A cambio, nos enviaste a esa calandria zapoteca que nos embrujó a todos con sus canciones de la tierra, mientras entre mezcales vimos como el atardecer se moría, una vez más, en el Templo de Santo Domingo de Guzmán.

No nos vimos más de diez veces, y fueron menos de cinco las que hablamos por teléfono durante los trece años desde que, a regañadientes, aceptaste ser mi consejero en el Fondo Mundial para la Naturaleza, WWF. Pero siempre te sentí mi amigo, y creo que tal vez, sólo tal vez, tú también me sentiste cerca. O, así me engaño, mientras hoy, a una semana de tu partida, escribo estas líneas y hago recuento de todos los abrazos generosos y estrechos que nos dimos durante mis visitas, y releo tus cartas de puño y letra que finalizaban con un “tu amigo, Toledo” o “saludos a tu familia istmeña”.

La familia de Josefina, la abuela; las Patricias, madre e hija; y Cotito, la tía, esas maravillosas mujeres zapotecas de cabeza blanca y corazón rebelde que me han iluminado la vida, y gracias a las cuales pude conocerte a ti, y adentrarme en la magia cautivante del istmo de Tehuantepec, el Macondo mexicano.

Me despido, Francisco, evocando tu respuesta de 2012, cuando amenazaron con matarte por segunda vez ese año: “Omar estamos bien los que necesitan protección son los monos de Mazahua y Mazahuito”. Palabras que te pintan de cuerpo entero. Así como también te dibuja esa fotografía de Mosiro, una comunidad Masái de Kenia, en la que ocho niños y una cabra sonríen a la cámara frente a cuatro palabras escritas con mazorcas en la tierra: *Esiai Sidai* Maestro Toledo, Buen Viaje, Maestro Toledo.

Empieza el duelo y la añoranza. Adiós *Francisco el Hombre*, el incondicional de los monos y los bichos, el hacedor de sueños y el hermano del sol, la luna y las estrellas.

Mágica Oaxaca

*Cuenta la leyenda que un pastor encontró
un lirio en el hoy San Agustín de las Juntas,
cerca del aeropuerto de Oaxaca. Excavando la flor de raíz,
descubrió la cabeza decapitada de la princesa zapoteca Donají.
Esta hermosa cabeza real es hoy el escudo de la capital del estado.*

Tierra mágica habitada por gente mágica en donde se entrelazan las geografías de la lengua y la biodiversidad, envolviéndose y nutriéndose por milenios, la una en la otra. Evolucionando juntas mientras comparten los mismos espacios y desafíos –animados e inanimados– que enfrentamos hoy para salvar este Planeta Azul. Una comunión humanos-naturaleza tan estrecha que los zapotecas, quienes se llaman “la Gente de las nubes”, creían que descendían de las rocas, los árboles y los jaguares. No tengo la menor duda de que así fue.

Esta tierra es Oaxaca, hija cósmica de una enredada historia geológica que esculpió símbolos arquetípicos en su topografía, y en la mente de su gente, moldeando ilimitadas gamas de paisajes, desde la costa Pacífica, pasando por selvas secas, matorrales y bosques templados de pino y encino, y ascendiendo victoriosa por los bosques de niebla, hasta alcanzar el Cerro Nube, a tres mil setecientos veinte metros sobre el nivel del mar.

Es la tierra de la princesa mixteca Tres Pedernal, la encarnación de los valores de las mujeres indígenas del México antiguo. Tierra en donde reposan Los Chimalapas, “jícara de oro”, en lengua zoque, ese imponente medio millón de hectáreas enclavadas en el corazón del istmo de Tehuantepec, que alojan las últimas selvas tropicales vírgenes de México.

Oaxaca es el resultado exquisito de bendiciones naturales que alien-tan la radiación adaptativa, la especiación y una extraordinaria mezcla de fauna y flora, que se han fundido, elegantemente, con pueblos indígenas y lenguas. Es *huaxyácac*, “en la nariz de los guajes”, en náhuatl, un árbol nativo de flores blancas y vainas rojas y verdes –los tres colores de la bandera mexicana cuando la bandera no existía– que esconden apetitosas semillas.

Hace siglos, cuando los españoles llegaron, llamaron a esta tierra Guajaca, Segura de la Frontera, Tepeaca y Antequera; pero el náhuatl triunfó sobre el castellano, y hoy orgullosamente continúa llamándose Oaxaca.

Durante diez mil años los pueblos originarios oaxaqueños se han esparcido y prosperado en ambientes naturales que cautivan la imaginación. Zapotecos, mixtecos, mazatecos, mixes, chinantecos, chatinos, triquis, cuicatecos, huaves, chontales, amuzgos, chochos, nahuas, ixcatecos, zoques y popolocas, pero también afromexicanos, mestizos y españoles, conviviendo todos en esta nariz tricolor de guajes.

Oaxaca es un tesoro biocultural planetario. Aquí hay más de cuatro mil comunidades indígenas, que hablan ciento cincuenta y siete lenguas, o sea, cuarenta y tres por ciento de las lenguas mexicanas. Y aquí hay más de ocho mil cuatrocientas especies de plantas –cuarenta por ciento de la flora mexicana– y cuatro mil quinientas cuarenta especies de animales –la mitad de los vertebrados y diecinueve por ciento de los invertebrados del país– que lo convierten en el estado bioculturalmente más diverso de México. Cardonales, tetecheras, popal, carrizal y ceibas; orquídeas, palos mulatos y ahuehuetes; mariposas, tortugas marinas, cocodrilos y jaguares, tepezcuintles, cacomixtles y nauyacac venenosas, sapos gigantes, chivizcoyos y chachalacas.

No existe gastronomía como la oaxaqueña –siete moles multicolores, caldo de piedra y estofado de boda de Ixtaltepec, tlayudas, tamales y caldo de gato; chapulines, escamoles, gusanos de maguey y hormigas chicanas; chiles rellenos de sardinas, nenguanitos, pozonque, memelas y pan de muerto.

Y, para calmar la sed alcohólica y no alcohólica de todos, Oaxaca nos ofrece setenta y siete elixires tradicionales, más de quince fermentados, treinta y cinco a base de maíz y diez a base de cacao. Incluyendo los mezcales, y confieso que por su nombre y por su sabor, mi preferido es *Amores*, el que con tanto cuidado elabora Santiago. Pero también tepache, aguardiente, popo, pulque, champurrado, chile atole, bu'pu, pinole, aguas frescas de chilacayota, horchata, chía, chicozapote y muchas más. Brebajes que Salvador Cueva y Ricardo Bonilla, después de recorrer las ocho regiones de Oaxaca –Sierra Sur, Valles Centrales, Sierra Norte, Costa, Cañada, Mixteca, Istmo y Papaloapan– documentaron en su libro *Bebidas de Oaxaca*.

Oaxaca tiene más de once mil comunidades en más de quinientos setenta municipios; cuatrocientos dieciocho de ellos gobernados bajo el sistema de usos y costumbres. Poblaciones como Espinal, Santo Domingo Tehuantepec, Juchitán, Puerto Escondido, Huatulco, Mitla, San Juan Bautista Tuxtepec, San Pedro Pochutla, San Bartolo Coyotepec, Miahuatlán de Porfirio Díaz y Teotitlán de Flores Magón maravillan a propios y extraños.

Oaxaca es tan, pero tan querida, que hasta las almas de los muertos resuelven quedarse después de que sus cuerpos se han marchado. De hecho, cada dos de noviembre, Día de Muertos, las almas de aquellos muertos que nacieron en Oaxaca deambulan por cementerios y calles, y pueden revelarse a los vivos, incluyendo sus más famosos pintores, escritores, músicos y cantantes, presidentes, dictadores y periodistas anarquistas. ¡Pero, sólo se muestran a los vivos que son creyentes!

Si está usted en Oaxaca un dos de noviembre, y camina por las calles de noche, podría encontrarse con las almas de los dos pintores oaxaqueños más célebres y queridos, Francisco Toledo, seguramente escoltado por sus animales mágico-eróticos, que luchó y triunfó contra la instalación de un McDonald's en el zócalo de Oaxaca; y Rufino Tamayo, a quien verá cargando su mural *El día y la noche*, que simboliza la lucha entre el día –la serpiente emplumada– y la noche –el tigre. Y, tal vez, se encuentre con las almas de los escritores José Vasconcelos y Andrés Henestrosa; pero ellos sólo se le revelarán si usted ha leído al menos uno de sus libros.

Le gusten o no su música y sus voces, se encontrará el alma del violinista-pianista Macedonio Alcalá interpretando su vals *Dios nunca muere*, himno de facto de Oaxaca, y las almas de Álvaro Carrillo, Chuy Rasgado y José López Alavés entonando *Sabor a mí*, *Naela* o *Canción Mixteca*; esta última la nostálgica oda de todos los migrantes mexicanos:

¡Qué lejos estoy del suelo donde he nacido!
Inmensa nostalgia invade mi pensamiento;
y al verme tan solo y triste cual hoja al viento,
quisiera llorar, quisiera morir de sentimiento.
Oh, Tierra del Sol, ¡suspiro por verte!

Y, si le importan los derechos de los pueblos indígenas, podría encontrarse con el alma de Benito Juárez, Benemérito de las Américas. Nacido en San Pablo Guelatao de padres zapotecas, como presidente de México luchó por las mejores causas, incluyendo la separación entre Iglesia y Estado, la libertad de prensa y la subordinación del ejército a la autoridad civil; causas por las que hoy los mexicanos continuamos luchando con firmeza.

Y, si usted es de los que asumen riesgos, puede también deambular, preferiblemente a medianoche, por el Cerro del Fortín. Tal vez tenga la oportunidad de enfrentarse, cara a cara, con el alma de José de la Cruz Porfirio Díaz Mori, el político-militar-presidente convertido en dictador que por treinta años y ciento cinco días gobernó a México. El General Díaz sin duda andará de prisa, perseguido por sus férreos opositores, las almas de los tres hermanos Flores Magón, precursores de la Revolución Mexicana y quienes estarán voceando su periódico anarquista *Regeneración*.

Pero, si sólo decide caminar por Santo Domingo —templo barroco sin igual, construido por los perseverantes frailes dominicos a mitad del siglo XVI— escuche con mucha atención la canción que cuenta la triste historia de un enamorado joven zapoteco despidiéndose de su esposa, quien llora

a mares cuando su amado es arrastrado a la muerte por los vientos de la Revolución Mexicana:

Salías de un templo un día, Llorona
 cuando al pasar yo te vi.
 Hermoso huipil llevabas Llorona,
 que la Virgen te creí.
 Dos besos llevo en el alma, Llorona
 que no se apartan de mí,
 el último de mi madre, Llorona
 y el primero que te di.

Y, si realmente es su día de suerte, tal vez hasta pueda escuchar, pero sólo si es una noche de luna nueva, a las cinco colibríes vivas de Oaxaca—Lila Downs, Natalia Cruz, Martha Toledo, Alejandra Robles y Susana Harp— cantándole a vivos y a muertos este verso de *La Sandunga*:

A orillas del Papalopan me estaba bañando ayer,
 pasaste por las orillas y no me quisiste ver.
 Ay Sandunga, Sandunga mamá por Dios,
 Sandunga no seas ingrata, mamá de mi corazón.

Todo esto es verdad, aunque usted puede optar por no creerlo.

Pero, si desea ver el universo en movimiento, venga a Oaxaca el dieciséis de julio y quédese los dos lunes siguientes. Son *Los Lunes del Cerro*, ritos prehispánicos de adoración y pedimento a Centéotl, la diosa protectora del maíz, una celebración que antiguamente culminaba con el sacrificio de una doncella que representaba a la diosa. Ritos que muchos años después se transformaron en la Guelaguetza, esa maravillosa ofrenda zapoteca para agradecerle a los dioses agrícolas por las cosechas, y en la que todos, ricos y pobres, participan sin distinción de clases.

La Guelaguetza termina con *La Danza de la Pluma*, en la que el danzante principal –el sol– se mueve en círculos para hablar con los otros danzantes –los cuerpos celestes– y los movimientos diagonales representan el solsticio de invierno y los movimientos paralelos el equinoccio de primavera. Como le dije, el cosmos en movimiento.

Hace casi treinta y cinco años, un veintitrés de diciembre de 1988, llegué a Oaxaca por primera vez. Era *Noche de Rábanos*, día del Mercado Navideño, cuando los artistas locales exponen las figuras que amorosamente han esculpido en rábanos. Parece que fue ayer cuando deambulaba por las calles de Oaxaca de Juárez, joven y solo, devorando febrilmente una infinidad de animales, humanos y otras exquisitas figuras multicolores forjadas con preciosos especímenes de *Raphanus sativus*, que artistas que no conocía me regalaban al pasar.

Parece que fue ayer cuando me guarecí en esa iglesia fría y lúgubre, me senté cómodamente cerca de la pila de agua bendita y caí en cuenta de que acababa de llegar al lugar más mágico de la Tierra.

Maíz, ombligo mexicano

*Lo mascarón los dioses y lo pusieron
en nuestra boca para robustecernos.**

Cuenta la leyenda* del México prehispánico que en tiempos remotos cinco soles aparecieron y de ellos cuatro desaparecieron.

El primer Sol, *nahui ocellotl* (4 tigre), duró seiscientos setenta y seis años y a los primeros moradores los devoraron los tigres. El Sol *nauhuēcatl* (4 viento) fue de trescientos sesenta y cuatro años y a los segundos moradores se los llevó el viento y se volvieron monas. El Sol *nahui quiyahuitl* (4 lluvia) fue de trescientos doce años y a los terceros moradores los quemó el fuego que llovió y se volvieron gallinas. Y el Sol *nahui atl* (4 agua) duró seiscientos setenta y seis años y los que por cuarta vez moraron se anegaron y se volvieron peces, porque llovió cincuenta y dos años.

Antes de la creación del quinto Sol, *naollin* (4 movimiento) —en el que hoy moramos— Quetzalcóatl, “la serpiente emplumada”, convertido en hormiga negra, siguió a una hormiga colorada que a regañadientes le reveló cómo llegar a Tonacatépetl o Montaña de los Mantenimientos. Allí recolectaron el maíz desgranado que Quetzalcóatl trajo consigo para asegurar el sustento de los hombres que acababa de crear.

*Códice Chimalpopoca: Anales de Cuauhtitlán y Leyenda de los Soles. UNAM. Traducción del náhuatl por Primo Feliciano Velázquez. Tercera edición 1992.

Pensar en el maíz es imaginar Aztlán, México-Tenochtitlan. Es vivir la milpa nacional, nuestra esencia e idiosincrasia. Porque no hay mesa mexicana sin tortillas. Porque el maíz es lo íntimo, lo cotidiano, lo sagrado. La tortilla –acompañada de teporingos, armadillos, jumiles, charales o quelites– como alimento vivificador de las tropas insurgentes y el maíz como testigo y protagonista de la Revolución Mexicana.

El maíz como poder religioso, cultural, político, económico. El maíz, fruto de los experimentos e ingeniería genética de nuestros antepasados que hace diez mil años domesticaron a su pariente silvestre cercano, el teocintle. El maíz como sostén de los millones de pequeños y medianos productores y sus familias que hoy lo continúan manejando, cultivando y seleccionando para aportar setenta y cinco por ciento de la producción nacional.

El maíz, *Zea mays*, del griego *zeo* = vivir, pasto de noches largas en donde la divinidad, la leyenda y la ofrenda milenaria se esconden entre hojas enrolladas al tallo del que brota la mazorca –el olote cubierto por filas de granos blancos.

Pero las cincuenta y nueve razas de maíces nativos de México tienen granos con muchas gamas de colores y de formas. Los hay azules, negritos, conejos, anchos, bofos, blandos, cónicos, cristalinos, dulces, tabloncillos y reventadores. Siete razas –las palomeras– nos regalan las milenarias *momochtli*, también conocidas como palomitas de maíz en este quinto Sol (4 movimiento).

El maíz que comemos –tierno o maduro– en tortillas, tacos, quesadillas, sopes, chalupas, guaraches, corundas, chilaquiles, enchiladas, gorditas, tlacoyos, sopa de tortilla, itacates, tamales, pozole, tlayudas, panuchos, pinole, esquiles y huitlacoche. El maíz que bebemos –frío o caliente– como atole, tejuino, téjate, pozol, tascalate, guarapo, cacapote, chorote, piznate, chilatole, pozol, tanchuca, taxcalate y batari.

La planta de maíz en la que cohabitan las inflorescencias de lo femenino y lo masculino. La milpa como homenaje a la fertilidad, la identidad, la diversidad, la cultura y la innovación tecnológica. El maíz, orgullo y

símbolo de resistencia contra propios y extraños. El maíz de los nahuas, mayas, zapotecas, olmecas, mixtecas, purépechas, totonacas, mazatecas, chinantecas, zoques y muchos otros pueblos originarios.

El maíz, nuestro ombligo y México centro de origen, domesticación y diversificación de estos granos que los dioses mascaron y pusieron en nuestra boca para robustecernos.

México y Colombia en su laberinto

*Dos naciones privilegiadas por sus geografías,
sus recursos naturales, sus historias, sus culturas y
su gente solidaria; dos naciones asediadas por la pobreza,
la violencia, la corrupción, el narcotráfico y la demagogia política.*

Deslinde de responsabilidad –inicié estas líneas sin saber cómo concluirían.

No hay dos naciones en América Latina más parecidas y entrañables que Colombia y México. Fuimos vecinos hace doscientos años. En 1821, once años después de que iniciamos la lucha para independizarnos de España –Colombia el veinte de julio, México el dieciséis de septiembre– compartimos fronteras en lo que hoy es el límite entre Costa Rica y Panamá. Cuando México, Guatemala, Honduras, El Salvador, Nicaragua y Costa Rica eran parte del fugaz Primer Imperio Mexicano, que tenía como capital a la Ciudad de México; y cuando Colombia, Panamá, Venezuela y Ecuador conformaban la efímera Gran Colombia, cuya capital era Bogotá.

Probablemente no haya dos naciones tan bendecidas por la naturaleza y tan maldecidas por su propensión a vivir en el abismo. Colombia, la de la Guerra de los Mil Días y *Cien años de soledad*, de Gabriel García Márquez; México, el de la Revolución Mexicana y *Pedro Páramo*, de Juan Rulfo. Dos naciones privilegiadas por sus geografías, sus recursos naturales, sus historias, sus culturas y su gente solidaria; dos naciones asediadas por la pobreza, la inequidad, la violencia, la corrupción, el narcotráfico y la demagogia política.

NUESTRAS BENDICIONES

Benditos somos por nuestras dos costas, Pacífico y Atlántico, e inmensos recursos marinos, y por las selvas tropicales de la exuberante Lacandona y la majestuosa Amazonía, y los pueblos originarios que allí viven. Benditos somos por nuestros formidables ríos Amazonas, Caquetá, Usumacinta y Grijalva, y por albergar el Arrecife Mesoamericano, la segunda barrera arrecifal más grande del mundo, y el sesenta por ciento de los imponentes páramos de la Tierra, ese ecosistema neotropical que se extiende, como un archipiélago celeste, desde las fronteras de los bosques más altos hasta las nieves perpetuas, de tres mil doscientos a cinco mil metros sobre el nivel del mar.

Benditos somos por tener casi dos por ciento de la superficie planetaria en donde, juntos, alojamos a veinte por ciento de la biodiversidad de la Tierra. Colombia tiene la mayor cantidad de especies de aves, orquídeas y mariposas de colores, y es segunda en diversidad de anfibios y plantas vasculares. México tiene la mayor cantidad de especies de pinos, y es segundo en diversidad de reptiles, tercero en mamíferos y quinto en anfibios.

Los volcanes, vivos y muertos, también nos bendicen. El Pico de Orizaba, el Popocatepetl, el Iztaccíhuatl, el Nevado de Toluca y la Malinche o “la de las faldas azules”, en náhuatl; y el Nevado del Ruiz, el Nevado del Tolima, el Nevado del Huila, el Galeras y el Puracé o “la montaña de fuego”, en quechua.

Benditos somos por nuestras culturas indígenas ancestrales —olmecas, aztecas y mayas; muiscas, taironas e incas. Con trecientas sesenta y cuatro lenguas vivas, y siete millones cuatrocientos mil mexicanos que hablan una lengua indígena, México es el quinto país con mayor diversidad lingüística; Colombia tiene sesenta y cinco lenguas vivas y un millón cuatrocientos mil colombianos hablan una lengua indígena. México es la nación con más hispanohablantes, Colombia es la segunda, España es la tercera.

INTERMEDIO

En 1821, Colombia fue el primer país que reconoció la independencia de México. De hecho, la primera felicitación que México recibió como nación libre fue de Simón Bolívar, el Libertador, en nombre de la Gran Colombia. Las dos naciones establecieron relaciones diplomáticas el tres de octubre de 1823, con la firma del Tratado de Amistad, Liga y Confederación entre la República de Colombia y la Nación Mexicana.

Ese mismo año, Colombia y México plasmaron juntos las bases de la doctrina hispanoamericana de asilo político, como parte de un tratado de no extradición por delitos políticos para proteger a los próceres de los movimientos de independencia en la región. Como España no reconocía la independencia de ningún país hispanoamericano, en 1823 Colombia promovió una alianza con México contra las agresiones de la monarquía española y, con una flotilla de navíos armados con cañones, acosaron su comercio marítimo en el Caribe. También impulsaron juntas la independencia de Cuba. Todo esto lo relata Germán A. de la Reza en un ensayo de 2015, titulado, *El intento de integración de Santo Domingo a la Gran Colombia (1821-1822)* y publicado en la revista *Secuencia*.

Esos lazos entre colombianos y mexicanos son todavía más estrechos hoy. México es el tercer país del que más viajeros llegan a Colombia y Colombia es el segundo país del que más viajeros llegan a México. Y los colombianos somos la mayor parte de los latinoamericanos que estudian en universidades mexicanas. Colombia es el segundo socio comercial de México en América Latina y el Caribe, y México ocupa el tercer lugar en importaciones de Colombia y es el sexto país con mayor inversión extranjera directa. México es la segunda economía de América Latina, Colombia es la cuarta.

NUESTRAS MALDICIONES

Hay quienes dicen que los colombianos y los mexicanos somos por naturaleza violentos y corruptos, respectivamente. ¡Tonterías!

Pero, la guerra fratricida colombiana de 1946 a 1958, entre conservadores y liberales, dejó trescientos mil muertos y dos millones de desplazados, casi la quinta parte de la población del país en esos años. Entre 1812 y 1902, Colombia había sufrido miles de muertes y los estragos de nueve guerras civiles. A partir de 1960, los conflictos armados entre el gobierno y las guerrillas izquierdistas, los paramilitares derechistas, los carteles del narcotráfico y otro crimen organizado cegaron la vida de más de doscientos veinte mil colombianos. Enlutaron y devastaron a millones de familias.

Se ha estimado que más de un millón de mexicanos murieron entre 1910 y 1920 durante las guerras de la Revolución Mexicana. Fue la guerra civil más mortífera del continente y la novena en el ámbito mundial. Más recientemente, entre 2006 y 2022, la guerra de México contra los carteles del narcotráfico y otros delitos ha dejado más de cuatrocientos mil mexicanos asesinados, y centenares de miles de viudas y huérfanos a lo largo y ancho del país. Y no olvidemos que Colombia y México están entre los países en donde más defensores del medio ambiente son asesinados.

Según las Naciones Unidas, Colombia es el país con mayor cantidad de desplazados internos por la guerra, la violencia y la persecución, ocho millones trescientos mil personas, o diez por ciento del total mundial, incluyendo millones de niños, que han sido forzados a abandonar sus hogares, a dejar todo atrás. Son aún más desplazados que en Siria, la República Democrática del Congo, Etiopía, Sudán, Mozambique, Yemen o Afganistán.

Paradójicamente, Colombia es también el segundo país del mundo que más refugiados ha recibido –hoy, es hogar del siete por ciento del total de los refugiados del mundo– incluyendo a un millón setecientos mil hermanos venezolanos que huyeron de la dictadura. Colombia y México fueron las primeras naciones latinoamericanas en ofrecer asilo a los refugiados de la guerra en Afganistán.

Hasta diciembre de 2020, México tenía trescientos cincuenta y siete mil desplazados internos, de acuerdo con el Consejo Noruego para los

Refugiados. Hoy, lamentablemente, nuestra política sobre refugiados es terriblemente contradictoria. Por un lado, México fue la primera nación latinoamericana en recibir refugiados de la guerra de Afganistán; por el otro lado, parecemos empeñados en convertir a nuestro país en un infame muro para frenar la entrada a Estados Unidos de centenares de miles de centroamericanos y caribeños que desesperadamente huyen del hambre, el crimen y los impactos del cambio climático en sus tierras de origen.

La desigualdad social y la corrupción son dos de las peores, y las más arraigadas, maldiciones de México y Colombia. Según el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, entre 2000 y 2019, América Latina fue la segunda región con mayor desigualdad, sólo después del África subsahariana. Y tanto México como Colombia figuran entre los países con la mayor concentración de ingresos en la menor cantidad de personas. México es el segundo país latinoamericano más desigual y Colombia es el sexto. Diez por ciento de la población mexicana concentra cincuenta y nueve por ciento de los ingresos nacionales, mientras que uno por ciento de los mexicanos acumula el veintinueve por ciento de los ingresos nacionales.

De acuerdo con Transparencia Internacional, México ocupa el lugar ciento veinticuatro y Colombia el noventa y dos en la lista de corrupción de los ciento ochenta países analizados —entre mayor la posición mayor el índice de corrupción.

Como confesé al inicio, no sé cómo terminar estas reflexiones. Es por eso por lo que, humildemente, sólo me queda compartir las palabras que mi compatriota Gabriel García Márquez expresó en la Ciudad de México, el veintidós de octubre de 1982, después de recibir la Orden del Águila Azteca, la más alta distinción que México le otorga a un extranjero:

“No es, pues, una segunda patria, sino otra patria distinta que se me ha dado sin condiciones, y sin disputarle a la mía propia el amor y la fidelidad que le profeso, y la nostalgia con que me los reclama sin tregua... aquí han crecido mis hijos, aquí he escrito mis libros, aquí he sembrado mis árboles... gracias por estas puertas abiertas. Que nunca se cierren, por favor, bajo ninguna circunstancia”.

Te vas, pero te quedas

*Por ella aprendí a leer deslizando mis dedos infantiles
por letras labradas en lápidas frías que velan a los muertos
en el cementerio de ese pueblito en donde los dos nacimos campesinos.*

Todos los días se nace y todos los días se muere. Es lo más natural. Todos los días con lágrimas de alegría damos la bienvenida a este mundo a hijas, a hermanas, a nietas, a sobrinas, a primas, a amigas, a novias, a esposas, a nueras, a madres, a abuelas. A todas a quienes, inexorablemente, llegado el momento despedimos con lágrimas de tristeza.

El dolor de tu partida, Priscilla (“mujer venerable”, en latín), es un dolor que penetra, que rasga el corazón, que escarba el alma. Es el dolor del vacío que encarna la ausencia eterna. “Sin embargo, hoy, mis hermanas, mis hermanos, mis fallecidos padre y hermano –Nubia, la Nena, los dos Hernandos, John Jairo y Martín– y yo, queremos celebrar con alegría la vida de una mujer universal”. La vida de una de esas Amazonas del altiplano suramericano que vienen al mundo sólo muy de vez en cuando.

Hoy quiero honrar la vida de una mujer que gozó su existencia, paso a paso, minuto a minuto. De esa hada indómita, emancipada y cariñosa que luchó hasta el final para que cada uno de los que fuimos tocados por su gracia amáramos a la naturaleza, y nos amáramos los unos a los otros.

A quien tanto me quiso, a quien tanto quise.

De ella aprendí a amar al prójimo, a sentar a nuestra mesa al hambriento, al desposeído, al olvidado. De ella aprendí que a nadie se le niega

un plato de sopa, una cobija o una palabra de consuelo. Fue ella quien de niño me tomó de la mano para deambular cantando por las calles empedradas de ese pueblito viejo consentido de calles pequeñas –Moniquirá, la más dulce de Colombia.

Con ella descubrí a la naturaleza, y aprendí a contemplarla y amarla. Aprendí a regocijarme en el canto del pájaro desconocido, en el parsimonioso caminar de la tortuga de tierra, en el correr sinuoso del riachuelo, en el aroma de las orquídeas y en el lento germinar de la semilla del árbol mexicano que ella misma trajo desde África a Colombia, hace un cuarto de siglo.

En su cara vi reflejada la felicidad ante la caricia incondicional de su perro Lucas cuando la recibía en El Refugio de la Nona, esa finquita que compró con el esfuerzo de sus manos diligentes y en donde honraba a la vida cada día, en donde cultivaba todo y en donde todas las flores se le daban.

Por ella aprendí a leer deslizando mis dedos infantiles por letras labradas en lápidas frías que velan a los muertos en el cementerio de ese pueblito en donde los dos nacimos campesinos. Ella me reveló el jubiloso atrevimiento de pintar, en el crepúsculo de su vida, óleos de paisajes, de flores y frutas, de rostros de frente y de perfil, de la existencia misma.

Y ella fue la que me enseñó que en la mar la vida es más sabrosa. Porque: ¡Cómo amaba Priscilla a la mar! Claro, le gustaban los ríos, los lagos, los charcos. Pero ¡ah!, amó tanto a la mar, que como caracola marina nació y como caracola marina murió. Sólo a sus hijos y a sus nietos amó más que a la mar.

Ella y yo hablábamos mucho de la mar. De la mar de Tolú y de Santa Marta, en el Caribe colombiano; de la mar de Acapulco y de Guaymas, en el Pacífico mexicano. De todas las mares. En nuestras conversaciones nocturnas nos confesamos que muy a nuestro pesar a los dos nos concibieron lejos de la costa, tan lejos que no se alcanzaba a escuchar el vaivén perpetuo de las olas. Tan lejos que nadie siquiera soñaba con medusas pegajosas, sirenas vivaces, caballitas marinas, cangrejas ermitañas y ballenas gordas.

¡Ah! Porque, ¡Cómo amamos ella y yo a la mar!

Priscilla, mujer rebelde que vivió y murió bajo sus propios términos –y a quien jamás la tragedia o el dolor vencieron. Sirena cantarina del altiplano boyacense, mujer que desde lo alto y desde lo profundo, desde la vida y desde la muerte me acompaña. Mujer a quien mi padre cantaba “muchacha de risa loca, cantarle quiero a tu boca y a tu imponente figura”. Mujer que iluminó la vida en las horas más oscuras. Mujer que nos demostró que el amor todo lo puede.

Hoy escarbé con ansia tus recuerdos hasta encontrar esa imagen mágica, macondiana, de aquella adolescente que flotando en el aire caminaba con garbo en una noche estrellada rumbo a la fiesta del pueblo. Ibas ataviada con ese vestido largo tejido por tu madre y amorosamente acicalado con luciérnagas vivas que, haciendo coro a las estrellas, irradiaban destellos de belleza, de encanto, de juventud, de ternura, de dicha.

Así te recordaré, Guajirita, la última de una generación de indómitas guerreras moniquireñas. Es por eso que te vas, pero te quedas.

Día de Muertos

Dudo que haya un día como este en otro lugar, cuando una nación entera se conecta –como lo hacemos los mexicanos en donde sea que estemos– para recordar y honrar a nuestros muertos.

Hoy, nuestros muertos simbólicamente vuelven a la vida como millones de mariposas monarca de alas anaranjadas y negras bordeadas con motitas blancas. Nuestras queridas migrantes regresan a su tierra natal. Y hoy celebramos el Día de Muertos en México. Ritual de querencia, elegía, añoranza, pena y gozo por nuestros seres queridos fallecidos; un día que nos recuerda que la muerte es, inexorablemente, pareja de la vida.

Dudo que haya un día como este en otro lugar, cuando una nación entera se conecta –como lo hacemos los mexicanos en donde sea que estemos– para recordar y honrar a nuestros muertos: a nuestros ancestros, nuestros héroes, nuestros amigos, nuestros familiares. Un día cuando, todos, al unísono, elevamos la voz en un rotundo no al olvido y proclamamos que la muerte no es inexistencia sino presencia viva, etérea.

Este es probablemente un retrato impreciso, pero respetuoso de un colombiano que hace muchos años se transformó en mexicano; uno que ahora es huérfano de padre y madre, pero que hoy los recuerda cariñosamente en el altar de muertos, un altar adornado con cigarrillos, aguardiente y café, pequeñas gallinitas de barro, champaña y pan, unas fotografías

de cuando eran jóvenes, y algunas flores de cempasúchil para evocarlos y honrarlos a los dos.

El Día de Muertos es una celebración rara. Mezcla de paganismo y rebeldía indígena que resistió pero que terminó camuflajeándose con los cánones cristianos que nos trajeron los conquistadores españoles a través del océano Atlántico, en el siglo XVI. Los mexicas, mixtecas, texcocanos, zapotecas y otros pueblos nativos se adaptaron a este día con devoción a sus muertos, y al calendario cristiano.

Hoy, nuestras muertas y nuestros muertos regresan del más allá para visitarnos, acompañarnos, apapacharnos. Las almas de los “muertos chiquitos”, los niños, llegaron ayer como la vanguardia, seguidos hoy por los adultos en la retaguardia. Para su dicha, cuando las ánimas de los niños lleguen al banquete, encontrarán a sus perros xoloitzcuintles de juguete y sus calaveritas de azúcar.

Los muertos regresan a echar un vistazo a sus propias fotografías, tomadas cuando estaban entre los vivos, colocadas sobre una sábana blanca escalonada en un altar colorido en su honor, en donde se contemplarán acompañados por esas cosas que más les gustaba ver, oler, comer y beber en vida... con nosotros.

Hoy, nuestra casa es su casa huele a incienso, a copal y a melcochudos aromas florales. Hoy es el día de las calacas dulces, de la sal y el agua, y del papel picado de colores y los esqueletos de los difuntos convertidos en pan de muerto que comparten con los vivos. Hoy, las ofrendas florales y las remembranzas y los altares amorosamente arropan las lápidas heladas de todos los cementerios a lo largo y ancho de México.

Hoy, sólo hoy, las almas de nuestros seres queridos transitan desde la morada de los muertos al mundo de los vivos. Para no extraviarse, saciar su sed y reunirse con nosotros, viajan por senderos de pétalos de cempasúchil y velitas y elixir de copal y agua dulce amorosamente arreglados por sus familias.

Hoy, sólo hoy, nuestros recién nacidos, niños, adultos y viejos pueden volar gozosos desde el más allá, cual minúsculas mariposas monarca, para

reunirse con sus seres queridos en el mundo de los vivos. Hoy es día de todas las ánimas, de venerar a la muerte y la vida siempre juntas. Es un día para celebrar y recordar a quienes enterramos en sus personalísimos petates —esos tapetes tejidos y únicas pertenencias que nos llevaremos al dejar este mundo. Privilegiemos hoy los recuerdos sobre los olvidos, la dicha sobre el vacío y el dolor o la pena que deja la ausencia eterna de nuestros difuntos. Comamos y bebamos las ambrosías que nuestros queridos muertos más disfrutaban en vida.

Pero no olvidemos, ni por un segundo, que hoy también es un día para reflexionar sobre la cruda realidad que vive la patria. Un día de luto para alzar nuestras voces con indignación y mirarnos en el espejo nacional y ver la violencia bruta que, por tanto tiempo, ha devastado a centenares de miles de familias de compatriotas.

Porque México hoy parece un camposanto. Un macabro rompecabezas de fosas clandestinas por doquier, que una multitud de madres laboriosamente rastrea en todo el país con la esperanza de encontrar los cuerpos —siquiera algunos restos— de sus hijas e hijos muertos o desaparecidos.

El espeluznante video exhibido en medios de comunicación y redes sociales, el veintisiete de octubre de 2022, de un perro callejero que carga en sus fauces una cabeza humana, mientras deambula en la noche por una acera de Zacatecas, es la imagen de la barbarie. Es la antítesis del Día de Muertos. Es el retrato de un México convertido en un país en donde todos los días son día de muertos, día de desaparecidos. Un México que debe ponerse de pie y enfrentar a las fuerzas podridas que destruyen nuestras familias y nuestras tradiciones.

Cuando llegue mi hora, que me entierren con un petate como mortaja, mesa, cama y morral... y si muero lejos de ti, que digan que estoy dormido y que me traigan aquí, México lindo y querido.

La canción La mar que amo es latinoamericana

Amo los amaneceres bochincheros en donde germinó mi fascinación por el agua salada,

amo la mar arrabalera, la mar húmeda, la mar recóndita, la mar sensual.

Amo los atardeceres pintados de arcoíris arrullados por el vaivén perpetuo de las olas,

amo la mar del acordeón, la que no tiene espacio, ni tiempo ni consecuencia.

Amo la mar en fá sostenido, la de mareas que con la tierra bailan cumbias en cámara lenta,

amo la mar táctil de olas suaves y olas feroces, la cadenciosa, la mar empalagosa.

Amo la mar poesía, la mar leyenda, la que nos consuela cuando llegamos o zarpamos,

amo a mi mar salvaje e indomable, soñadora, periférica, solidaria.

Por eso la mar que amo es latinoamericana.

Es la mar de poetas, trovadores, escritores y pintores, la mar de la isla Negra de Pablo Neruda, la mar guajira de Rafael Escalona, la de Oaxaca de Francisco Toledo, la mar de Sonora y Sinaloa de Sor Juana Inés de la Cruz.

Por eso la mar que amo es latinoamericana.

Es la mar de *Cien años de soledad* del Gabo, la de La Habana de José Martí, la mar bonaerense de Atahualpa Yupanqui, Mercedes Sosa y Carlos Gardel.

Amo la mar que recoge en su seno moluscos arrastrados a la playa contra su voluntad,

la de bahías pequeñitas, manglares escondidos y arrecifes de colores imposibles.

Amo la mar de caballitos de mar, sirenas cantarinas, medusas y cangrejas ermitañas,

amo la mar pacífica, atlántica, caribeña, antártica.

Amo la mar de ballenas grises, tortugas blancas, anémonas y caracolas de piel arrugada,

amo la mar inalcanzable, la misteriosa, la remota, la inaccesible.

Amo la mar al alcance de mi mano, la que me arrulla cada noche, la que bebe mis lágrimas.

Y amo la brisa de la mar que me cerrará los ojos algún día.

Por eso la mar que amo es latinoamericana.

Es la mar de poetas, trovadores, escritores y pintores, la mar de Majagual de Rubén Darío, la mar cronopía de Julio Cortázar, la mar Mixteca de Frida Kahlo y la princesa Tres Pedernal.

Por eso la mar que amo es latinoamericana.

Es la mar porteña de Jorge Luis Borges, la mar lejana de Mario Benedetti, la veracruzana de Agustín Lara, la mar austral de Gabriela Mistral.

Por eso la mar que amo es latinoamericana.

Índice

Sobre el autor	5
Prólogo	7
A mí me dieron la mar...	11
¿Adónde vamos?	15
Amada Nicaragua	19
Guaymas, la perla del mar de Cortés	23
Una crónica de eventos y personajes para entender y amar a un mar	27
Mirando transitar a Venus desde donde la tierra acaba	31
El Golfo de Santa Clara y las fiebres del oro	35
Adiós vaquita	39
Un nuevo santo, el Padre Kino: un mensaje personal para el Papa Francisco	43
Medio ambiente y religión	47
Migrar, o morir en el intento	49
En el Día de la Tierra regocijémonos en la inmensidad de lo femenino	53
Amazonía, o volver al futuro	57
Yo no olvido al año viejo	63
Wuhan y la flor del ciruelo	67

La llamada de las ballenas pintas, un relato para tiempos de cuarentena	71
El Cuyo, en donde los días empiezan de noche	75
Marte en la Tierra	79
Las plagas de junio y la breve historia de un volcán enamorado	83
Punta Allen, un cachito de cielo en el mar Caribe	87
El cachorrito de Julimes no tiene quien le escriba	91
Mariposas monarca, las novias del sol	95
Mexicanidad acorralada	101
Cenotes: puertas al inframundo mexicano	105
Esta es la increíble historia del hombre que se convirtió en manatí y del manatí que soñaba con ser hombre	111
Llegar a la Lacandona, corazón de la Selva Maya	117
¿Por qué matan curas en la Sierra Tarahumara?	121
Tristes guerras, tristes armas, tristes muertos	125
La izquierda latinoamericana y el medio ambiente	129
Los tiburones ballena de El Azul mexicano	135
Buen viaje, maestro Toledo	139
Mágica Oaxaca	143
Maíz, ombligo mexicano	149
México y Colombia en su laberinto	153
Te vas, pero te quedas	159
Día de Muertos	163
La canción. La mar que amo es latinoamericana	167

Ensayos sobre naturaleza y una canción marina.
Crónica del viaje de un colombiano por México,
se terminó en la Ciudad de México durante
el mes de abril de 2023. La edición estuvo al
cuidado de la oficina litotipográfica
de la casa editora.



Probablemente no haya dos naciones tan bendecidas por la naturaleza ni tan maldecidas por su propensión a vivir en el abismo. Colombia, la de la Guerra de los Mil Días y *Cien años de soledad*, de Gabriel García Márquez; México, el de la Revolución Mexicana y *Pedro Páramo*, de Juan Rulfo. Dos naciones privilegiadas por sus geografías, sus recursos naturales, sus historias, sus culturas y su gente solidaria; dos naciones asediadas por la pobreza, la violencia, la inequidad, la corrupción, el narcotráfico y la demagogia política. El autor describe de manera amena y científica —en ocasiones poética— algunos de los lugares con mayor biodiversidad que existen en México, señala los desafíos para conservarlos y resalta el papel de los pueblos originarios en su cuidado. Son treinta y seis ensayos cortos, y una canción, que zigzaguean en el tiempo y las geografías, entrelazando el pasado, el presente y el futuro, mientras se desplazan de sur a norte, o de norte a sur. Algunos tienen fecha, los demás no la necesitan. Usted puede optar por leerlos en el orden tradicional, del primero a la canción, o simplemente puede abrir el libro al azar y leer el que desee, pues cada uno tiene vida propia.

